

Año XI Tomo XXVIII Núm. 114

# Ateneoa

Revista Mensual de  
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)



## SUMARIO

Luis Alberto Sánchez	<i>Puntos de vista</i>
Manuel Pedro González	<i>Una ventana más sobre América</i>
Félix Armando Núñez	<i>Motivos de lírica americana</i>
Carlos Sepúlveda Leyton	<i>Regreso intemporal</i>
Prof. Boris Shatzky	<i>La Rusia Soviética y la Sociedad de las Naciones</i>
Arturo Torres Rioseco	<i>La fábrica</i>
André Lhote	<i>Recuerdo de Raimundo Echeverría y Larrazabal</i>
	<i>Acerca de la materia pictórica</i>

SEÑALES — LOS LIBROS — ASTERISCOS — LIBROS RECIBIDOS

Precio \$ 2.50

Diciembre de 1934



# Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción

## Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA.—LUIS D. CRUZ OCAMPO  
FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago  
Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. Su propósito es el de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

## PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para fran- queo.	
Suscripción a los países extranjeros excep- to Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

**LIBRERIA NASCIMENTO**

SANTIAGO  
Ahumada 125  
Casilla 2298

CONCEPCION  
Barros Arana 800  
Casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago.



# HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED  
TO THE INTERESTS  
OF TEACHERS OF SPA-  
NISH, AND PUBLISHED  
BY THE AMERICAN  
ASSOCIATION OF TEA-  
CHERS OF SPANISH.

**STANFORD UNIVERSITY,  
CALIFORNIA**

# AMERICA

Revista de Cultura  
Indoamericana

Publicación Trimestral del  
**GRUPO AMERICA**



**Encargados de la Dirección:**

Alfredo Martínez  
Augusto Arias  
Antonio Montalvo.



**Dirección Postal**

GRUPO AMERICA

Casilla 75 :: Quito, Ecuador. S. A.

# MERCURIO PERUANO

Revista mensual de Ciencias  
Sociales y Letras,  
fundada en 1918



Director Fundador

**Víctor Andrés Belaunde**

APARTADO NUM. 176

LIMA PERU

# LEONARDO

Rassegna Bibliográfica  
diretta da

**FEDERICO GENTILE**

Direzione ed Amministrazione:

**Via Palermo, 10-12**

**MILANO (111)**



# NOSOTROS

Revista Mensual de Letras,  
Artes, Historia, Filosofía y  
Ciencias Sociales

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI  
ROBERTO F. GIUSTI

Secretario:

EMILIO SUAREZ CALIMANO

LAVALLE, 1430 - BUENOS AIRES

República Argentina

# REPERTORIO

## AMERICANO

Semanario de Cultura  
Hispánica

DIRECTOR

JOAQUIN GARCIA MONGE

APARTADO 533

San José de Costa Rica

CENTRO AMERICA

# La Vida Literaria

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

Rivera Indarte 1030

BUENOS AIRES

# REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.  
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre  
la aplicación del Cine a la educación en  
cada una de sus ramas (universitaria,  
primaria, secundaria, agrícola), así a la  
científica como a la popular, y a la hi-  
giene social. Se publica en cinco edicio-  
nes: inglesa, francesa, italiana, española  
y alemana.

Director:

Doctor LUCIANO DE FEO

Dirección:

Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española:  
dólares 4; pesos chilenos, 32.



# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.  
Publicada por la Universidad de Concepción.

---

---

Año XI

Diciembre de 1934

Núm. 114

---

---

## Puntos de vista

Final de año

*Con este número nuestra revista colma un nuevo año de fecunda labor en beneficio de la cultura chilena. No está bien, quizá, que lo digamos nosotros mismos. ¿Pero quién podría decirlo con más justicia y con más segura evidencia? Hasta nosotros llegan de toda América, de todos los rincones de esta América que comienza a entender que la cordialidad debe ser la ley en el comercio intelectual, palabras de afecto, voces fraternas, aliento, esperanza. De donde menos pudiéramos imaginarlo, llegan finos acentos de estímulo. Los hombres que luchan en la trágica tarea de dar un sentido a la inquietud de la tierra americana, los que maduran sus ideales al borde de la selva, cerca de los bosques, en la orilla de los desiertos o en el fondo de las grandes ciudades, apenas nacidas y ya inmensas como su horizonte, han enviado mensajes generosos. Todos incitan a continuar en la tarea, todos hablan de un tiempo por venir, más venturoso que éste para la misión del escritor en América, y todos indican que esta publicación, cumple con serena conciencia la preparación de ese tiempo que se elabora y concreta en lo íntimo de todos los espíritus cordiales.*

*Para el escritor, en estas latitudes, no hay sendas fáciles. Se engañan los que piensan que la obra artística, por sí sola, basta para aplacar la sed que devora al hombre de letras. Como no hay tradición alguna es necesario crearla, y quienes se encuentran ya traba-*



jando en esta tarea no pueden gozar de los frutos que otras generaciones aprovecharán con largueza. Se ha hecho una demarcación ya honda entre la cultura peninsular y la cultura americana, aunque su origen sea común. Aquella cuenta con siglos. Esta es apenas de ayer. Pero con ser de ayer ha podido echar al mundo de la inquietud intelectual, creaciones en las que palpita la informe y violenta crudeza de los climas americanos. Para un continente en que todo es alba de creación, en el que los hombres vibran en el apresuramiento de formar riquezas, en el que las industrias y la agricultura, absorben la atención de las masas humanas, la flor artística se entumece y tiembla entre el crepitante bregar de los luchadores materialistas.

Por esta causa, cada existencia de hombre de letras ha sido un calvario. Lo más silencioso, a menudo, hasta el punto que generaciones enteras, contemporáneas del creador, pasaron sin comprender el drama, del que a su lado agonizaba en la incomprensión y en el rencor. Hemos dicho rencor. Justamente. La creación artística impone la tónica de un clima de orgullo, no porque así se pretenda, sino porque quien eleva el tono de su espíritu y lo fecunda de gérmenes, vive desde ese instante, una existencia de mayor selección, junto a existencias niveladas por el igualitarismo que determina la lucha del trabajo. La incomprensión no concibe que el fenómeno creador pueda cumplirse, en el espíritu de un hombre que es semejante a todos los hombres; que tiene sus mismas pasiones, que padece las mismas o parecidas reacciones ante la mujer o ante la política. Por eso el hombre de letras ha sido marcado con los epítetos más denigrantes, como para hacer pagar con más crudeza, el pecado de la selección y de la superioridad intelectual.

La obra surge en medio de un amontonamiento de dificultades. Para crear y no morir en la demanda, el hombre de letras está obligado a ejercer, a menudo, oficios contradictorios. Debe luchar brazo a brazo con los más sórdidos temperamentos, con los más negados al deleite de la vida espiritual. Ya hemos indicado en otra oportunidad cómo la creencia común, sugiere la idea de que un es-



critor no puede sino agrandar los defectos que en un simple mortal aparecen como cosas tolerables y lógicas. En el hombre de letras todo lo menudo adquiere la resonancia de un delito. Es más aceptable la mugre moral en un político o en un profesional, que no las debilidades en un escritor. Un político puede resurgir de sus cenizas infectas. Un hombre de letras queda marcado de por vida. Y es que, inconscientemente, esa misma porción que le condena por sus debilidades, le exige en lo subconsciente, acaso, una dignidad de que se hace gracia a los que debiendo poseerla, la han perdido o la han convertido en tráfico.

En la vida americana el drama del escritor es una especie de heroísmo. Heroísmo que no cuenta con mártires en su santoral, porque los mártires no serían comprendidos sino por los propios oficiantes. Hay comprensión para los dramas que desencadenan las enfermedades, o las pasiones o el dinero. No la hay para ese drama permanente que supone vivir en un medio hostil a la nobleza de la función creadora.

Por eso en este término de año, al poner nuestro comentario en este número, hemos querido reflexionar con brevedad acerca del drama del hombre de letras y enviar un mensaje cordial a todos los que, desde todos los puntos de América, han estado trasmitiendo, mes a mes sus votos cordiales y su fe renovada en la labor que esta publicación desarrolla ajena a las capillas literarias, ajena a los grupos, por encima de las disputas menudas y subalternas, lejos de toda sugestión interesada, sin más norte que el de servir en la elaboración de esa cultura a que todos los espíritus cultos se han entregado con esa pasión y ese amor que Spinoza llamó con tan gozosa concisión, «amor intelectualis».

#### El drama español

Veamos ahora como expresa Marcelino Domingo su angustia ante el problema planteado en España por la revolución. ¿Como sería el español cuando nuevamente, después de sesenta años de monarquía, se instaura en España la república? El español tiende a



cansarse pronto de todo; juzga como incluseros paniaguados o «enchufistas» a los que sirven al Estado: le encantan la conspiración misteriosa y el gesto revolucionario; cree que se desciende en limpieza de principios, en rectitud de conducta y en desinterés, cuando de la oposición se pasa al poder; gobernar para él es desmerecer; presta más crédito a la calumnia que a la verdad, al rumor que a la noticia cierta, a lo que se dice que a lo que se ve; anuncia siempre la catástrofe y espera el milagro que lo resuelva todo. Así deformaron el alma del español los siglos de irresponsabilidad, de influencia católica, de desmoralización en las alturas y de guerra civil que vivió España».

Bien; todo esto parece escrito para los países de América que España conquistó y colonizó, y a los cuales comunicó parte de ese mismo aspecto negativo, que ahora hace temblar la pluma del estadista español. También en los países de América hispana, los hombres pasan la vida hablando y gesticulando sobre los rumores y sobre las probabilidades teóricas. Pero si se mira el verbalismo con serenidad, acaso se encuentre en su espesor el desencanto de una vida política falsa, ostentosa, vacía de contenido, que nunca ahondó en la entraña de la nación. No fué política de creación, de construcción, sino política de vanidades. Se erigió por encima del drama del pueblo, por encima de la realidad trágica, coronada únicamente de palabras altisonantes, de frases henchidas de gallardetes multicolores.

Haciendo una revisión de la historia española, en su parte psicológica, expresa Marcelino Domingo: «Esta deformación espiritual hizo que lo empezara todo y no continuara nada. Inmediatamente de comenzar perdía el aliento creador; entraba la discordia con sus colaboradores; consagraba a la lucha las energías que requería la obra iniciada; se alzaba en rebeldía contra la misma obra que era fruto suyo y allí quedaba perdida en la historia como un jalón truncado o como una ruina abandonada, un destello relampagueante de la inconsistente voluntad del español. Pasados años o siglos, el español descendiente, lejano de aquel otro español que



empezó y no supo o no quiso o no lo dejaron continuar, le rememoraría como un ejemplar magnífico de la raza y pediría para él una reparación gloriosa. La historia de España es una repetición dramática de estas reparaciones que evidencian que cuando un español en vida se consagraba a una obra, le faltaba ambiente, motor íntimo de apoyo para proseguirla y que la obra se frustraba; y que cuando el mismo español muerto, era ya solo un recuerdo remoto, se le invocaba con un homenaje en el que abundaban los lamentos contra la sociedad que le desamparó, sin advertir que quienes se lamentaban constituían la sociedad actual con los mismos vicios que la sociedad execrada».

Insistimos en que parecen palabras dichas para los países indoamericanos, en los que también el muerto, que fué condenado o escarnecido cuando vivía, es glorificado en la hora en que ni oye ni ve, ni siente. La República sobre la cual está lamentándose Marcelino Domingo, cruza los días más difíciles y terribles. No tanto por el odio de los partidos de ambas extremas políticas, contra ella, como por la algazara de los que miran y murmuran y hacen la crítica del poder que está tratando a su manera, de clarificar el torbellino.



Luis Alberto Sánchez

## Una ventana más sobre América

### ALCIBIADISMO Y NARCISISMO: DOS FORMAS DE INTRASCENDENCIA



En «La Nueva Democracia» de Nueva York vengo publicando algunos atisbos sobre mis experiencias de la Nueva América. Esta experiencia no es sólo fruto del recorrer. Recorren las maletas y los turistas y los lectores voraces. Mi experiencia es fruto del... experimentar. No hallo palabra más cabal para expresar lo que deseo expresar. No encuentro equivalencias. Porque reflexionar es verbo frustrado a fuerza de ocultar contrabandos de orfandad. Y meditar se confunde ya con suspicacia o soslayo. Pues, el presente conato de ensayo—creo yo que bastante nuevo—trata de eso: de una experiencia más sobre la Nueva América. Las «meditaciones» quedan a cargo del conde de Keyserling, para que alterne los problemas «telúricos» y de «la sangre» con champañadas postconferencísticas. Esta es, si se quiere, «La me-



ditación de Alcibiades y Narciso», porque así como no se encuentra místicos sino conventuales en nuestra ancha América, así también erramos cuando aludimos a los Narcisos, equivocándolos con Alcibiades. Y no hay derecho ya para trastocar de tan lamentable manera las cosas.

### ALCIBIADES Y NARCISO: PARALELO

Rodó, tan aficionado a las parábolas como Smiles, aunque vistiéndolas de gracia y proyectándolas sobre un continente huérfano de apólogos (sólo los indios son fabulistas y aficionados al apólogo, como se ve aún hoy día entre los araucanos y entre los quechuas de mi tierra), habría trazado un lindo paralelo circunstanciado entre la historia verosímil de los dos personajes. Habría extraído de ella la raíz cúbica de un ejemplo vigorizante. Estaría ya el paralelo en algunos libros de lectura *ad usum scholarium*. Smiles lo habría amparado poco antes. Guyau rapsodiaría algo y Renán también. Empecemos en tono magistral que tanto gusta y tan bien cuadra a las virginidades espirituales americanas . . .

Alcibiades— así empiezan los maestros— fué aquel joven griego, de conducta veleidosa, enamorado de sí mismo a través del ruido y del oropel; general infortunado un día, fué luego victorioso y feliz; versátil e inconstante; rondador de la fama que le hizo concesiones imprevistas: Alcibiades logró mantener la aten-



ción pública sometida a él, por mil maneras, entre otras, cortando la cola a su perro.

Narciso, en cambio, fué un joven atormentado de amor. La vanidad que en Alcibiades llegó a la comedia, en Narciso alcanzó las dimensiones del drama, cuando no de la tragedia. Narciso se amaba a través de sí mismo. No necesitaba auditorio ni tropel, porque él era su propio auditorio, su propio espectador, su propio reflejo. Hermafrodita de la contemplación, puro verbo reflexivo, con él, acaso, nació el pronombre personal «se» y se afinó la esencia cultural del espejo. Vióse a sí mismo y vió a los demás en sí. Escuchaba a los otros en sí, y fué sujeto y objeto de sí, personificación mítica y patética, repito, del verbo reflexivo, anticipo del «corsi e ricorsi», viviente ritornello humano que, de puro comenzar en sí concluye también en sí mismo. Narciso no era ostentoso, aunque, sí, vanidoso. Pero, su vanidad estaba más hecha de orgullo que de pura vanidad. Para estar satisfecho, para su desmesurada y permanente celebridad, le bastaba el aplauso de sus ojos. No solamente estaba enamorado de sí sino que su amor era para sí, en ardoroso celo de amator auténtico, identificado con lo más esquivo, que es la propia personalidad. Logró domar lo indomable y bastarse a sí mismo en una especie de destino de Onán espiritual. Narciso pudo ser un místico de la propia belleza, a fuerza de ascendramiento. De ahí que mientras Narciso fué invariable y lealísimo, Alcibiades fué traidor e inconstante. Mirándose a sí mismo, Alcibiades



habría concluirse en pavo real, corporizando así, a la inversa, otro mito que no existe, porque los héroes se metaforsean en simbólicas bestias, pero no ocurre nunca la inversa, ni siquiera con el escarabajo egipcio.

Narciso fué el Juan de la Cruz de su propia imagen; Alcibiades, el obispo de una liturgia personal. Narciso fué el impulso; Alcibiades la caricatura. Aquél, la religión; éste, el rito. Narciso moriría por amor; el otro por exhibicionismo. Trocándose en ostentoso, Narciso hubiera sido como el sacerdote de una pompa fúnebre. Ambos, subjetivos en apariencia, sin embargo, Narciso es un lírico auténtico y Alcibiades un romántico de escuela, más que de temperamento. El lirismo de Teócrito se parece al de Garcilaso en que aquél vió pastores, y éste sólo los imaginó. Entre Lucrecio y Anatole France la mayor diferencia se encuentra en que aquél sintió el derrumbe de los dioses, pero el francés tuvo que elaborarse unas deidades ficticias para derribarlas luego con sus manos. Hay una suerte de íntima correspondencia entre la vida y el carnaval, según observadores chirles, pero lo real y permanente es que la vida no sólo parece sino que es carnaval, tan pronto como asoma la incoherencia, ya que si el carnaval es lo incoherente deliberado y reflexivo, la vida tiene su incoherencia que se produce espontáneamente, bastándose a sí misma: ergo: el «Surréalisme» entra todo él a formar en las filas de este rito nuevo. Un carnaval necesita espectadores. La vida se satisface con vivientes. De donde resulta que Alci-



biades fué como el Carnaval del Narcisismo, la negación de Narciso, y su caricatura.

### UN TRASLADO A INDOAMERICA

Vengamos ahora a lo nuestro. En Indoamérica hubo Alcibiadismo, pero no Narcisismo. Pocos continentes y pocas gentes tan vanidosas como las altas clases de Indoamérica, pero, pocas también tan intrascendentes. Aprendieron, como anota André Siegfried, un francés criollo, que divulgaron a su manera, para llegar al resultado lamentable de edificar pequeños París—Parisitos— con fabla gala y paredones de barro y paja. Así también, con barro y paja, amasaron una democracia hechiza, una cultura falsa, un orgullo hueco y una ritualidad oropelesca. Alcibiades quería llamar la atención a toda costa: las altas clases indoamericanas trataban de ser tenidas por europeas, con sólo cortarle la cola al perro de Alcibiades. Por eso, sin duda, nuestras mujeres aprendieron a dirigir automóvil, a fumar cigarrillos de tabaco rubio, beber cocktails y asistir a cabarets, pero no abandonaron la capilla colonial, ni los prejuicios de nuestra Edad Media del 700, ni cambiaron sus ideas. Transigieron con los temas de Capus, Bernstein y Porto Riche, con los de Bourget y d'Annunzio, pero no se atrevieron sino a eso: civilizarse en la costumbre visible, en el paramento, sin amueblar de nuevo, de ideas nuevas, el cerebro: alcibiadismo . . .



Entretanto, Narciso, doloroso Narciso de su fealdad, Narciso inverso y chato, grueso y dolido, la raza aborígen americana vivía encerrada en sí misma, viviendo de su propio reflejo tétrico, con la sobrecarga de su angustia milenaria. Frente a Alcibiades— toda apariencia y rito— poco a poco, afirmó su silueta este Narciso todo verdad y todo hondura. Se melancolizó de puro verse sólo a sí mismo. Pero, su melancolía albergó protestas, mientras Alcibiades, henchido y ventripotente, trataba de parecer triste, porque la tristeza, — la apariencia de tristeza— estaba de moda. Así fué «romántica» la literatura indoamericana, así fué romántico el pensamiento indoamericano, mientras el pueblo era auténticamente lírico, en su sentido ristino, con un romanticismo sin ojeras, pero con anchos callos en las plantas humildosas, en las palmas trabajadoras.

### LIRISMO Y ROMANTICISMO

Yo sé bien— polilla avizora— que lirismo no es lo opuesto ni discrepante de romanticismo, antes, por el contrario, el romántico es, si se quiere, una forma exacerbada y clasificada del lirismo. Cambiando de términos: lirismo es lo substantivo; romanticismo es lo adjetivo. El lírico puede serlo a título inteltivo, como Cocteau, Stefan George, Paul Valéry, Pedro Salinas, o a título sentimental como Pascal, Bécquer, Rubén, el gran don Luis de Góngora, o Luis de Córdoba, que le va mejor. Esto lo sé harto bien. Pero, el romántico



se distingue por su atuendo, por la superestimación del paramento, por el logro en el abalorio, por la estridencia, por el clamor, que no es el grito . . . Alcibiades fué, por excelencia, eso: estridencia, atuendo, paramento, clamor, abalorio. Narciso, en cambio, desnudo y perfecto, se enfrenta a su propia imagen, y la vence, porque supo ser vencido por ella. Cuestión de sutilezas dirá algún entendimiento romo y crítico. La vida está en los matices y las sutilezas para las que las cantan y saborean.

#### APLICACION Y EJEMPLO EN LA HISTORIA NUESTRA

La colonia, es decir, el virreinato—pues colonia seguimos siendo, aunque sea a medias—nos enseñó el camino del alcibiadismo. Los incas estaban aprendiendo a eso cuando ocurrió el truncamiento producido por la conquista. La emancipación captó de la Revolución Francesa, sólo el ropaje. Vistiéronse de «Libertadores», pero no repararon los próceres que, bajo el calzado abultábanse desmesuradamente los anchos pies criollos, inadecuados para el estrecho calzado europeo. La República, como Alcibiades, no hizo otra cosa que cortar la cola al perro de la democracia para llamar la atención a los viandantes; pero el perro se asustaba de su propia imagen, en cualquier charquito, apenas ensayaba un gesto narcisista.

Y Narciso sufría terriblemente. No de puro enamorado de su imagen, sino de puro espantado de la



misma. Fué el anti-Narciso, nuestro Narciso vernáculo. Pero, ya columbraba las posibilidades del ahondamiento y del subjetivismo. Por los cauces de la soledad aprendió el difícil arte de ser fuerte y solo, es decir, dos veces fuerte. Los otros, los Alcibiádes, dejaron en abandono a Narciso hirsuto a fin de cultivar apariencias y donaires. Por eso es perfectamente lógico que carezcamos de lirismo, de hondura sentimental y sensitiva, y que el indio sea plástico, antes que conceptual o que confidencial. La plástica del indio evolucionado es una consecuencia de su forzado objetivismo. Pero, la expresión de esa plástica, su modo de producirse no es sino la consecuencia de un Narciso insatisfecho. Cada huaco de Nazca muestra un poema ante el espejo inédito, espejo sediento de Narciso vivo, condenado a Narciso modelado por toscas manos hábiles. Y el espejo es el cruce de caminos, la plazoleta de la cual parten, difíciles de distinguir, la ruta hacia el alcibiadismo y la ruta hacia el narcisismo. País de cochas, es decir, de lagos, con una civilización que emergió del fondo de un lago, o de un espejo, según asevera la leyenda, el Imperio de los Incas sintió la tenaz atracción de ambos extremos: Alcibiádes y Narciso. O mejor, el anti-Narciso. Pero, Narciso habría sido muy útil para la autenticidad de un lirismo nominal e inverso.

### PROYECCIONES INEVITABLES

A medida que se estudian las apariencias de nuestra cultura americana, mejor comprendemos que nuestra



literatura y nuestro derecho, y nuestra economía y nuestra política han sido, sobre todas las cosas, lazos tendidos al aplauso y trampas para la celebridad. Por encrucijadas de exhibicionismo anduvieron nuestros prohombres, y por ellas se perdieron. Huyeron del conocimiento de sí mismos, que es la forma lograda, alta y durable del Narcisismo. No entendieron la esencia misma de la tragedia del personaje mitológico: Narciso se desesperó porque no atinó a penetrar en su propia personalidad, quedándose limitado a la periferie. Narciso sufrió por truncamiento. Creyó que su forma era todo su ser, y no halló otro camino que el de la desesperación. No se exasperó siquiera. De la fe pasó al desesperarse sin tránsito de lucha ni de reflexión. Si hubiera utilizado su forma perfecta, si la hubiese escudriñado, habría sido el pre-Sócrates, y, al mismo tiempo, Apolo y Ganimedes, Orfeo y Esculapio. Limitólo el conocimiento de su cuerpo hasta el extremo de ocultarle su propio espíritu: grave cosa... pero en Indoamérica ni siquiera hemos conocido nuestra envoltura, tanto menos nuestro espíritu... Narciso es, por eso, un tránsito y una necesidad, Por eso, a través de nuevas doctrinas—el aprismo, por ejemplo—estamos pugnando por encontrar nuestro espíritu y por conocer y definir nuestro cuerpo. La tarea de la ubicación absoluta de nuestro ser se ha empezado. Narciso ha sido superado ya Alcibiades se bate, desesperadamente, por conservar el cetro que, apesar de su ceguera rabiosa, advierte ya que no es tal cetro: apenas la cola disecada y dura y sin



vida del perro de la fama. A tal punto han disminuído las magnitudes, que hoy luchar por la cola del perro es como ayer batirse por el cetro y la espada. Pero, quien sabe si no eran también sino lo mismo, la misma cola, la misma vanidad, la misma orfandad interna y la misma elefantíasis de la apariencia y del parecer, sin ser.



Manuel Pedro González

## Motivos de lírica americana

(Variaciones en torno a Manuel José Othón)



**D**ESPUES de tres lustros de poesía mimética y deshumanizada, volvamos los ojos a un genuino poeta de ayer y de mañana, a un poeta que por haber escrito de espaldas a la moda de su instante, escuchando sólo su propia voz y la de la naturaleza, es y será un poeta de siempre, sin limitaciones de gustos ni de escuelas. Hablemos de este gran poeta, profundamente humano, desconocido en América, escasamente leído en su propio país, ignorado de la mayoría, desdeñado por los cazadores de modalidades inéditas y sólo gustado con fruición por aquellos pocos que en poesía saben distinguir entre lo adjetivo y transitorio y lo substancial y permanente. Hablemos de Manuel José Othón, poeta sincero y fuerte, que no rindió culto a los figurines importados ni de ellos hubo menester para darnos su canto suave como la dulzura del ángelus y hermoso y múltiple como la naturaleza misma, de la cual fué intérprete fidelísimo. Hablemos de este magnífico poeta de América y por



América preferido, porque él fué de los primeros que le marcaron la ruta salvadora a nuestra literatura; él nos dió la pauta, pero su voz y su ejemplo—como los de Martí—no fueron emulados ni en ellos paró mientes siquiera nuestra América novelera y frívola. Hablemos de Othón porque él nos señaló nuestro Camino de Damasco para llegar a la plena redención intelectual y manumitirnos del tutelaje que hasta ahora hemos sufrido. Hablemos de él y exaltemos su obra y su ejemplo, porque ellos han de ser algún día pilares firmísimos de nuestra mejor tradición literaria.

\* \* \*

Nuestra literatura, en general, pero más particularmente nuestra lírica, se ha producido de espaldas a la naturaleza y ha permanecido sorda y muda frente a ella hasta bien entrado el siglo XX. Las excepciones que pudieran señalarse no sirven más que para confirmar la regla. Así vemos que este sentimiento que ennoblece y vertebró la música y la literatura de los países artísticamente adultos, en los nuestros se manifiesta sólo por excepción o por espíritu de imitación. En Isaacs y en Heredia, por ejemplo, lo despiertan Chateaubriand y Byron, respectivamente. Por lo demás, los émulos de Lamartine son legión. En cuanto a los poetas clásicos y a los pedestremente bucólicos que por acá hemos padecido, el modelo más generalmente remedado ha sido Virgilio, aunque también Garcilaso, Meléndez Val-



dés y otros tuvieron sus imitadores. Queda todavía esa otra modalidad de los naturalistas en verso y en prosa, como Bello, Plácido, Acevedo Díaz, etc., que ya en rimas no siempre muy gallardas, ya en prosa tediosa, pusieron las excelencias todas de nuestra flora y nuestra fauna. Mas, en ninguna de estas manifestaciones, la naturaleza ni el paisaje constituyen un estado de alma para el escritor o el poeta, ni representan una realidad íntima y esencial.

Puede afirmarse que hasta el advenimiento del modernismo, la musa hispanoamericana apenas si tenía otras fuentes de alta inspiración—salvo algún que otro poema trasnochado en que se imita a Hugo o a Quintana como poetas civiles—que los temas erótico-amorosos o los religiosos. En torno a estos dos motivos centrales se polariza la emoción de la inmensa mayoría de nuestros bardos premodernistas, sin lograr siquiera cantarlos con la dignidad y profundo sentido humano que estos temas alcanzan en poetas de más aliento, como los ingleses, por ejemplo. Entre nosotros se traducen casi siempre en lloriqueos sensibleros o complacencias ramponas de beatas que mascullan el rosario. Nada de dramática inquietud, nada de fervor místico, nada que conmueva hondamente ni que hostigue nuestra sensibilidad. Necesario es, pues, llegar a Manuel José Othón para encontrar un poeta que apartándose de la rutina, sienta realmente la naturaleza y la incorpore de manera cordial y entrañable a su emotividad. Por fortuna, en lo que va de siglo, y particularmente, desde 1920,



se nota una mayor aproximación a nuestra naturaleza y un lento pero intenso despertar de la sensibilidad frente al paisaje. Más que en la poesía, esto es evidente en la prosa, y de ello son elocuente prueba: Horacio Quiroga, Benito Lynch, Ricardo Güiraldes, José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Ezequiel Martínez Estrada, Carlos B. Quiroga, Mariano Latorre, Manuel Rojas, Picón-Salas, y otros muchos.

\* \* \*

Es un síntoma consolador ver como el mimetismo sistemático de la postguerra se va extinguiendo con la misma rapidez con que surgió. Por su total desvinculación del medio, tanto como por su inopia ideológica, la nueva poesía se ha agotado en una pugna imaginera —o imaginista— y retórica, en un prurito infantil por mostrarse enterada y estar de vuelta de París—en el fondo, mero rastacuerismo intelectual que se afana por exhibir sus abalorios y miriñaques, fetichismo tanto más deslumbrado cuanto más vacío de riqueza espiritual propia. En ausencia de más nobles y levantados atributos, Jorge Mañach, uno de sus más denodados paladines, ha calificado de «mística verbal», a este furor palabrero y metafórico—retórica de nuevo cuño—a que va quedando reducida la nueva sensibilidad. Secuela de esta falsa y estéril actitud es el triste espectáculo que nos ha dado este grupo de soi-disant poetas vanguardistas que después de tres lustros de ges-



tos y piruetas simiescas, nos encontramos con que hasta ahora no han producido un solo canto que sea expresión auténtica y digna de las inquietudes metafísicas que hoy nos atormentan y de los anhelos de superación en todos los órdenes en que la humanidad se agita actualmente. Huelga decir que tampoco ha surgido de entre sus filas un solo poeta de la envergadura de cualquiera de los grandes aedas que produjo la generación modernista. En un ensayo reciente, ha dicho Raúl Silva Castro: «La literatura chilena es una literatura de la cual están ausentes todos los grandes problemas de la vida y todas las inquietudes de la inteligencia». Ahora bien, sin grave injusticia ni exagerada hipérbole, podría afirmarse lo mismo de la gran mayoría de los poetas que integran esta reciente promoción (1920-1934).

La modernísima generación, sobre carecer de sentido de continuidad histórico, se dejó arrastrar por el malabarismo huero y brillante de los titiriteros de Europa. Así lo hemos visto romper violentamente con el pasado en su empeño ingenuo e iconoclasta de superarlo, desconociéndolo y negándole beligerancia; en cambio, se lanzó desbocada al asalto y conquista de los refinamientos quintaesenciados que de allende nos venían. Mas, como en este impulso desorbitado y centrífugo había más afán novelero y exhibicionista, más pueril deseo de vestir el último figurín literario que genuina ansia renovadora, como esta nueva expresión no respondía a ningún entrañado anhelo de superación a ínti-ni



mas urgencias creadoras, como ocurrió con el modernismo; como por otra parte, éramos pueblos culturalmente de instintos primarios, y nos encontrábamos horros o poco menos de tradición artística, el gesto degeneró en remedo palabrero, sin arraigo ni honda resonancia en el medio y sin vertebración ideológica que lo prestigiara. Fué, en realidad, un verdadero salto en el vacío, un fuego fatuo que se va extinguiendo sin llegar a cristalizar en llama.

El modernismo, en su fase más depurada y valiosa, fué otra cosa muy distinta porque respondía a una necesidad de urgente renovación. Aquel movimiento—como ya hemos dicho en otras ocasiones—cumplió una ineludible misión histórica y cultural, a pesar de sus muchos dislates y de su desvinculación del medio y falsía iniciales. No solamente renovó—higienizándola y revitalizándola—nuestra lírica, tan anquilosada y desvaída antes de su advenimiento, sino que nos incorporó, por primera vez en la historia de nuestra América, a las más profundas corrientes del pensamiento europeo y nos dió carta de naturalización en el mundo intelectual. La revolución llevada a cabo por aquel grupo, vino a ser como el equivalente intelectual de la consumada por Bolívar, San Martín, Hidalgo y Martí, en el orden político. Ella nos emancipó de la tutela española, aunque por el momento cayéramos bajo el amable yugo de Francia. Su labor fué el paso previo indispensable en el ritmo natural de nuestra evolución literaria para alcanzar la plena liberación y el total florecimiento de la



americanidad. Por tal entendemos una nueva manera, original y propia—sino en la forma, por lo menos en el espíritu—que sea expresión fiel de nuestra psique, de nuestro medio, de nuestros hábitos y costumbres. Esto que en poesía es todavía una meta no alcanzada, empieza a ser ya una ganada realidad en prosa, como lo prueban los autores precitados y otros muchos, como Baldomero Lillo, Eduardo Barrios, Edwards Bello, Carlos Reyles, Manuel Gálvez, Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Carlos Loveira, etc.

En el lógico proceso evolutivo de nuestra poesía, correspondía a la generación que sucedió al modernismo y que a sus pechos se amamantó—la que emerge entre 1908 y 1920 y que hoy oscila entre los 40 y los 60—consumar la obra de sus maestros. A ella le estaba reservada la tarea de superar el modernismo, despojándolo de sus aderezos exóticos para vincular sus conquistas esenciales a nuestro medio, inyectándole sentido americano y carácter. No creemos en extremo aventurado suponer que tal misión habría sido cumplida por la generación a que aludimos, de no haberse interpuesto la guerra europea que desvió la trayectoria marcada a nuestra cultura. Fué aquella terrible conmoción la que, en nuestro sentir, desplazó violentamente la atención de nuestros hombres de letras y, en particular, de nuestros poetas, del medio circundante para hacerlas convergir en el vértice del cataclismo: París. El centro natural de gravedad de nuestra poesía, que a partir de los Cantos de Vida y Esperanza empezaba a ser



el sentido de lo americano específico, fué brutalmente desplazado por el hecho bélico que arrastró en pos de sí el interés y la emoción de nuestros poetas. La catástrofe abre un paréntesis de desquiciamiento en nuestra parábola intelectual y la desvía por un instante de su natural proyección, de la misma manera que un cataclismo estelar altera la órbita de un planeta que se mueva dentro del radio de influencia de los astros afectados. Más tarde, inficionada ya su mente con el caos general que sobrevino, fuéle imposible a esta generación volver sobre sus pasos para realizar lo que era su «destino manifiesto»: completar la obra del modernismo asimilando sus innovaciones y conquistas estéticas y técnicas para en las nuevas formas verter el espíritu y el paisaje americanos. De esta manera se habría coronado felizmente el primer ciclo de la evolución de nuestra cultura en el siglo XX.

La Gran Guerra y el total desconcierto que en pos de ella vino, representan para nuestra América un período de estancamiento, por así decir. Estos dos hechos provocan una fatal desviación del derrotero que nuestra condición de pueblos jóvenes e incultos y nuestra particular idiosincrasia nos fijaban como jornada previa antes de intentar la incorporación de expresiones ultra-refinadas, propias sólo de las viejas culturas. Reconozcamos aquí el hecho de que algunas fuertes personalidades lograron rescatar su obra del naufragio total e imprimirle hondo sentido americano. Los siguientes nombres dan elocuente idea de lo que hubiera significado esta



generación en el devenir de nuestra poesía, de no haber sobrevenido la guerra. Citemos, entre los más logrados, a Fernández Moreno, Enrique Banchs, Arturo Capdevila, Pedro Prado, Gabriela Mistral, Fernán Silva Valdés, Ramón López Velarde, Alfonso Reyes, Agustín Acosta, etc. (No hemos visto en ninguna parte estudiada o siquiera mencionada la tesis que aquí se esboza y la cual podría resumirse en esta forma: la generación que surge a la zaga del modernismo, fué una generación retardada y, hasta cierto punto, malograda en su impulso creador y desvirtuada en su misión histórica, por la guerra europea. Queda la hipótesis enunciada por si alguien más competente quisiera dilucidarla. Y ahora, volvamos a Othón).

\* \* \*

Nació Manuel José Othón en San Luis Potosí (México), en 1858, y en la misma ciudad murió en 1906. Serena y modesta, su vida toda transcurrió en una como áurea mediocritas horaciana. Al igual que ese otro gran poeta conterráneo suyo, Amado Nervo, Othón podría haber dicho también: yo, como las naciones felices y a ejemplo de la mujer honrada, no tengo historia: nunca me ha sucedido nada. El mismo se definió insuperablemente en los admirables tercetos de su *Elegía*, a la memoria de don Rafael Angel de la Peña, en la que refiriéndose al prócer, dice:



.....  
Empuñó libro y lábaro su mano;  
creyente, sabio, artista. Fué en la vida  
esteta heleno y gladiador cristiano.  
.....

De niño y adolescente estudió humanidades y se hizo fuerte en esa gran disciplina mental que es el latín. Más tarde graduóse de abogado, carrera que casi no ejerció por instintiva e invencible repugnancia, consagrándose a modestas funciones de juez de paz y otras tareas análogas, sin brillo y sin gloria. Su vida apacible transcurrió casi toda en los distritos rurales del norte, entregado a menudos quehaceres profesionales y al placer de vagar por montes y campiñas. Su deporte favorito era la caza. Cuando su parco haber se lo permitía, hacía una rápida escapada a la capital de la república y ahí se solazaba en la amable compañía de la alegre bohemia finisecular que lo admiraba como poeta y lo quería como hombre ingénitamente sano y bueno. Era el suyo un espíritu dotado de gran bondad, ingenuo y sencillo como el de un niño. Su vida transcurrió en fecunda soledad y en íntimo y perenne contacto con la naturaleza a la que amaba entrañable, apasionadamente.

Ya desde sus primeros versos surge el cantor de la naturaleza. Ciertamente que no se reveló en toda su plenitud y belleza hasta la aparición de los *Poemas Rústicos* (1902), que lo consagraron definitivamente. Mas,



ya en uno de sus primeros poemas, escrito en 1875, cuando el poeta sólo contaba 17 años, se preludia el maravilloso paisajista que ha de revelarse más tarde. En este juvenil poema, titulado *Tristeza*, no hay intención descriptiva sino impulso emotivo y melancólico; no obstante, el incipiente bardo asocia ya el paisaje a su íntima desolación y en él enmarca su pena. Lo mismo ocurre con otros varios poemas escritos entre los 17 y los 30 años.

Ningún otro poeta de América se aproximó a la naturaleza con tan reverente y apasionada actitud. Inútil sería tratar de encontrar paralelo en el parnaso americano a esta mística devoción con que Othón interpreta el alma del paisaje. Todo el fervor de los místicos de antaño y toda la pasión y el fuego de los poetas eróticos se funden en él al producirse la total inmersión de su espíritu en el alma del paisaje. A las veces, su verso adquiere modulaciones de plegaria:

. . . . .

Desbarátase la húmeda colina  
 en la llana extensión del campo raso,  
 y ya por el oriente, paso a paso,  
 la silenciosa noche se avecina.

Todo es misterio y paz. El tordo canta  
 sobre los olmos del undoso río;  
 el hato a los apriscos se adelanta,



flota el humo en el pardo caserío,  
y mi espíritu al cielo se levanta  
hasta perderse en Ti . . . Gracias, Dios mío!

Para Othón, la naturaleza es deidad sagrada y fuente inagotable de inspiración y de consuelo. Así exclamará con el éxtasis devoto de un místico:

¡Santa Naturaleza, madre mía!  
Me has cobijado en tu regazo inmenso  
y disipaste con tu soplo intenso  
la nube del dolor que me envolvía.

. . . . .

Esta férvida emoción frente a la naturaleza, reviste a veces un matiz religioso puro y alcanza tonalidades de oración, como ya apuntamos:

. . . . .

que resuene en tu canto inmensamente,  
tu amor a Dios, tu culto a la Belleza,  
alma del Arte, y tu pasión ardiente  
por la madre inmortal Naturaleza! . . .

He aquí, en pocas palabras, la santísima trinidad a la que Othón rindió tributo siempre, equiparándolas y confundiéndolas en su exaltación lírica. En su intenso misticismo panteísta, las tres deidades se identifican en una sola y misma efusión lírica. Constantemente las ve-



remos asociadas en su votiva actitud frente al paisaje. Escuchemos la religiosa unción con que el poeta canta —ora— frente a la melancolía del crepúsculo. Es la hora del ángelus, tan dilecta a su espíritu soñador, y el gran adorador de la naturaleza—Othón escribía este vocablo siempre con mayúscula—siente en lo más hondo de su alma contemplativa, la dulce inquietud y la transida fascinación del gran misterio, en este instante más profundo y conmovedor que nunca. Y el alma del poeta, incapaz de penetrar su recóndito secreto, incorpora al concierto general, la idea religiosa, simbolizada en el tañido de la esquila de la ermita:

. . . . .  
 Bala el ganado, silban los pastores,  
 las vacas van mugiendo a los corrales,  
 canta la codorniz en los maizales  
 y grita el guacamayo en los alcores.

El día va a morir; la tarde avanza,  
 súbito llama a la oración la esquila  
 de la ruinoso ermita, en lontananza.

Y Venus, melancólica y tranquila,  
 desde el perfil del horizonte lanza  
 la luz primera de su azul pupila.

En otras ocasiones, la emoción crepuscular se plasma en una maravilla descriptiva—pictórica—que sin per-



der su honda emotividad, adquiere, no obstante, un matiz esencialmente plástico:

Sobre el tranquilo lago, occiduo el día,  
flota impalpable y misteriosa bruma,  
y, a lo lejos, vaguísima se esfuma,  
profundamente azul, la serranía.

Del cielo en la cerúlea lejanía  
desfallece la luz. Tiembla la espuma  
sobre las ondas de zafir, y ahuma  
la chimenea gris de la alquería.

Suenan los cantos del labriego; cava  
la tarde yunta el surco postrimero.  
Los últimos reflejos de luz flava

en el límite brillan del potrero,  
y, a media voz, la golondrina acaba  
su gárrulo trinar, bajo el alero.

A la serie de veintidós magníficos sonetos que el poeta reunió bajo el rótulo común de *Noche Rústica de Walpurgis*, pertenece el siguiente, que no resistimos la tentación de transcribir, porque él corrobora cuanto llevamos dicho. Aparece marcado con el número **XX** y se titula *La Sementera*:



Escucha el ruido místico y profundo  
con que acompaña el alma Primavera  
esta labor enorme que se opera  
en mi seno fructífero y fecundo.

Oye cuál se hincha el grano rubicundo  
que el sol ardiente calentó en la era.  
Vendrá Otoño que en mieses exuberera  
y en él me mostraré gala del mundo.

La madre tierra soy: vives conmigo,  
a tu paso doblego mis abrojos,  
te doy el aliento y el abrigo.

Y, cuando estén en mi regazo opresos  
de tu vencida carne los despojos,  
¡con cuánto amor abrigaré tus huesos!

Othón canta, generalmente, lo inmediato y concreto, pero aun a los objetos más nimios e insignificantes sabe dotarlos de un sentido trascendente y descubrir en ellos algo de infinito y absoluto. Para él la naturaleza es como madre amorosa y venerable, o como una gigante sinfonía en la que nada falta ni sobra, antes al contrario, todo en ella es acorde, perfecto y bello. (Ya veremos el sentido sinfónico que de la poesía tenía el gran potosino).



• • •

Hemos dicho que de todos los grandes poetas de la América hispana, Manuel José Othón es, probablemente, el menos conocido del gran público y, acaso también, el que menos atención ha merecido a la crítica fuera de su país natal. Huelga añadir que no ha hecho prosélitos ni ha tenido sucesor, como tampoco tuvo antecedente. Su maravillosa melodía se escucha aún magnífica y señera, mas, sin eco en el amplio concierto de nuestra lírica. En la polifónica sinfonía que constituye la poesía finisecular américoespañola, Othón viene a ser como un virtuoso aislado, a quien su propia enérgica personalidad impidió incorporarse a la orquesta y someterse a la batuta directriz. Su robusto estro no hubo menester de los adobos modernistas, tan en boga por aquellas calendas, para perpetuarse en un canto pleno de elevación y nobleza. Antes que los ecos de otros bardos y las resonancias de exóticas armonías, Othón escuchó con vibrante emoción la voz de la naturaleza y contempló con pasión de enamorado el paisaje en torno. De la madre prolífica y eternamente fecunda, recogió el magno acento y el color, y ambos quedaron para siempre incorporados con dignidad y pureza a su ejecutoria poética. Porque eso y no otra cosa es la poesía de Othón: una votiva ofrenda de excelso artista, un canto enternecido y místico a la gran madre común.

Sus lecturas y preferencias literarias y acaso también



su acendrada probidad artística, lo condujeron por los senderos de la buena tradición hasta los remansos perennemente florecidos del clasicismo. Por convicción, tanto como por sus íntimas apetencias y acrisolada sinceridad poética, mantúvose distanciado de la corriente modernista que a todos arrastraba por aquellos días en pos de sus mendaces oropeles, más aún que por lo que de valor permanente había en ella. Consecuencia inmediata y lógica de este voluntario aislamiento fué el casi total desconocimiento en que su obra ha permanecido. Ignorado y hasta desdeñado—sin leerlo—por los que podrían apreciarlo—ya dijo Antonio Machado que el castellano desprecia todo lo que ignora, y en este sentido, toda América es Castilla—y demasiado refinado para ser gustado por las masas, Othón es hoy, como ya se dijo al principio, el más ilustre desconocido de nuestra América. Ya sea porque su obra no estuvo nunca al alcance fácil del lector distante, ya porque muchos lo creyeran un retardado, o bien porque el modernismo cundió y se impuso rápidamente, prefiriendo peyorativamente toda otra manifestación que no fuese la rubeiana de *Prosas Profanas*, lo cierto es que a Othón se le sigue ignorando fuera de México, y aun en su patria dista mucho de la boga de que gozan Díaz Mirón, por ejemplo, entre la minoría culta, y Gutiérrez Nájera o Nervo, entre la gran masa lectora.

Y sin embargo, el autor de los *Poemas Rústicos*, lejos de ser un retardado, en nuestro concepto es un precursor, un abanderado de vanguardia en el esta-



dio presente de nuestra poesía. Por lo menos, en tanto en cuanto América no haya dado forma y expresión originales y propias a su espíritu y haya vaciado en moldes artísticos su maravilloso paisaje y su rico contenido folklórico. Y cuando hayamos rebasado esta etapa y traspuesto aquella meta, todavía Othón perdurará como uno de los más destacados representantes de nuestra tradición y alcurnia poéticas. Porque si América ha de encontrarse a sí misma algún día y aspira a revelarse autóctona y libre de ajenas tuteladas intelectuales; si quiere dejar de ser colonia tributaria de otras literaturas para imprimir sello de fuerte originalidad a su obra, necesariamente tendrá que seguir la directriz luminosa que Othón le trazara, adelantándose en este sentido en muchos años a su generación y a su momento.

De ahí a que lo consideremos como un precursor. Con profundo sentido de americanidad indicó él la ruta a seguir y marcó la pauta con el ejemplo de su propia obra. A lo universal hemos de llegar a través de lo particular y sólo mediante una profunda sinceridad. Ya él lo dijo con frases insuperables en el prólogo de sus *Poemas Rústicos*, en 1902, que tan estrecho parentesco guarda con el que José Martí pusiera veinte años antes a sus *Versos Libres* (1882). Dice Othón:

«Desde mi adolescencia compongo versos; pero hace más de veinte años he sacudido, o al menos, he procurado sacudir todo ajeno influjo. La musa no ha de ser un espíritu extraño que venga del exterior a impresio-



narnos; sino que ha de brotar de nosotros mismos para que, al sentirla en nuestra presencia, en contacto con la Naturaleza, deslumbradora, enamorada y acariciante, podamos exclamar en el delirio sagrado de la admiración y del éxtasis, lo que el padre del género humano ante su divina y eterna desposada: *Os ex ossibus meis et caro de carne mea!*

Por otra parte, el artista ha de ser sincero hasta la ingenuidad. No debemos expresar nada que no hayamos visto; nada sentido o pensado a través de ajenos temperamentos, pues si tal hacemos ya no será nuestro espíritu quien hable y mentimos a los demás, engañándonos a nosotros mismos».

¡Qué hondo sentido de actualidad tienen estas sencillas palabras! Sin duda, al escribirlas, se dolía el poeta de la desdichada boga de que por aquellos años gozaban todavía las *Prosas Profanas* de Rubén, tan desvinculadas de la realidad y del espíritu americanos. ¡Qué no diría hoy el gran potosino si le fuera dado escuchar la algarabía vanguardista!

Oigámosle ahora exponer su altísimo concepto del arte que para él es culto sacro y divina deidad. Ninguno de nuestros poetas—Darío inclusive—superó a Othón en religioso fervor artístico. Oigámosle:

«Pero no basta con esto. Es necesario considerar en el Arte lo que es en sí: no sólo una cosa grave y seria, sino profundamente religioso, porque el Arte es religión, en cuanto Belleza y en cuanto Verdad, y uno de los vínculos, acaso el más fuerte, que nos liga con la



eterna verdad y con la belleza infinita; porque, en suma, el Arte es Amor, amor a las cosas que están dentro y fuera de nosotros». (Ya hemos visto cómo en su poesía, Dios, la naturaleza y el arte se confunden en un mismo reverente sentimiento de adoración).

\* \* \*

Dentro de la poesía americana, Othón representa uno de sus acentos más puros y de más alta significación estética. Por lo mismo que escribió siempre al margen de modas y gustos transitorios, su poesía no envejecerá nunca. Su verso brota límpido y sereno al contacto de su temperamento emotivo y místico con la naturaleza. Porque contemplativo y místico—en el noble y amplio sentido de este vocablo, hoy tan traído y maltrecho—era Othón, y su actitud de éxtasis frente al gran misterio, así como la íntima delectación con que supo captar su belleza inagotable, hacen de él un digno par de fray Luis de León. Como fray Luis, Othón se sintió siempre extrañamente conmovido ante la serena majestad de la noche, por ejemplo, y como él también, la cantó frecuentemente con transido y místico arrobó:

Augusta, ya la noche se avecina,  
envuelta en sombras . . . . .

O con más puro acento religioso aun y más intensa emoción panteísta:



Ondulante y azul, trémulo y vago,  
 el ángel de la noche se avecina  
 del crepúsculo envuelto en la neblina  
 y en los vapores gláciles del lago.

\* \* \*

Era Othón, según el testimonio de todos los que le conocieron íntimamente, un hombre sencillo, franco, honrado y bueno, bueno con esa bondad ingenua y hasta un poco niña de los sabios contemplativos. Su ideario podría resumirse en aquellos dos magníficos versos de su Elegía, a la memoria de don Rafael Angel de la Peña, ya citada, cuya laboriosa vida se coronó con la inefable dicha de ser sabio y el orgullo sagrado de ser bueno. . .

La diaria comunicación con la naturaleza y el alejamiento del vivir impuro de las grandes urbes, contribuyeron a robustecer estas virtudes que sólo en el hombre plenamente logrado suelen darse en toda su prístina sencillez y belleza. Este cotidiano contacto con la gran madre y maestra, y este distanciamiento de los corrillos literarios y de la maleante vida citadina, dieron a su poesía esa dignidad, esa fuerza, esa sanidad moral y noble majestad que hacen decir a Alfonso Reyes en el mejor de los estudios que hasta el presente tenemos del gran vate, que es casta y benigna, salubre



como campesina madrugada, firme como labrador envejecido sobre la reja, santa y profunda como un himno a Dios en el más escondido rincón de alguna selva<sup>(1)</sup>. Esta varonil bondad, honrada y casta, con viril castidad de hombre sano y fuerte, es la que da a su poesía un acento personalísimo y casi único dentro de la lírica americana.

Como todo gran poeta, Othón se define en sus versos. En ellos insufló su propia alma y la experiencia fecunda de su vida austera cuanto sencilla y digna. Todos sus poemas rezuman sinceridad y emoción de cosa vivida. Ya él mismo nos lo dijo—parodiando a Martí—en el consabido prólogo de los *Poemas Rústicos*: todos los he sentido, pensado y vivido muy intensamente y han brotado de las hondonadas más profundas de mi espíritu. Pocos de nuestros poetas nos dejan esta fuerte impresión de autenticidad y total identificación entre el bardo y su canto. Y puesto que lo que nosotros pudiéramos decir en mala prosa para perfilar su fisonomía moral, lo plasmó él en diversos poemas, y muy especialmente en los tercetos

---

(1) A esta amorosa y penetrante exégesis de A. R. que le conoció y amó entrañablemente debido a la gran amistad que unía al poeta con el general Bernardo Reyes, padre del fino crítico, habrá que acudir siempre que de Othón se hable. De ella habremos de beneficiarnos todavía en el curso de esta desmañada semblanza.



endecasílabos de la elegía <sup>(1)</sup> que tituló *Interna Pax*. . . dedicada a la memoria de su amigo Marcos Vives, transcribamos el poco menos que autorretrato, con lo cual, tanto el lector como estas deshilvanadas notas saldrán gananciosos. A lo largo de estos tercetos encontraremos delineada la recia vertebración moral que rigió su vida y el alto y severo concepto que del deber tenía. Aunque de una manera directa se refiera sólo a la vida de su amigo, en esta composición nos dejó el poeta una bella muestra de su propia actitud finamente horaciana frente a la vida. No es éste uno de sus poemas más felices, mas late en él un ideal de vida tan acendrado y tan fecundo en saludables enseñanzas, que lo convierte en uno de los más hermosos modelos de poesía didáctica de nuestra América. Por la austeridad y sencillez que su ideología comporta, esta poesía (lo mismo que la obra toda de Othón) debiera ser mejor conocida. No se trata de un sermón en verso, sino de una loa enternecida al esfuerzo perseverante y honrado, la exaltación de una vida modesta que halló en el trabajo fructífero y en el honesto proceder una fuente inagotable de tranquilo gozo. De aquí su alta significación docente para nuestra juventud de hoy. He aquí algunos fragmentos:

---

(1) Es curioso notar que Othón emplea siempre en sus elegías, este metro de tan rancio abolengo clásico. No nos parece aventurado pensar, que dada su devoción por los clásicos de nuestra lengua, se dejara influir por ellos y eligiera este metro para sus elegías, a imagen y ejemplo del autor de la *Epístola Moral*.



.....  
Hacer el bien sin término y sin tasa  
y hallar por premio la quietud que ofrecen  
la arada tierra y la modesta casa;

son ideales que jamás perecen  
cual los fantasmas de mentida gloria  
que, al irlos a tocar, se desvanecen;

que es preferible a fatigar la historia  
cumplir con el deber, vivir honrado  
y reputar la muerte por victoria.

.....  
Así llamaste a la postrer morada,  
el reposo buscando en el regazo  
de la tierra feraz, por ti labrada.

.....  
Allí te guarda la última cosecha  
de sus fecundas y modestas palmas;  
que los que honrados mueren en la brecha,  
más honrados perduran en las almas.

\* \* \*

Hemos dicho que Othón es un poeta sin precursores y sin discípulos en América. Difícil sería encontrar en nuestra poesía una voz tan original y a la vez tan penetrada de hondo sentido artístico y humano como la



de este admirable intérprete del paisaje mexicano. Porque en él se adunan perfectamente el poeta descriptivo y el emotivo o lírico. Hombre para quien lo exterior existía—a semejanza de Heredia, el francés, y de Gautier—la naturaleza y el paisaje, sin embargo, eran un estado de alma, y, a la vez, un pretexto para dar salida al henchido caudal emotivo. Ambos eran como el trampolín desde el cual se lanzaba su riquísima fantasía lírica y el ubérrimo venero emocional. Nada más distante de sus poemas descriptivos que ese paisaje de cromolitografía, estereotipado y frío, con que algunos de nuestros poetas pretenden hacer poesía americana auténtica. Igualmente distante lo encontraremos de la arrogancia palabrera y grandilocuente de un Chocano, por ejemplo. No, el paisaje en Othón es algo animado, algo íntimo, cordial, delicadamente subjetivo, y siempre perfectamente acoplado a su emotividad. Su deliquio frente a la naturaleza alcanza con frecuencia proporciones de exaltación mística, como ya apuntamos. Tan estrechamente se atempera el alma del poeta con el alma del paisaje, que a veces se fusionan y el lector no sabe si el poeta proyecta y enmarca su angustia en el paisaje o es éste el que adentrándose desolador y hosco en el espíritu del poeta lo conmueve y anega en su melancolía. Ocasiones hay en que no se sabe si es la naturaleza la que refleja el dolor del poeta o es el poeta el que nos devuelve, como en un espejo, la infinita y trágica desolación de aquella. Véase, por vía de ejemplo, el siguiente soneto:



¡Qué enferma y dolorida lontananza!  
¡qué inexorable y hosca la llanura!  
Flota en todo el paisaje tal pavura  
como si fuera un campo de matanza.

Y la sombra que avanza . . . avanza . . . avanza,  
parece, con su trágica envoltura,  
el alma ingente, plena de amargura,  
de los que han de morir sin esperanza.

Y allí estamos nosotros oprimidos  
por la angustia de todas las pasiones,  
bajo el peso de todos los olvidos.

En un cielo de plomo el sol ya muerto;  
y en nuestros desgarrados corazones  
el desierto, el desierto . . . y el desierto.

Difícilmente podría señalarse otro poeta en América que tan profundas resonancias cordiales haya descubierto en el paisaje. Para Othón, la naturaleza es espejo fidelísimo que le devuelve, magnificada, su propia intimidad emocional. Verdad, también, que ninguno se aproximó a ella con tan filial y reverente actitud como la evidenciada en las transcripciones que llevamos hechas. Ninguno tampoco ha sabido, hasta ahora, encontrarle tantas posibilidades estéticas. Para él—como para González Martínez—hay un alma, no sólo en el paisaje, sino en las cosas, y en ellas descubre un senti-



do trascendental, profundo y metafísico. Nada en la creación, por humilde que sea, le parece indigno de su atención y de su lira. ¡Y cómo se ennoblecen y dignifican hasta los insectos cuando el artista los ha tocado con la magia de su canto! Escuchemos la humilde voz con que El Grillo se suma al hermoso concierto que el autor tituló Noche Rústica de Walpurgis, ya aludida;

¿Dónde hallar, oh mortal, las alegrías  
que con mi canto acompañé en tu infancia?  
¿Quién mide la enormísima distancia  
que éstos separa de tan castos días?...

Luces, flores, perfumes, armonías,  
sueños de poderosa exuberancia  
la vida ardiente con que tú vivías,  
que llenaron de albura y de fragancia

ya nunca volverá; pero cantando  
cabe la triste moribunda hoguera  
de tu destruída tienda bajo el toldo,

hasta morir te seguiré mostrando  
la ilusión, en la llama postrimera,  
el recuerdo, en el último rescoldo.

No obstante su propensión plástica, puede observarse en casi toda su poesía un delicado matiz elegíaco po-



co frecuente en nuestro parnaso. Es éste un punto de tangencia que lo enlaza a la buena tradición poética de México y lo emparenta y equipara con los mejores cantores de aquel país. Es también una tercera dimensión—profundidad—que acendra y acrece la valía estética de su obra. En este sentido es, acaso, más original que en ningún otro, porque el suave tono elegíaco que prestigia la poesía de Othón no tiene nada que ver con las jeremiadas lacrimosas de la mayoría de nuestros elegíacos. Aun los menos malos como Pérez Bonalde, Zenea, Nájera, Nervo y Urbina, por vía de ejemplo, difieren mucho de esta particular modalidad de Othón. Este sentimiento en él rara vez tiene su origen en motivaciones concretas y personales ni se resuelve en lamentos plañideros, antes, al contrario, está como diluïdo en su obra toda y se deriva naturalmente de la tristeza y la saudade que impregnan la vida y la naturaleza. Esta viril melancolía, jamás quejumbrosa ni afeminada, tiene más afinidad con la de ciertos poetas nórdicos y con la que satura la música alemana y rusa—digamos Wagner, Beethoven, Tschaikowski—que con la de los poetas de nuestra raza. (Posiblemente sea su lejana ascendencia teutona lo que explique esta anomalía).

Dentro de la lírica hispana, el que más se le aproxima es Antonio Machado, como podría fácilmente comprobar quien se propusiera constatar analogías entre ambos bardos. A semejanza de Othón y aun más que en él, en Machado encontramos el paisaje en función de su propio ego emocional; como en el mexicano, en el



poeta andaluz echamos de ver un austero sentido de la vida y una gran sobriedad de expresión y como el vate potosino, el soriano es también transidamente elegíaco. Pero a diferencia de Othón, en Machado el canto gravita siempre hacia adentro y se hace, por ende, más íntimo, más adolorido y personal; su musa es más evolucionada y flexible en cuanto a forma; y más gris, más otoñal en cuanto a contenido. En Othón, en tanto, el canto se hace más luminoso y plástico, más rico en colorido pictórico. La suya es una poesía que en cierto sentido pudiéramos denominar heroica; es más rígida y carece de la riqueza de matices y de la profundidad emocionales en que la de Machado abunda. Defecto de técnica y de escuela en mucha parte, y acaso también, consecuencia del gran dolor que marchitó por siempre el alma del poeta soriano. En Machado, la vena elegíaca alcanza intensidades de las que la de Othón está ausente. El motivo personal, íntimo, en el poeta mexicano está constantemente velado y contenido; en Machado, en cambio, se desborda incontenible y anega con su gris melancolía el alma del poeta. No importa cuál sea el punto de partida, el canto convergirá siempre a su ego adolorido, cual polo imantado de su musa. Si buscáramos un símil en un arte afín, podríamos decir que en Othón predomina un sentido sinfónico de la poesía; mientras que en Machado, el equivalente musical sería el nocturno. Y no obstante estas grandes semejanzas, son éstos dos poetas fraternos y tan afines en sus respectivos perfiles o lineamientos generales, que sería imposi-



ble encontrar en España otro estro que más se asemejara al de Machado que el de Othón, de la misma manera que no existe en la poesía americana otro acento más próximo al de Othón que el de Machado. Léanse los *Poemas Rústicos* y cotéjense con su equivalente español, *Campos de Castilla*, y se verá cuan estrecho y consanguíneo es el parentesco de estos dos excelsos cantores. Dice Othón en el primero de los tres sonetos paisajistas titulados *Elegía*, en los cuales la emoción saudadosa y panteísta se acopla perfectamente con el propósito descriptivo:

En la intrincada senda, y en el rojo  
peñón, y en la monótona llanura,  
no queda ya ni un resto de verdura,  
ni una brizna de hierba, ni un abrojo.

Tan sólo cuelga su último despojo  
la seca hiedra, de la tapia obscura,  
bajo la cual el Abrego murmura  
y crujen las hacinas del rastrojo.

Viene la tarde cenicienta y fría  
y una desolación abrumadora  
se extiende sobre el monte y la alquería.

Nada se oye vivir. Sólo en la hora  
del declinar tristísimo del día,  
la parda grulla en el erial crotora.



Y en esa otra maravilla descriptiva titulada *Una estepa del Nazas*:

¡Ni un verdecido alcor, ni una pradera!  
Tan sólo miro, de mi vista enfrente,  
la llanura sin fin, seca y ardiente,  
donde jamás reinó la primavera.

Rueda el río monótono en la austera  
cuenca, sin un cantil, ni una rompiente;  
y, al ras del horizonte, el sol poniente  
cual la boca de un horno, reverbera.

Y en esta gama gris que no abrillanta  
ningún color, aquí, do el aire azota  
con ígneo soplo la reseca planta,

sólo, al romper su cárcel, la bellota  
en el pajizo algodonal levanta  
de su cándido airón la blanca nota:

En Machado, el poder descriptivo no alcanza nunca esta suprema plasticidad, pero, en cambio, se deja penetrar y conmover más hondamente por la melancolía del paisaje y suele encontrarle posibilidades filosóficas y psicológicas que echamos de menos en Othón. He aquí algunos ejemplos.



CAMPO

La tarde está muriendo  
como un hogar humilde que se apaga.

Allá, sobre los montes,  
quedan algunas brasas.

Y ese árbol roto en el camino blanco  
hace llorar de lástima.

¡Dos ramas en el tronco herido, y una  
hoja marchita y negra en cada rama!

¿Lloras?... Entre los álamos de oro,  
lejos, la sombra del amor te aguarda.

ORILLAS DEL DUERO

.....  
Entre cerros de plomo y de ceniza  
manchados de roídos encinares,  
y entre calvas roquedas de caliza,  
iba a embestir los ocho tajamares  
del puente el padre río,  
que surca de Castilla el yermo frío.

.....



## CAMPOS DE SORIA

.....

## VII

Colinas plateadas,  
 grises alcores, cárdenas roquedas  
 por donde traza el Duero  
 su curva de ballesta  
 en torno a Soria, oscuros encinares,  
 ariscos pedregales, calvas sierras,  
 caminos blancos y álamos del río,  
 tardes de Soria, mística y guerrera,  
 hoy siento por vosotros, en el fondo  
 del corazón, tristeza,  
 ¡tristeza que es amor! ¡Campos de Soria  
 donde parece que las rocas sueñan,  
 conmigo vais! ¡Colinas plateadas,  
 grises alcores, cárdenas roquedas!...

.....

Y como éstos, la mayor parte de los poemas que integran *Campos de Castilla* y otros libros suyos. Por lo transcrito, puede verse cómo en ambos predomina —variando sólo en grado de intensidad— la misma vaga tristeza; la misma predilección por los panoramas austeros y desolados sobre los cuales se desborda la personal



añoranza; idéntica fusión del alma del poeta con el alma del paisaje; similar propensión elegíaca; análoga pureza y severa elegancia de expresión, etc. Y esto, sin dejar de ser fundamentalmente plástico, el uno; y elegíaco, el otro.

\* \* \*

Hemos hecho alusión más arriba al sentido sinfónico que de la poesía tenía Othón. Muchos serían los ejemplos que para corroborar este postulado podrían traerse a colación. Mencionaremos tres solamente, sin embargo: la consabida *Noche Rústica de Walpurgis, Pastoral* y el *Himno de los Bosques*. Sabemos que el gran poeta era un devoto apasionado de la buena música, y de ello dejó excelentes testimonios en prosa y verso. El cuento *Un Nocturno de Chopin*, por ejemplo, es una inteligente apreciación crítica del arte del romántico artista polaco.

Su obligada residencia en los distritos rurales privábalo de oír música selecta con la frecuencia que su espíritu ansiaba. En estos nuestros días de radio y de reproducciones mecánicas casi perfectas, apenas podemos imaginar la desesperación del poeta confinado de por vida a la soledad de sus montañas nórdicas, a las cuales no llegaban ni siquiera los ecos de la vida artística urbana. De ahí sus gozosas cuanto espaciadas escapatorias a la capital, en donde su espíritu sediento encontraba abundoso manantial en que abreviar. Desdichada-



mente para él pronto le sobrevino una pertinaz sordera que le hizo conocer la angustia y la íntima desesperación beethovianas. Oigamos lo que Luis G. Urbina, que lo conoció y amó entrañablemente, nos dice a este respecto:

«Cuando yo le conocí, ya era tardo de oído. ¡Pues había que ver sus locos arrebatos emotivos, cuando escuchaba música selecta! Se le humedecían los ojos y le temblaban las manos, al oír en el piano o en la orquesta, a Beethoven, a Mozart, a Wagner. En su postrera visita a México, herido de muerte ya, con los ahogos de la disnea, después de prometer que no saldría, a Pepe López Portillo, que lo cuidaba y lo quería como un hermano, se escapaba por la noche, de su cuarto del Hotel del Bazar y se iba con el maestro Elorduy y con Baudelio Contreras, a la casa de la pianista Ana María Charles, a oírla tocar, horas y horas, encantado como el monje de la leyenda».

Este irrecusable testimonio de Urbina, nos da la medida exacta de la pasión del poeta por la música, a la que consideraba como suprema entre las bellas artes. Pocos—acaso ninguno—serán los poetas de nuestra América que tan hondamente hayan sentido la fascinación de esta arte máxima como Othón, y menos aun los que tanto se hayan dejado penetrar e influir por ella. Su mejor libro, el tantas veces mentado *Poemas Rústicos*, está saturado de este noble influjo. Como podrá verse en otro estudio que a sus influencias consagra-



mos, la musical es casi la única que en él puede señalarse. De ella están impregnados hasta sus más cortos poemas. En las composiciones de más aliento, el poeta como que trata de emular la sinfonía. El mejor modelo de este género es, sin duda, *El Himno de los Bosques*. En otras ocasiones son el poema sinfónico o el lirismo wagneriano los que parecen darle la pauta: así, en *Idilio Salvaje*, *Angelus Domini*, y *Salmo del Fuego*, por ejemplo.

A nuestro entender, Othón, consciente o inconscientemente, toma, a veces, de la música la estructuración y el sentido rítmico y, con mayor frecuencia, el léxico. Difícil sería encontrar en castellano otra composición en la que más abunden los términos musicales que en el *Himno de los Bosques*. Y lo mismo podría decirse de otras varias. Tan evidente es el sentido sinfónico de este poema, que estamos por decir que su autor lo escribió en la esperanza de que, andando el tiempo, algún compositor de genio lo musicalizara y convirtiera en una gran sinfonía. Pocos poemas tan adecuados a la orquestación como éste y ninguno en nuestra poesía tan rico en «movimientos» y «tiempos», en crescendos y pianísimos, en motivos líricos y heroicos, así como en sugerencias onomatopéyicas. Diríase que el poeta lo escribió para servir de inspiración y tema a un Brahms, un Wagner o un Beethoven hispano que supiera traducir en valores musicales su gran riqueza descriptiva y lírica. Todo en él, desde la distribución en cuatro tiempos hasta las perfectas gradaciones de sus «movimien-



tos» y armonías, sugiere la idea de la sinfonía. A lo largo de todo el canto, el poeta le va dando la pauta al futuro compositor. Las estrofas iniciales preludian ya todos los «motivos» posteriores. Abrese con una serie de «variaciones» en las que el autor—a semejanza de los grandes compositores—resume los «temas» centrales que luego se desarrollarán en la totalidad de la sinfonía, cerrando este pasaje inicial con esta hermosa síntesis:

¡Del gigante salterio en cada nota  
el salmo inmenso del amor palpita!

Transcribimos ahora lo que vendría a ser como un «andante maestoso» para abrir el primer tiempo. Nótese la perfecta gradación del «crescendo», desde los graves pianísimos con que principia, hasta el clímax a toda orquesta en que culmina. Hasta el «tempo» y el tono los va marcando el poeta con admirable precisión. Tal parece que fuéramos leyendo al margen de cada estrofa, «adagio lento», «allegro moderato», «presto», etc.:

Huyendo por la selva presurosos  
se pierden de la noche los rumores;  
los mochuelos ocúltanse medrosos  
en las ruinas, y exhalan los alcores  
sus primeros alientos deleitosos.  
Abandona mis párpados el sueño,  
la llanura despierta alborazada:



con su semblante pálido y risueño  
la vino a despertar la madrugada.  
Del oriente los blancos resplandores  
a aparecer comienzan; la cañada  
suspira vagamente, el sauce llora  
cabe la fresca orilla del riachuelo,  
y la alondra gentil levanta al cielo  
un preludio del himno de la aurora.  
La bandada de pájaros canora  
sus trinos une al murmurar del río;  
gime el follaje temblador, colora  
la luz el monte, las campiñas dora,  
y a lo lejos blanquea el caserío.  
Y va creciendo el resplandor y crece  
el concierto a la vez. Ya los rumores  
y los rayos de luz hinchán el viento,  
hacen temblar el éter, y parece  
que en explosión de notas y colores  
va a inundar a la tierra el firmamento.

A continuación vienen las variantes descriptivas, ricas en onomatopeyas, para concluir con un pasaje de profundo sentido religioso.

En lo que vendría a constituir el segundo tiempo de la sinfonía, el poeta nos describe la modorra y el agotamiento que postran a la naturaleza en la hora canicular del medio día en el trópico. Ahora se amplían y detallan los temas descriptivos enunciados en el primer tiempo y tanto se acrece la eficacia onomatopéyica del



canto que ya sólo le falta al poeta nombrar el instrumento o instrumentos con que el compositor debe reproducirla en cada caso. El tiempo termina con graves y lentos acordes de contrabajos y metales.

Siguiendo la pauta de la inmensa mayoría de las sinfonías, el tercer tiempo se anuncia con un perfecto tema de scherzo, alegre y saltarín como un minuetto clásico. Ya natura se ha librado del sopor que la aplataba y resurge ahora alborozada y gozosa:

. . . . . , . . . . .

Con los temblores del pinar sombrío  
mezcla su canto el viento, la hondonada  
su salmodia, su alegre carcajada  
las cataratas del lejano río.

Brota la fuente en escondida gruta  
con plácido rumor, y, acompasada,  
por la trémula brisa acariciada,  
la selva agita su melena hirsuta.

. . . . .

Y concluye con una grandiosa descripción de una tempestad,—tema tan favorito de los grandes músicos—en la que casi todo se le ha dado ya hecho al imaginario compositor, cuya tarea queda aquí poco menos que reducida a la simple armonización.

Finalmente, llegamos al cuarto tiempo. Otra vez el «adagio maestoso» como ocurre, por lo general, dentro del convencionalismo que rige el concepto y la estruc-



tura de la sinfonía tradicional y clásica. Iníciase con unos acordes graves y solemnes en los que palpita un profundo misticismo panteísta. El poeta se halla frente a la expectante transición crepuscular y la naturaleza se le muestra ahora bajo un aspecto inédito y le habla una voz renovada y misteriosa:

. . . . .  
Son las últimas notas del concierto de un día tropical. En el abierto espacio del Poniente, un rayo de oro vacila y tiembla. El valle está desierto y se envuelve en cendales amarillos que van palideciendo. . . Ya el sonoro acento de la noche se levanta. Ya empiezan melancólicos los grillos a preludiar en el solemne coro. . . ¡Ya es otra voz inmensa la que canta!

Y luego, recogiendo en vigorosa síntesis toda la infinita escala de armonías que ha escuchado en las montañas del trópico durante el día, la sinfonía remata en un torrente lírico de insuperable belleza. De nuevo surge la idea religiosa y el sentido místico que ahora se transforman en un glorioso himno a toda orquesta, digno de Wagner o de Beethoven en sus momentos más felices.<sup>(3)</sup>

---

(3) Acaso sea puramente arbitraria y gratuita la intención que al poeta hemos atribuído, y lo que nosotros creemos un propósito consciente y con transcendencia musical, no sea más



Tal es esta gran sinfonía tropical nonata que hace más de treinta años anda en busca de creador que la prohije y saque a luz. De haber sido escrita en alemán o en ruso, de seguro que no permanecería huérfana, porque en aquellos países, el sentimiento de la naturaleza es una añeja realidad y una suprema expresión estética, en tanto que entre nosotros, recién empieza a despertar. De ahí que en temas similares se hayan inspirado gran número de geniales compositores alemanes, rusos, polacos, etc. Recuérdense, por ejemplo, entre otros muchos casos, la Primera Sinfonía de Schumann; el concierto para piano número dos, de Brahms; la Sexta Sinfonía—La Pastoral—de Beethoven; el Murmuro de los Bosques, de Wagner, en la ópera Sigfrido; y tantos otros. Aun entre los países mediterráneos en donde este culto a la naturaleza carece de la intensidad e importancia artística que en el norte reviste, encontramos excelentes composiciones musicales inspiradas en temas análogos. Así, de momento, recordamos *La Mer*, de Debussy; el poema *Castilla*, de Sanjuán; y la obertura de *Guillermo Tell*, de Rossini; que es toda ella un estupendo «paisaje» alpino con evocaciones

---

que consecuencia lógica del tema cantado. Mas, cualquiera que haya sido la recóndita aspiración del poeta, no hay duda de que tanto el tema en sí como la sabia estructuración y distribución que su autor le dió, se ajustan perfectamente al concepto evolucionado de la sinfonía que nos dejó Beethoven y superaron Tschaikowski y otros.



de gran efecto y riqueza onomatopéyica, particularmente en el pasaje de la tempestad.

Pero al Himno de los Bosques tocóle la mísera fortuna de ser engendrado en castellano y en tierras de América, en donde casi todo lo grande, bueno y bello, permanece inédito y en espera del santo advenimiento. Porque si con los géneros poesía y novela hemos hecho ya acto de presencia en el mundo intelectual, en lo que respecta a la música, apenas si hemos salido del período del tambor, en unas partes, y en otras, no hemos rebasado aún la etapa de la cancioncilla dulzona y sentimental. No creemos incurrir en grave exageración si afirmamos que nuestros máximos aportes musicales se llaman todavía tango, cueca, rumba, jarabe, etc. Pena da confesarlo, pero durante varios años de escuchar programas de seis u ocho de las mejores orquestas sinfónicas del mundo, todavía, ni por equivocación, hemos visto aparecer un solo nombre de compositor hispanoamericano. Nuestra incapacidad para la creación musical parece ser realmente aterradora, como lo prueba nuestra ausencia de la escala de valores internacionales. ¡Ah, pero tenemos un brillante porvenir! Y con esta infinita posibilidad futura que nos atribuimos, con este ilimitado crédito que nos hemos abierto, vivimos tan orondos y satisfechos. Los otros países, en cambio, nos toman a beneficio de inventario y nos van juzgando por nuestras obras presentes sin tener en cuenta para nada esta enorme capacidad creadora que habremos de desarrollar mañana... Así como España y Portugal viven



intoxicados de pretérito, nosotros nos empeñamos en suplir nuestra insipiencia y esterilidad actuales con la deslumbradora visión de un glorioso futuro. Mientras tanto, el mundo marcha y la América hispana continúa a la zaga en su eterno papel de comparsa.

\* \* \*

Y aquí hay que poner término a estas divagaciones. En ellas nos hemos referido solamente a un libro de Othón y al sentimiento que lo vertebra. El poeta escribió otros dos anteriores pero no quiso que se le tomaran en cuenta por considerarlos productos de juventud, carentes de la madurez que la obra de arte requiere. Muchos de los cantos anteriores a los *Poemas Rústicos* no merecen el desdén con que su progenitor los desconoció y desheredó, como a hijos mal habidos; pero hemos acatado la voluntad del poeta concretándonos a la modalidad definitiva que su musa adoptó. Gran pérdida fué para nuestras letras la prematura muerte del poeta, pues ella nos privó de los otros tres libros que en el consabido prólogo anunciaba. Mas, este pequeño volumen, ha bastado para colocarlo entre los poetas mayores del continente.

University of California at Los Angeles.



Félix Armando Núñez

## Regreso intemporal

I

### SONATA LUNAR

«Todavía» dice el canto  
y responde el alma mía:  
«todavía».

El pinar hizo la noche  
y la luna hizo el encanto  
con tu dulce compañía.

«Todavía» dice el canto,  
«todavía».

A medida que bajamos  
por la senda plateada  
aumenta la hechicería.



Noche para ser soñada  
con Beethoven y una amada.  
«Todavía».

De agua de luna venía  
tu frente pura bañada.

Traía el alma colmada  
de una profunda armonía.  
Tú no me decías nada,  
colmada del alma mía.

Del pinar salió la noche  
transparente como el día.  
El azul de la luna era  
un filtro de fantasía.

«Todavía» dice el canto,  
«todavía».

## II

### LENTO

La tarde está nublada  
y mi corazón, triste.  
Yo no sé por qué fué . . . quizás por nada . . .  
Pero tú no volviste.



El gris dulce del cielo  
tiene mi desencanto.  
En mi mente va y viene el ritornello:  
«¡te hubiera amado tanto!».

Una palabra amable,  
una esperanza mía . . . y nada más.  
Mi vida se llenó de lo inefable.  
Pero bien sé que nunca volverás.

Había en tu lenguaje algo tan tierno  
y había algo tan diáfano en mi espera.  
Quizás se malogró mi canto eterno  
por no dejarme tú que te quisiera.

### III

## DOLIENTE

Ternura pura, ensueño sin deseo,  
yo no sabía cómo te quería.  
¡Qué ingenuidad la mía cuando creo  
que he de olvidarte un día!

Tu corazón fué ingrato,  
pero no te tendré pronto en olvido.  
Amor que nació herido, como a herido  
tiernamente lo trato.



Mi dolor es inmenso  
y no olvidarte es como mi agonía.  
Sin embargo, ¡qué engaño cuando pienso  
que he de olvidarte un día!...

## IV

## ELEGIA ROMANTICA

Mujeres enlutadas llevan flores  
para los muertos.  
¡Qué belleza profunda y delicada  
tienen estos recuerdos!

Sin horror, sin el miedo de lo ignoto  
se recuerda a los muertos.  
Viven de nuevo en una frase tierna  
o en un suspiro inmenso.

En la rosa, en el lirio de las tumbas,  
en el ciprés que vigila el silencio  
viven mientras vivimos  
nuestros queridos muertos.

Una voz que se muere  
ahogada en el pecho  
pregunta: ¿Quién irá a dejar un día  
rosas sobre tus restos?



Mujeres enlutadas llevan flores  
para los muertos.

V

ELEGIA PROFUNDA

«Cuando somos, la muerte no es;  
cuando la muerte es, nosotros ya no somos».

EPICURO.

Estás muerta... Ah! qué modo falaz  
de decir esa nada que humilla:  
que quien fué mi total maravilla  
en la muerte ha encontrado la paz.

No estás viva ni muerta... No estás...  
Simplemente no estás. Calofrío  
de pensar me estremece... Amor mío,  
no estas viva ni muerta... No estás...

No estás muerta... La losa feroz  
pesa sobre mi carne viviente:  
sobre ti, no... ¡Ah! presencia incoherente  
que estrangula el ensueño y la voz!

No estás viva, ni muerta... No estás...  
Simplemente no estás... ¿Para quién  
he traído esta flor, si sé bien  
que ni aquí, ni en el tiempo tú estás?



Esta sombra de horror apretada  
sobre un ser que soñó y esperó  
aniquila el sentido del yo:  
¿ni la rosa, ni el alma son nada?


Locamente me amaste y te amé.  
Pero ¿a quién adoré que no está?  
Realidad . . . Reflexión . . . Basta ya  
de pensar qué será lo que fué . . .



Carlos Sepúlveda Leyton

## La Fábrica <sup>(1)</sup>

### II

l toque de diana es a modo de un repique largo como de cien campanillas que, desde los pies, va agarrándonos y sacudiéndonos, como se remece a los árboles mezquinos para que suelten el fruto. Nos levantamos, es decir, es la carne obligada y perezosa la que se levanta con un gran esfuerzo de todos los músculos. El espíritu se despavila y ayuda en lo que puede a la carne, clavando en la carne empeñosamente las plateadas espuelas del carácter. Tropezándonos, corremos hacia los lavatorios y resbalamos en una pieza grande, bordeada de lavatorios de

---

(1) Como una primicia publicamos este capítulo de una nueva novela de Carlos Sepúlveda Leyton, el afortunado autor de *Hijuna*, vigorosa revelación ésta, de un novelista de espléndidas cualidades. Alejado de toda capilla y de todo cenáculo, Sepúlveda, en el silencio de la vida provinciana articuló con singular maestría las observaciones de una existencia en la que el ritmo humano alcanza un acento desusado en nuestra novelística. *Hijuna* lo mostró como un escritor formado, con auténtica personalidad. Algo hay en él que recuerda la manera escueta y cálida de los rusos.—  
(N. de la D.).



loza blanca, adosados a un armatoste largo, que ciñe tres lados de la pieza y que está recubierto de latón, igual que el piso jabonoso donde resbalamos a cada movimiento. Hace rosada espuma la esmaltina en los labios entreabiertos, y, en un chapateo rápido, espantamos el sueño y el frío.

El joven atildado que dijera anoche al señor inspector que él no tenía el número 120, se destaca en la media luz como un joven alto, de color mate, la nariz dibujando vagamente un «corvo», y, ahora, con gesto meticuloso, cepilla el negro y lacio cabello. Con aire circunspecto parece querer alejar del espejo la realidad de su nariz que, sin lugar a dudas, le sorprende ingratamente; pero, a pesar de todo; debe tener algún dulce consuelo, pues, a hurtadillas, le vemos echar sonrisas al espejo.

Traginamos afanados, con la tohalla en los hombros, envolviendo el cuello a modo de bufanda. Pero los rostros se quedan tristes; sin soltar el deseo de estar en la cama tibia, con los ojos abiertos, sin pensar en nada, mirando el techo.

—Es muy «hediondo» levantarse tan temprano... ¿no le parece?

Se contonea como un pato el montón de grasa que habla, redondo y simpático.

—Tiene olor, dice...

—Palabra... hediondo... como todo lo desagradable. Vea, compañero, si no es hediondo levantarse tan temprano... Y yo me llamo Pedro Baeza y no miento.



Guajardo, con los pantalones sujetos por debajo del ombligo, se acerca, y me dice señalando al meticoloso:

—El gallo del espejo . . . mire . . . ¡(y lo señala con el brazo extendido largo a largo, con la aguja del índice) ¡parece marica . . .!

El montoncito de grasa se ríe con toda la esfera muy morena que le han puesto en la cara, y Guajardo lo contempla un momento, sonríe socarrón y amistoso, tira una manotada a los pantalones que resbalan en las caderas, y dice con risa de niño:

—Este . . . ¡Echale diablo!, parece pato . . .

Se aleja riendo su gracia y dando sorbidos; los tirantes le arrastran en el latón jabonoso y semeja un mono rechoncho, con larga cola.

Unas quijadas de asno se hunden en el lavatorio blanco, y las quijadas hacen rápidas zambullidas, de lado, hasta la mitad de la cabeza, mientras el cuerpo huesudo echa las patas hacia atrás y las manos se agarran al armatoste, y los latones se aplanan aquí y se hinchan al lado, haciendo ampollas que se suceden ruidosamente. Al concluir el juego, las quijadas de asno mueven la cabeza estrecha, corta y rápidamente. Después, el muchacho, alto y huesudo, comienza a saltar en un pie, con la pierna izquierda, y, desde lo alto, la oreja izquierda se cae más abajo del hombro, y hace angustiosos movimientos negativos, como si no oyera y quisiera oír el compás del pie izquierdo que salta haciendo corcovitos redondos.

Los vidrios empañados borran el paisaje. Acarician-



do el vidrio con el dedo emocionado, escribe en la humedad del vidrio las letras amadas azoradamente... Lucy... pero, temeroso de una profanación, restrega con gesto suicida la mano en el vidrio, y se esfuma el hechizo. Por el ojo nublado abierto en el vidrio, diviso los copos desteñidos de los árboles, y los árboles aun parecen dormir un ensueño lejano.

Al toque de preparación, después de veinte minutos de afanes, estamos listos casi todos. Ahora el inspector es un señor gordo. Imita una bala de lana, tapando la puerta, y ordena:

—¡Apurarse!

Y la voz imperiosa enreda las manos de los atrasados, y se desesperan tendiendo las ropas de cama, pieza por pieza. Da pena verlos. Ayudo a Pirinola que, agradecido, me dice que no me necesita; pero que los caballeros, etcétera, etcétera.

Al bajar, nos impone respeto la presencia de unos señoritos que pisan los peldaños reposadamente, sin mirarse los pies. Los señoritos tienen bigotes y se los retuercen con la satisfacción del hombre que cuenta billetes propios. Apocados, saludamos con respeto a los bigotes y los bigotes se dignan sonreír. En el vestíbulo, resbalamos en el mosaico bruñido y el resbalón nos hace agrandar los ojos. Atravesamos indecisos hacia el interior, y nos revolvemos como un rebaño de ovejas, y nos falta sólo balar, acorralados en el angosto pasillo, junto a las anchas puertas que lo limitan y lo iluminan con



sus altas vidrieras. Las puertas están abiertas; pero siempre son una barrera para nuestro susto.

Un hombrecito viejo y bondadoso, con una carita redonda de guagua y límpidos ojos azules, aparece con un largo coligüe en la mano (en el extremo del coligüe un garabato), y nos señala la obscuridad de una sala sin fin.

—Hay que entrar al aula, nos dice:

Se oye un estrépito en las escaleras, y nos asomamos curiosos, apelotonando las cabezas en la angosta puerta por la que respira el vestíbulo. Las largas piernas del mono Marín enrollan velozmente los peldaños, y mientras salta, el mono manotea la corbata que se le vuela de las manos:

—Me quedé dormido, Rojita, grita sin temor. ¡Estos carneros tienen la culpa!

—¿Ya les dieron capote? me pregunta Rojita.

—Pero claro . . . , contesto, sin saber lo que digo.

¿Por qué he dicho eso: «pero claro»? He dicho una tontería. Es una salvajada eso del capote.

—Un capote hediondo . . . (El montón de grasa se contonea)

—¡Pato!

—¿Pato . . . ? ¡Sabe que está bueno, compañero! Yo no miento nunca . . .

En seguida, hace estrépito otra vez el timbre y, guiado por Marín, nos formamos siguiendo el cuadrilátero de los corredores. En la ceniza de la mañana, de un lado a otro de los corredores, la formación de los alum-



nos dibuja una hilera de postes, y, se ve, sobre cada poste, un pajarraco echado con ojos que blanquean.

Llega el señor director y parece que a su llegada, con el albor de sus cabellos, clarea un poco el gris de la mañana. El señor director, corpulento y sereno, y extranjero... ¡qué pequeño nos ha de ver... si nos ve... y qué imponente le vemos!

Recorre las filas tranquilamente, seguido del inspector, del señor gordo. Se fija en nosotros detenidamente, como para divisarnos, y no nos habla... es decir, si habla, no lo alcanzo a oír.

Atajamos la respiración tanto como podemos, y se nos hinchan los carrillos y nos ponemos rojos, y tenemos la sensación de estar a punto de reventar, como los globitos de goma que se rompen. Desde muy arriba nos mira los pies, y nos inspecciona sin insistencia; pero nos domina tanto que hasta el pensamiento se acurruca. Se detiene junto a Guajardo, y el muchacho se pone firme y saca pecho a modo de los reclutas, y sorbe un solo sorbido largo y escondido.

—Uuss alláa... ¡Cordones...!

Al fin el señor director encontró lo que buscaba, y, en vez de alegrarse, alarma:

—¡Cordones! Uuss... alláa...

El mocetón, zafio como un terrón en el zurco, se inclina torpemente, afirma una rodilla en el frío del piso de cemento, se le enrojece el rostro, y, después de enrollarse materialmente en sí mismo, consigue amarrar correctamente, con nudo de rosa, los cordones rebeldes.



Al levantarse, descansa con largo alivio suspirando su frase:

—¡Echalee... diabloo...!

Se acerca a él, el señor inspector de turno, gordo, severo, un poco turnio.

—Su nombre...

—Guaja... ¡Echale!... Guajardo, señor... para servirle.

Se aleja el inspector anotando el nombre en una libreta de tapas negras. El señor director da la vuelta completa al cuadrilátero y despacioso, se va al interior, empujando la niebla con su corpulencia.

En el aire se siente el olor de la lluvia que ha de venir lloviendo como una regadera de jardinero... el cielo tiene el jardín en la tierra.

Se hace un cuarto de giro hacia la derecha y se da una vuelta completa al cuadrilátero, formados de a dos. Me toca de compañero el mozo circunspecto.

—Se fijó—me dice bajito—Guaja... ¡Dijo Guaja! ¿Qué le parece que le digamos «don Guaja...?»

Nada.

Resuenan los pasos acompasados en el piso sonoro, de cemento. Con nosotros, parece que desfilan los postes que sostienen el corredor. Al frente, se adivinan las mesas de los comedores. Ya se oyen ruidos de cucharas y, como un niño atento cuando oye tocar el timbre, el estómago pugna por abrir la puerta del comedor. En una esquina, en una pileta baja, la llave no cierra bien, y de la llave amarilla se alargan las goteras,



persiguiéndose y prolongándose en un llanto gimoso y reprimido. Desde el rincón opuesto, aquellas lágrimas de la llave brillan en un hilo continuado y remedan el filo de plata de un cuchillo largo. Las filas se van hundiendo en el pasillo angosto en que nos acorralamos hace un momento. Resuenan los pasos acompasados, y ese ruido como de tropa en marcha, entristece. Hacemos nuestra entrada al aula y nos agrupamos en el espacio que queda libre a lo largo del salón, angosto y profundo, con galerías en el segundo piso y muchos ventanajes. Se nos determina el lugar en que debemos sentarnos «para siempre». Se nos dice:

—Aquí... para siempre.

El inspector estudia el plano del aula, con sus bancos.

—Para siempre, aquí... El que cambie de lugar... ¡un domingo sin salida!

Me corresponde en las corridas de afuera, al lado derecho, de manera que tendré toda la vida sobre mí, frente a frente, la vigilancia de los señores inspectores. Hágome esta reflexión rápidamente y me consuelo.

—Mejor... así me ayudarán a portarme mejor...

Entra el hombrecito vejancón y bondadoso de rostro, y, con el largo coligüe, terminado en un garabato, va encendiendo las lámparas a gas. Son unas lindas lámparas forjadas en bronce. Al tirar de una cadenita dorada—como si las tocara una varillita mágica—las lámparas tienen un estremecimiento de vida, parpadean y parece que se inflaman. La cenicienta camisa del



mechero se hace incandescente, y a la viva luz, se destaca en el proscenio que se levanta al final de la sala, un telón de boca todo colorado. Tiene rojas cortinas abiertas como un peinado, sostenidas por gruesos cordones de oro, con grandes nudos, y con largos flecos de oro. La concha curva su lomo forrado en tela carmesí, y en la mitad del lomo, en monograma, se hinchan tres dibujadas letras amarillas: ENP... Escuela Normal de Preceptores.

En el espacio abierto por las rojas cortinas recogidas por los cordones de oro, detona el simbolismo de algunas figuras.

Una matrona exuberante, está a medio sentar en una silla curul y tiene agobiadas las faldas por un libraco descomunal, porque aquello parece libro si se le mira de frente; pero, al mirar de soslayo, la cosa es un acordeón a medio estirar. El telón entero tiene el doble sentido de lo anamorfósico. La imponente matrona mete el dedo con solemne dignidad entre las fojas del libro abierto, y unos chanchitos redondos se apilan y meten la nariz entre los brazos sedños de la dama, y hozan el libro los chanchitos, cabeceándose, ávidos, como si lo que dijera el libro les importara gran cosa. Pero los chanchitos son, al mirarlos de lado, unos angelitos amorcillados, dispuestos a volar.

Al fondo, entre unos borrones desparramados en el cielo azulenco, en actitud de ir a excursionar al infinito, el pelo rucio arrebatado por una ventolera, los brazos desnudos, enloquecidos los ojos; las polleras berme-



jas flameando en los muslos marfileños; los senos suntuosos, los piececitos sin zapatos; haciendo el gesto teatral de los poetas rebeldes y dinamiteros, que al lanzar la bomba ruegan al Dios, que no existe, que no mate al rey; así, asimismo, una cosa parecida a mujer levanta la diestra por sobre la ventolera de sus cabellos rucios, y en la diestra alzada, incendiando los borrones que parecen nubes, llamea un anafe grande, con libertarias llamadas de antorcha.

Abajo, en lo que imita un obscuro terrazgo, desparramados con desorden simétrico, una paleta de pintor, pinceles, una escuadra con un hoyito en el ángulo recto, un compás, un globo terráqueo, y, además, muchas espigas de trigo, verdeando, en círculo, como una corona laurífera.

La luz de las lámparas forjadas en bronce reverbera en los ventanajes, y las lámparas se proyectan al medio del patio, como agarradas a la niebla, a la altura de mi mano. De poder salir al patio, tan fácilmente que me podría entibiar las manos heladas con sólo elevar las manos heladas en un gesto de oración hacia las lámparas...

Vigilante, de pie al medio del aula, el señor gordo y severo, un poco turnio; las manos cruzadas atajando los riñones, parece un Napoleón de yeso. Un Napoleón de esos con que la gente pobre echa a perder la austeridad de su miseria, al encaramar el pedazo de yeso en la mesita de centro.

Nadie hace nada en esta primera mañana normalis-



ta; pero todos estamos sentados, doloridas, las asentaderas sobre la tabla inflexible del banco; pero todos estamos en silencio, mordidos los labios, mascando y triturando el ala de las palabras que forcejean por echarse a volar.

El señor inspector mira con el ojo normal hacia arriba, y con el ojo achulado nos abarca y nos crucifica. Disimulando, seguimos la línea del ojo normal, y vemos, arriba, afirmado en las barandillas del hueco que hace de galería del aula, a un caballero negrito desde los cabellos hasta los pantalones. Inmóvil, sin siquiera hacer un pestañeo, semeja, el negro caballero, un desgarrón de la noche, un desgarrón dejado por la noche al ser espantada por la luz del gas. El caballero observa con interés reconcentrado, el imperio de la disciplina estática, y no dice nada. El señor Inspector recorre el aula en las puntas de los pies, y sólo se oye el ahogado quejido de las tablas lustradas. El Mono Marín, pegados los labios a las estrías de la columna que se levanta junto a su banca, en un rincón de la entrada del aula, sopla:

—«Hache... hache...» ¡El Chuncho...!

Y esa palabra extraña se va extendiendo suavemente, con el leve avanzar de una mancha:

—Hache... hache...

Los dorsos curvados se enderezan y la vida se detiene, mientras la mancha se desliza en el silencio, sin que la oiga el silencio.

—(Hache... hache...)



Miro al cielo altísimo del aula, y arriba todo está tranquilo, y todo es azul y amarillo. Juegan una ronda unos niños desnudos, y un ángel muy bonito sopla en una trompeta muy larga. Arriba, de lado a lado de las barandas de la galería, se adivina otro proscenio, cerrado en este momento por una puerta plegadiza, blanca y grande como una muralla.

Rechina una banca, y es un sobresalto de terremoto el que nos agarra por la nuca. Una hecatombe no se anuncia con más ruidoso estrépito. Al ruido insólito, el hombre turno se revuelve rápidamente, escandalizado: instantáneamente todo queda en un silencio tirante.

El aula está repleta de gente joven, de a par en cada banca. El barniz está envejecido y la cubierta tiene todos los colores. Las manchas de tinta parecen movidas por el viento, igual que las nubes. Profundas heridas en la cubierta: tatuajes, fechas, nombres, y la palabra «Recuerdo» repetida muchas veces.

Comienza a debilitarse la luz del gas, y desde fuera pugna por entrar, empujando las ventanas, la cenicienta mirada de esta mañana de marzo.

Duelen los ojos y se siente el peso de los párpados. Las filas correctas, en correcta posición los dorsos. A veces, alguna cabeza que ha cerrado los ojos, hace una caída profunda; pero, con movimiento enérgico, vuelve a tomar la posición normalista. Nadie tiene nada entre manos. De fuera llega el murmullo de conversaciones sofocadas. Es el curso superior que se queda en su sala



de clases. Los caballeros que ya tienen bigote, también tienen permiso para conversar, en voz baja.

El frío se entra por las canillas, y con movimientos miedosos procuramos envolvernos las piernas en los falones del sobretodo. A hurtadillas, ahuecamos las manos y, despacito, echamos el aliento que se hace rocío en las manos heladas.

El señor Inspector no demuestra cansancio, ni siquiera aburrimento. Tiene la tenacidad del cazador. Husmea la caza.

Quisiera cerrar los ojos y roncar, echado en la cubierta de la banca. ¿Para qué se nos habrá arrancado de la cama? En la cama estaríamos calentitos, pensando o durmiendo. ¿Qué se podrá pensar...? Atisbando al señor gordo y medio turno, ensayo pensar en su Lucía. La veo blanca y alegre en la época de nuestra infancia—soslayando la esquina para ver las peripecias y los mariposeos de los volantines en comisión; pero el caballero gordo tal vez me ha visto sonreír mi ensueño, y, alarmado, inclina hacia mis ojos, todavía cristalinos, el maleficio de su ojo turno, y me desflora el alma, y la buena visión se me va del alma. Me propongo esconderme. Entonces, para que no lo tome a mal, me concentro a contemplarlo: gordo, moreno, impasible, las manos cruzadas atajando los riñones, da la impresión de un monigote de yeso barnizado. Materializo la comparación lamentable en una sonrisa. El ojo oblicuo me ve, y el hombre salta un salto de gato.

—¿Se ríe de quién... vamos a ver? ¡Levántese!



Se siente el movimiento de las cabezas que se vuelven, libres ya de la vigilancia atenta y sostenida.

Paro mi sonrisa y me pongo de pie, y aprovecho el descanso para estirar los huesos que tiritan.

—¡Cuádrese!

No se me alcanza la necesidad de tanta ceremonia y me cuadro con movimientos lacios.

—Conteste... ¿De quién se reía? ¡Cuádrese!

—Señor...

—¡Cuádrese!

Veo que el hombre tiene coraje y que no hay remedio.

—De nadie me reía, señor...

—¿De nadie...? Vamos a ver... ¡Usted se reía! ¡Cuádrese!

—No... señor... pensaba...

—¡¡Usted... pensaba...!!

—Sí, señor... Estaba pensando en Napoleón...

—¡Usted pensaba en Napoleón! ¡Cuádrese! En Napoleón... ¡Pero eso es fantasear...! Y la fantasía es la loca de la casa... ¿Usted no sabe que la fantasía es la loca de la casa...?

—¿La loca de la casa...? No, señor...

—¡Cuádrese! Pero hay una camisa de fuerza para reducir a esa loca... ¡La voluntad!

Le baila el ojo al hombre gordo. Cambia de tono, y me receta un domingo sin salida, amigablemente.

—La voluntad... ¿entiende? ¡No olvide la lección!

Me anota en su libreta negra.

No entiendo nada.



Suena el timbre.

En orden, desenrollándose desde el fondo del aula, va saliendo la juventud normalista, cansina y triste.

### III

No sabemos qué hacer en los anchos corredores. Al medio del patio, una alta acacia desnuda y morena se tapa con la niebla. Algunos nos salimos de la línea y pisamos el patio húmedo y resbaladizo. Quisiera saber qué piensa la acacia. Sin que nadie nos lo ordene, nos damos cuenta que no está bien acarrear barro en la suela de los zapatos. Volvemos al corredor. Los grupos se estrechan, se desmadejan, en movimiento circular, reposado. Las palabras no suenan. Nos restregamos las manos, un poco avispados, sin saber si se puede.

La niebla se está deshilachando en flecos finísimos de garúa. El coligüe largo, terminado en garra, se mueve en el aula como sostenido en el aire por milagro, y salta de lámpara en lámpara, retorciendo el cuello a los mecheros, y el aula se apaga y es como un alto cajón que encerrara la noche entre los dos patios, este y oeste. Afuera, comienza a parpadear una claridad lechosa.

Un muchacho de curso superior, de ojos deslavados, acaso un poco verduzcos, blanco el rostro, con blancura de papel de escuela, desenvuelto el gesto, imperativa la voz, pasa entre nosotros haciendo un trote de caballo de picadero, y nos anima:

—Carneros . . . ¡A trotar!



Prof. Boris Shatzky

# La Rusia Soviética y la Sociedad de las Naciones

(Sumario histórico)

## I

El ingreso de Rusia en la Sociedad de las Naciones, aumenta el interés histórico de las tentativas anteriores efectuadas por los diversos gobiernos con ese fin, como igualmente de las relaciones que existían previamente entre ellos.

Al tiempo de la formación del gobierno soviético en Rusia, los Aliados, en vista de la guerra, deseaban a toda costa evitar la tirantez de relaciones con Rusia. Con esta finalidad, Sir George Buchanan, el embajador inglés en Petrogrado propuso al consejo supremo interaliado de Versailles liberara a Rusia de la obligación de continuar la guerra, estimando que esa declaración podría tener para los aliados consecuencias favorables. Los Estados Unidos se inclinaron a aceptar este punto de vista conforme a la política conciliatoria de Wilson hacia la Rusia Soviética, pero los otros gobiernos juzgaron imposible esta línea de conducta (1).

Ulteriormente, el 30 de Junio de 1919, Clemenceau declaró en la Cámara de Diputados, «la paz general no sería más que un engañoso miraje si nosotros no fuéramos capaces de vivir desde luego en paz con nosotros mismos; es decir, presentar como fun-



damento de la paz exterior, la paz interior en nuestro país» (2). Clemenceau ha estimado el problema de la paz interior en Europa bastante complicado, pues, él se vió obligado a defender en la Cámara, un poco más tarde, la necesidad de dejar a Alemania el derecho de conservar un cierto efectivo de tropas: «Se debe dejar algún ejército a Alemania para impedir que el bolchevismo aparezca en este país. La Sociedad de las Naciones no dispone de sanciones militares, y yo mismo rechazo la de movilizar un solo soldado francés para ir a defender la Alemania» (3). Estas palabras demuestran que la Europa ha comprendido desde luego el peligro de la política soviética para la paz europea. Sin embargo, ha vacilado desde luego entre dos políticas opuestas: la tendencia a abozalar al oso soviético, y la tendencia a amansarlo. Al fin fué la segunda solución la que prevaleció. Los aliados no podían contar con su propio órgano, el Consejo Supremo Interaliado, para mantener el contacto con los Sovietes. Por eso los Aliados prefirieron recurrir a otro órgano que estaba del todo indicado: la Sociedad de las Naciones. En su calidad de Presidente del Consejo Interaliado, Lloyd George se dirigió al Consejo de la Sociedad de las Naciones pidiéndole organizara una investigación, y enviara a Rusia una comisión para estudiar las condiciones locales. El llamado del Consejo Interaliado a la Sociedad de las Naciones que es, más importante que la cuestión de la investigación en Rusia, nació en Ginebra, en la oficina Internacional del Trabajo, la que se dirigió, con este motivo, a los aliados. El hecho que esta cuestión llegara ante el Consejo de la Liga de las Naciones, como consecuencia de una doble petición, atestigua las dificultades que emanaban del primer contacto con la Rusia Soviética. La fuerza material estaba en las manos de los Aliados, la autoridad moral estaba en la S. D. N. Pero esta última debía solucionar primeramente una grave cuestión, a saber: Si ella misma tenía el derecho de participar en las discusiones relativas a la situación rusa, mientras la Rusia no era miembro de la Sociedad. El Consejo respondió afirmativa-



mente a esta pregunta, apoyándose diestramente sobre la fuerza material aliada sin perjudicar el carácter imparcial de la investigación. Efectivamente, el Consejo consideraba como una cosa subentendida que los Aliados tomarían la comisión de investigar bajo su protección, y que ellos considerarían toda acción perjudicial a la seguridad o a la dignidad de sus miembros, como dirigida contra los Aliados mismos. Esta actitud que combinó teóricamente las ventajas de ambas, pedidos en vista de la tirantez de las relaciones con el gobierno soviético, debía conducir realmente a una nueva dilación y a transferir la responsabilidad de la S. D. N. a los Aliados. Los telegramas cambiados con este motivo, caracterizan bien la actitud de la S. D. N. hacia la Rusia Soviética, y la posición tomada por esta última en contra de la S. D. N. (4). Efectivamente, la resolución de Zik (el Comité central ejecutivo) del 7 de mayo de 1920, muestra ya perfectamente una especie de oposición psicológica hacia la S. D. N., pero el gobierno soviético todavía vacila acerca de la forma que debía darse a esta oposición desde el punto de vista político y jurídico. Eso determinó que la resolución tuviera un doble sentido, y careciera de sinceridad. Por una parte, el Zik se manifestó contento de la gestión, puesto que indicaba que los Aliados habían comprendido la imposibilidad de abozalar al pueblo ruso; y por esta razón la decisión de enviar una comisión fué interpretada por el gobierno como prueba de que una parte de los Estados, miembros de la S. D. N., había renunciado a la lucha en contra del pueblo ruso. Celebrando este hecho el Zik avanzó sobre el camino del reconocimiento de la S. D. N. quejándose que hasta entonces esta última no hubiera hecho ninguna manifestación oficial, para informar al pueblo ruso de su existencia. Este acontecimiento no impide en. onces que el Zik estuviera bien dispuesto hacia la investigación y que aceptara la idea de una delegación emanada de la S. D. N. Sin embargo, por otra parte esa resolución de investigar el descontento de la política de algunos Estados participantes de la S. D. N. y hace recaer



toda la responsabilidad sobre los hombros del organismo Ginebrino: Polonia hace la guerra a Rusia, y algunos estados de la S. D. N. la sostienen. Por consiguiente, razones militares se oponen a la llegada de la comisión de la S. D. N. al territorio soviético hasta que la paz sea establecida (5). Sean cuales sean los motivos de esta resolución, es claro que en este momento la Rusia soviética no deseaba actuar como un enemigo franco e irreductible de la S. D. N. prefiriendo declinar su pedido de un modo evasivo. El Consejo de la S. D. N. no siguió a los Soviets en este camino tortuoso, y puso la dificultad en un terreno más importante. Declaró que el gobierno soviético ponía condiciones que equivalían al rechazo: Su respuesta intenta hacer una diferencia entre los Estados, pero la Sociedad es una unión internacional. Por eso, sus comisiones no representan a los Estados, sino a la Sociedad misma (6). En respuesta al telegrama que sostenía que los Soviets eran responsables del fracaso de las negociaciones, Tchitcherine comunicó a Ginebra, el 26 de mayo, que el gobierno soviético estaba sorprendido con la pretensión de la solidaridad absoluta atribuída a la S. D. N. En estas condiciones fué aún más lamentable que ella permitiera a uno de sus miembros: a Polonia atacar a Rusia, mientras los otros miembros ayudaban a su agresor. El Consejo de la S. D. N. consideró esta respuesta como un rechazo, comunicó su opinión a los miembros de la comisión. Así se terminó la primera tentativa para establecer un contacto entre la S. D. N. y la Rusia, tentativa que costó muchos esfuerzos a los círculos radicales europeos, en la lucha contra las tendencias conservadoras en juego en la cuestión.

Efectivamente, desde el 17 de noviembre de 1919, Henderson en su calidad de representante del partido obrero, en la Cámara de Comunes, declaró que era preciso poner fin a la intervención en Rusia, y al mismo tiempo enviar a una comisión de la S. D. N. que debía de llevar una ayuda moral y económica a la Rusia. Esta comisión debía ser compuesta por los represen-



tantes de los gobiernos, y de la clase trabajadora, ensayando la búsqueda de los medios para restablecer la prosperidad en ese país. Por la parte contraria, el representante de los Conservadores, Hycks declaró que el arbitraje no podría dar resultado alguno sino entre las gentes del mismo nivel moral y en la cuestión rusa la comisión no pudo arreglar las cosas, lo mismo que la religión cristiana no puede curar un cuello roto. A su juicio, la S. D. N. debía distinguir entre el mal y el bien, y no traicionar a los antiguos amigos y aliados.

Esta misma oposición, ha obligado al gobierno soviético a tomar en cuenta los círculos radicales europeos, y por tanto a disimular su hostilidad contra la idea misma de la S. D. N. que se oculta bajo las objeciones dirigidas contra los defectos de su organización. Con esta política muchos Diputados en los parlamentos europeos, han propuesto diversas soluciones a este respecto: creían estos que la actitud negativa de la Rusia hacia la S. D. N. derivaba solamente del hecho de que este país no había sido todavía invitado oficialmente a participar en el organismo Ginebrino; por lo tanto, intentaban influenciar en este sentido a sus gobiernos (7). Pero la S. D. N. misma no tenía ya muchas esperanzas sobre ese asunto. Su escepticismo se manifestó ya en 1922, a pesar del hambre que apareció en Rusia. Se pudo creer, entonces, que este país tendría la necesidad de recurrir a la S. D. N. Con este motivo el 26 de marzo de 1922, el señor Nansen, a nombre del gobierno Noruego, presentó esta cuestión al Consejo de la S. D. N. Desde luego, el Consejo, por motivos de forma, aplazó esta cuestión (8); pero el 16 de mayo, Nansen propuso de nuevo enviar a Rusia una comisión de investigación, para esclarecer la situación y recomendar las medidas necesarias (9). Previendo las objeciones, en vista de las tentativas fracasadas en el año anterior, Nansen afirmó que los miembros de la nueva comisión no tenían la necesidad de dirigirse a Rusia: Podrían servirse de los organismos de información, que los Estados europeos mantenían en Rusia, y también de las ins-



tituciones de beneficencia. Esta proposición, muestra por sí misma la dificultad, en que se encontró la S. D. N. para hallar una solución jurídica apropiada. Entonces, se pensó utilizar la Conferencia de Génova, que tenía lugar en ese tiempo. El delegado de Italia, el marqués Imperiali, prometió a Nansen un consuelo inesperado, declarándole que, si la Conferencia de Génova rehusaba ocuparse de este problema, el Consejo de la S. D. N. podría considerarlo. El carácter condicional de las proposiciones, demuestran claramente las complicaciones para solucionar el problema ruso en un cuadro europeo; ya sea por el Consejo de la S. D. N. en Ginebra o ya por el consejo interaliado. Efectivamente, cuando el Consejo de la S. D. N. decidió enviar la cuestión a la Conferencia de Génova, esta última se negó a aceptar este regalo, de suerte que el 20 de julio de 1932, Nansen fué obligado de nuevo a presentarla al Consejo (10). El Marqués Imperiali, en respuesta a su nueva proposición, sugirió una resolución muy alejada del modo radical en que el gobierno noruego quería solucionar el problema. Según esta resolución aprobada por el Consejo, el Secretariado, fué encargado de reunir todas las informaciones que fueran posibles, obtener de los diversos gobiernos o de órganos de beneficencia completándolas con las informaciones recibidas por otros medios (11). En la sesión del Consejo, de 31 de enero de 1923, esta solución ya demasiado pálida fué definitivamente cubierta con la losa sepulcral. El informe del Secretario General, llegó a la conclusión de que no era preciso crear una comisión especial; y que, para evitar la pérdida del trabajo la clasificación de las informaciones con el fin de la utilización eventual en el porvenir, sería efectuada por el secretario mismo (12). Según la proposición de Quiñones de León el Consejo aceptó esta última solución, liquidando de esta manera la cuestión de una investigación en Rusia (13).



## II

Aunque la S. D. N., comprendió en ese momento la imposibilidad de establecer un contacto con la Rusia, algunos Estados no perdieron todavía la esperanza de atraer a los Soviets a la comunidad internacional. Entre estos últimos Estados debiera colocarse en primer lugar, parece, la Alemania, pues ella podría aprovecharse de todo aumento de las fuerzas, o de todo mejoramiento de la situación de su aliado de hecho en esa época. Pero la Alemania, entonces no participaba en la S. D. N., y por consiguiente ella prefería mantener a Rusia como un espantajo para la Europa, pero el acercamiento de Rusia a la Organización de Ginebra, no correspondía a esta última finalidad. Y por esta razón la tarea, que debía pertenecer a la Alemania, fué asumida de hecho para Inglaterra.

En aquel tiempo la tendencia mencionada fué algo más que la política de un solo partido inglés, pues fué la política de la Inglaterra entera. Con respecto al partido obrero esta actitud fué manifestada desde mucho antes. El 24 de marzo de 1921, el Diputado Nills preguntó al primer Ministro, cuándo la Rusia sería autorizada a entrar en la S. D. N. (14). En el año siguiente Clynes expresó su descontento por la política oportunista del gobierno: «Nosotros no apretamos la mano de la Rusia, no hacemos más que tenderle tres dedos (15). El primer Ministro del Gabinete de Coalición Lloyd George, ha hecho todo lo posible para acercarse al punto de vista del partido obrero. En agosto de 1921, presentó una proposición para enviar una comisión de investigación a Rusia; y, previendo el éxito de esta última sobre la base de una cooperación con el gobierno soviético, Lloyd George tenía el propósito de tranquilizar a este último: «aunque el gobierno soviético tome parte en la organización de la investigación, no significará por este hecho que reconocerá los gobiernos extranjeros» (16).



La idea de colocar en lugar del reconocimiento del gobierno soviético por los Estados europeos, el reconocimiento de estos últimos por los Soviets, no fué la etapa definitiva en la evolución del primer ministro inglés. El 3 de abril de 1922 puso la cuestión sobre el terreno práctico diciendo que sería preciso crear la paz con Rusia y en Rusia; e invocó el ejemplo de Pitt quien declaró en 1797 querer la paz con el gobierno revolucionario de Francia, haciendo abstracción completa del problema, relativo a si los conceptos proclamados por él eran buenos o malos. El primer Ministro expresó entonces el deseo de que la Rusia aceptara los conceptos reconocidos por los Estados civilizados como una premisa necesaria para ser miembro de la comunidad internacional (17). Mencionó entre estos conceptos, la necesidad de pagar las deudas nacionales, aunque el partido obrero se pronunció siempre en contra de esta exigencia, Lloyd George prometió a los Soviets como recompensa de la ejecución de estas condiciones, extender el pacto de la S. D. N. hasta la Rusia, de modo que los países limítrofes se obligaran a no atacarla, en cambio de una promesa análoga hecha por ella a sus vecinos. El rasgo más notable de la evolución seguida por Lloyd George, fué, que no contento con fijar las condiciones a los soviets llega hasta estimar que estas condiciones fueron ya realizadas por el gobierno soviético. Efectivamente, creyó encontrar en el discurso de Lenin, el 1.º de noviembre de 1921, una base sobre la cual sería fácil llegar a un arreglo con la Rusia. Esta actitud fué preparada para conciliar su posición con la del partido obrero, que declaró, por medio de sus representantes, que el primer Ministro había comprendido la locura de una intervención en los asuntos interiores rusos, pero que, por desgracia, todavía estaba lejos de convencer a sus propios partidarios de esta cuestión. Fué injusto este reproche, pues, la gran mayoría del partido liberal ya habían compartido las ilusiones de su jefe con motivo de la posibilidad de hacer entrar inmediatamente la Rusia en la comunidad internacional. Por ejemplo, Sir Donald Mc-Lean miembro



influyente del partido, estimaba que la Conferencia de Génova convocada para negociar con la Rusia, tenía como tarea principal la de corregir los antiguos errores del gobierno inglés en la cuestión rusa (18). El partido Conservador mismo, no ofreció más que espectáculos de la tendencia uniforme, que lo caracterizó anteriormente a este respecto. Es verdad que Bonar Law tenía aún miedo de que la Conferencia de Génova no condujera al reconocimiento del gobierno soviético (19), y que Sir Samuel Hoare aun hablaba de la imposibilidad de negociar con tres gobiernos en Rusia: Los soviets, la Checa y el tercero internacional (20). Pero, por otra parte, Lord Curzon interpeló al gabinete con el fin de conocer si este último estaba dispuesto a proponer a la S. D. N. el reconocimiento formal del gobierno soviético, y la admisión inmediata de la Rusia (21) mientras que el Subsecretario de Estado, de las relaciones extranjeras, señor Mac-Neal, tomaba la defensa de la delegación de Georgia en la conferencia de Lausana, cuando Snowden reprochó a los bolcheviques la destrucción de la independencia de este país. Sólo Chamberlain quedó fiel a sí mismo, indicando, aunque sin gran entusiasmo, que la Conferencia de Génova, podría ser útil en el caso que ella no condujera a nada, respecto de la Rusia soviética (22). Además, para concluir, podría citarse la observación de Cecil: «La actitud tomada por el gobierno en este asunto, es tan contradictorio que yo no conozco cuál es la política rusa del gobierno Británico» (23). Pero, los políticos, los más inclinados al acercamiento con la Rusia, debían no obstante a su tendencia, mostrar los hechos comprobados en este asunto. Antes de la Conferencia de Génova los partidarios de esta política, no podían citar más que un resultado mínimo de sus esfuerzos; a saber la investigación de la comisión de epidemias, del Comité de Higiene de la S. D. N. la que logró funcionar en Rusia. Sin embargo, este insignificante éxito no pudo repetirse de inmediato en el campo de la lucha contra el hambre (24). Los resultados de la política irreductible del gobierno soviético, no se hicieron



esperar. La Inglaterra perdió la fe en las conferencias entre los aliados y la Rusia; de modo que Wedwood, miembro del partido obrero, declaró que no valía la pena llevar a Génova una centena de delegados británicos para discutir la superioridad del capitalismo o del comunismo (25). Después que Lloyd George, proclamó solemnemente la necesidad de una comisión internacional en nombre de la S. D. N., para ayudar al pueblo ruso (26), el Subsecretario de las relaciones exteriores, Harms Worth respondió categóricamente a la interrogación de Cecil, que, según la idea del Gabinete, no se puede alcanzar a ningún resultado práctico enviando a Rusia una comisión de investigadores (27). Este cambio de la política británica, llegó en tiempo apropiado, pues él fué precedido por el cambio completo de la actitud del gobierno ruso que decidió abrir una franca lucha contra la S. D. N.

### III

La actitud negativa del gobierno soviético hacia la S. D. N., se manifestó en dos direcciones: *a)* en el modo de juzgar en Rusia misma la organización de Ginebra; y *b)* en los actos políticos en el extranjero.

Desde luego, el gobierno soviético criticó a la S. D. N., siguiendo la línea de la más débil resistencia. En la sesión del Consejo de Leningrado del 3 de marzo de 1926, Rykoff, el presidente de S. N. K. (El consejo de los comisarios) declaró: «La S. D. N., ha demostrado por su actividad, que ella es una sociedad de dominación de los Estados vencedores en la última guerra, y que ella asegura solamente la continuación de la guerra imperialista, y no la causa de la paz» (28). Este argumento repetido en muchas veces, debía conducir a la Rusia a celebrar la transformación de la S. D. N. cuando esta última ha tendido a la universalidad, comprendiendo a la Alemania, ligada de amistad con la Rusia. Nada muestra mejor la hipocresía de la actitud soviética en este



momento que los resentimientos expresados por los Soviets con motivo de la adhesión alemana a la S. D. N. «no podría disimular que la adhesión de la Alemania a la S. D. N., la ató considerablemente las manos en la política exterior, y que esta adhesión podría ser utilizada al fin, para conducirla a una mala disposición contra nosotros» (29). Además, el mismo Rykoff, negó el papel pacificador ginebrino: «No es la S. D. N., ni el tratado de Locarno los que pueden asegurar la paz, pero esta última podría ser alcanzada solamente por la convención de las uniones profesionales» (30). La Rusia quiere aprovechar todos los medios para aumentar el posible descontento de algunos países para alejarlos de la influencia de la S. D. N. Empezó a obrar en este sentido con sus más próximos vecinos, a los que ensayaron de convencer de que su independencia no sería jamás tolerada por ningún otro gobierno ruso. Respecto a otros países, el gobierno soviético, adoptó medios realmente calcados de la tercera sesión del Zik; Rykoff, declaró con respecto a la Inglaterra: «Nosotros no podemos tomar obligaciones que no podremos cumplir, aunque estas sean conformes al derecho romano e internacional» (31).

Rykoff sacó de este pasaje la conclusión de que el gobierno soviético no consentiría jamás en aceptar otras obligaciones, que las que pudiera cumplir y que fueran útiles a las partes contratantes. Con respecto al segundo pilar del mundo capitalista, es decir, a los Estados Unidos, los Soviets vacilan todavía: a veces dirigen a este país amenazas disfrazadas, diciendo que él fué durante largo tiempo la cabeza del movimiento que trató de aislar a la Rusia, hecho que, según la afirmación rusa no produjo más que su propio aislamiento (32). Otras veces los Soviets subrayan que los Estados Unidos no han figurado jamás entre los países que intrigaban contra la Rusia. Poco a poco, la ideología soviética marca diversas etapas en la proclamación del peligro, que amenaza a la Rusia a la causa del plano de los estados occidentales que tiene por fin cercar a este país tras la fachada de



la S. D. N. (33). La diplomacia soviética empieza a considerar todos los acontecimientos de la vida internacional bajo la luz de esta conjuración fingida cuya finalidad es solamente alcanzar con un golpe decisivo a la Rusia (34). Realmente, Rykoff declaró desde mucho antes que no había en el mundo más que dos políticas: la de los Estados Unidos, que defiende el capitalismo y la de la Rusia en defensa del socialismo. Todos los otros países entran en el dominio del primero o del segundo sistema. El carácter categórico de esta afirmación no impidió sin embargo a la diplomacia soviética modificarla poniendo a Inglaterra en lugar de los Estados Unidos, cuando las malas relaciones con ella, la hacían el punto de mira para sus rencores (35). El 15 de octubre de 1927, Rykoff ya declaró en Leningrado que la ruptura entre la Inglaterra y la Rusia comprobaba que la primera trataba de organizar una alianza contra la segunda. En el quinto congreso de los Soviets, (el 20 de mayo 1929) Rykoff continuó afirmando que el conflicto anglo-soviético no es accidental y que durante la sesión de marzo de 1927 del Consejo de la S. D. N. la Inglaterra expuso en los pasillos los planos concretos del ataque contra Rusia (36).

Sin embargo, la actitud de Inglaterra fué apreciada diferentemente en los diversos momentos: a veces el gobierno soviético proclamaba que la guerra era inevitable, otras que la situación inglesa era desesperante, pues ningún Estado quería conformarse a su política; sin embargo, los hombres políticos de los Soviets estuvieron siempre de acuerdo para hacer caer la responsabilidad principal sobre Inglaterra. Efectivamente, cuando en 1927, Italia ratificó el tratado de 1920 relativo a la unión de la Besarabia con la Rumania, los Soviets la consideraron desde luego como la prueba de la presión inglesa. La Italia creyó necesario reaccionar inmediatamente contra una interpretación semejante. Durante los debates en la Cámara Italiana de Diputados, el 10 de marzo de 1927, con objeto de confirmar el decreto real que aprobó la unión de la Besarabia con la Rumania



el oponente señor Torres Andrea subrayó particularmente que ese acto era la expresión de la política nacional y no de una política impuesta desde fuera: «Esta ratificación es conforme a la opinión pública, a la conciencia del pueblo, a la lógica política de Italia y a la lógica internacional. Si la Italia no ha ratificado este tratado anteriormente fué con el objeto de que la Rusia se pusiera de acuerdo por sí sola con Rumania. Eso no se realizó, pues Rusia permaneció ligada al concepto imperialista mientras que Rumania se ha fundado sobre el concepto nacional» (37). La Cámara de Diputados adoptó esta tesis por la casi unanimidad, pero esto no convenció al gobierno soviético.

Entretanto, reservando a la Inglaterra el papel inicial en la campaña en su contra, Rusia soviética no liberó a los otros Estados ni a los organismos internacionales formados por ellos en Ginebra de toda la responsabilidad en este asunto. Según la opinión del Soviet en este tiempo, cada Estado, en particular, y todos juntos no pensaban en otra cosa que en aniquilar el poder de Moscú. Realmente, cuando la Finlandia propuso a la S. D. N. que en caso de conflicto entre un Estado miembro de la S. D. N. y otro que no lo es se estimara a este último Estado como agresor, la diplomacia soviética vió en eso la transformación de la S. D. N. de una unión defensiva en alianza ofensiva dirigida contra Rusia. Los tratados de Locarno, que tendían a la pacificación europea y garantizaban la inviolabilidad de las fronteras del Occidente, no tenían según los Soviets más objeto que preparar un ataque antisoviético. Litvinoff, sobre todo, insistió en subrayar esta idea en la sesión del Zik (Comité central ejecutivo) de la Unión, expresando su rencor porque los Estados imperialistas lograron crear la S. D. N., organismo poderoso que esos Estados utilizan con fin de realizar sus deseos. Los temores de Litvinoff se explicaban por la idea de que la entrada de Alemania en la S. D. N., podría alejarla de Rusia y acaso atraerla a la alianza antisoviética.

Bredt, el representante de la Unión Económica en el Reichs-



tag proclamó francamente: «Nosotros, no estamos ciertos de la necesidad para Alemania de entrar en la S. D. N., pues tememos que ello nos lleve a la guerra con Rusia (38). De otra parte, el 4 de noviembre de 1922, uno de los instigadores del tratado de Rapallo, señor Maltzan, declaró, en una conversación confidencial con el embajador de Inglaterra, en Berlín, Lord d'Abernon, que si Rapallo no tenía lugar, la Alemania debía temer a una acción común de la parte de Francia y de Rusia sobre la base del párrafo 116 del tratado de Versalles (39). Es curioso anotar que los Soviets mismos trataron de hacer más graves esta amenaza para influir en la decisión de Alemania (40). Sin embargo, la Alemania de ese tiempo siguiendo las relaciones amistosas con Rusia, tenía un poco de miedo en ligarse irrevocablemente con ella. El tratado de Rapallo mismo, cuyo objeto fué asustar a los Estados occidentales, según la versión alemana oficial, no ha contenido jamás una convención militar secreta. Tchitchérine dió al embajador de la Inglaterra seguridades formales en este sentido (41), y él expresó la convicción de que Alemania no había consentido jamás en firmar una convención semejante. Sea como fuere, es de notar que, temiendo al mismo tiempo provocar el descontento de Inglaterra y de Turquía, Alemauia rehusó extender los efectos del tratado de Rapallo a Khiva y Boukhara.

La entrada de Alemania en la S. D. N., tornando el eje de la política Alemana hacia el occidente obligó a este país a asegurar a los Soviets que ese acto no era dirigido contra Rusia (42). Ese fué el objeto del tratado ruso-alemán, del 24 de abril de 1926; después que Stresemann y Krestinsky canjearon las notas oficiales adicionales (43), Streseman expresó, a nombre de su gobierno, la convicción de que la entrada de la Alemania en la S. D. N. no sería un obstáculo a la conservación de las buenas relaciones con Rusia. La idea principal de la S. D. N. es la solución pacífica de los conflictos internacionales y la Alemania colaborará en esto con ella. Pero, si al revés de esta esperanza,



la S. D. N. demuestra tendencias hostiles a Rusia, Alemania se opondría enérgicamente contra ellas. Esta obligación general fué seguida por una nota consagrada a la interpretación de los artículos 16 y 17 del Pacto de la S. D. N., en un sentido compatible con la amistad hacia el vecino oriental. Krestinsky tomó nota en nombre de Rusia, de estas explicaciones y Rykoff apoyó esta actitud confianza hacia el gobierno alemán, diciendo al Congreso del Soviet: «Durante cinco años corridos, desde el tratado de Rapallo, nosotros no tuvimos jamás que quejarnos de nuestras relaciones con la Alemania; y por consiguiente, actualmente no podemos más que tener fe en las declaraciones oficiales del gobierno alemán». Por el momento, el gobierno soviético prefería hacer una buena máscara para cubrir su cara descontenta.

El 10 de junio de 1926, el parlamento alemán tuvo la oportunidad de discutir detalladamente el tratado ruso-alemán. El canciller Marx indicó en aquel entonces que, aunque este tratado no tenía necesidad de ser ratificado por el poder legislativo, el Gabinete en vista de su importancia política prefería consultar al Parlamento antes del canje de las ratificaciones. En esta oportunidad el canciller recordó del tratado de Rapallo firmado en tiempos en que Rusia y Alemania estuvieron igualmente aisladas aunque por motivos diferentes. Este recuerdo fué necesario para el canciller al fin de establecer que el tratado de Rapallo permanecería siempre en vigencia. Además, el nuevo tratado de Berlín, de 1926, empieza con esta misma afirmación. El canciller reconoció con razón que no hay necesidad de un nuevo tratado para confirmar un tratado existente, pero admitió que era preciso tranquilizar a la diplomacia rusa, pues Locarno y la entrada alemana en la S. D. N. provocaban en Rusia el temor de un cambio de la política alemana (44). Esta desconfianza rusa motivó la conclusión de un tratado que confirmó una vez más la situación siempre reconocida por la Alemania. Después, el canciller tomó la defensa de Locarno y de la S. D. N. que no tenían punta aguda dirigida contra la Rusia. El tratado de Berlín no rechaza



ni a Locarno ni a la S. D. N., sino que los completa. La política alemana no es contradictoria, pues solamente la acción común de Locarno y del tratado ruso-alemán puede asegurar el desarrollo pacífico europeo en el cual la Alemania, según el canciller, sirve de puente entre el Oriente y el Occidente. El representante de los conservadores Dernburg y el social-demócrata Breitscheid apoyaron completamente el punto de vista del canciller; ambos juzgaron útil subrayar que la conclusión del tratado era no solamente necesaria para las relaciones ruso-alemanas sino también indispensable a la S. D. N. pues así el pueblo ruso comprenderá las verdaderas tendencias de este organismo. Breitscheid aprovechó esta oportunidad para expresar la esperanza que este tratado abriera a Rusia el camino hacia el sistema de la paz europea y Ginebra. Como siempre en las relaciones ruso-alemanas los representantes de los extremistas de derecha (Reventlow) y de los comunistas (Schneller) ocuparon una posición común y hostil a la tendencia pacífica. Reventlow declaró que el porvenir de Alemania estaba en oriente, que el gobierno soviético trataba la adhesión alemana a la S. D. N. como un acto poco amistoso y que en caso de conflicto entre la S. D. N. y el Soviet, la mayoría parlamentaria alemana seguiría a los estados occidentales. En otros discursos en el Reichstag, Reventlow tomó una posición ya más clara indicando la contradicción entre la política de Stresemann y sus declaraciones ante el parlamento. Por una parte el ministro cita a los Izvestia que lo alaban para su resistencia a la presión dirigida contra él en Ginebra y por otro lado, asegura que esta presión no ha existido jamás. Reventlow dijo, además, que según sus informaciones las negociaciones con Stresemann relativas al paso de las tropas a través de la Alemania fueron conducidos muy enérgicamente: Eso no es un frente de unión, sino un frente de agitación («Kein Einheitsfront, aber ein Einheitsfront») dice el orador señalando que Inglaterra no ejerció aún su más grande presión. En consecuencia, el hecho de que el temor de Inglaterra respecto de una alianza militar entre la



Rusia y la Alemania fuera reemplazado por el temor de Reventlow con motivo de la acción combinada del Occidente y de Alemania contra la Rusia, demuestra la importancia de la evolución alemana.

El representante de los comunistas, Schneller, trataba de probar a su turno que la S. D. N. preparaba la guerra contra Rusia; que Locarno era una nueva manifestación de la piratería imperialista y que ya en el asunto del tratado de Berlín, Alemania actuó bajo la fusta del gobierno inglés (45). Sin embargo, las aspiraciones de entonces del pueblo alemán a una política de buenas relaciones con Rusia eran tan fuertes que los comunistas mismos no tenían la osadía de llevar a la conclusión lógica sus ataques en contra del tratado y debieron votar su ratificación.

Durante la discusión del presupuesto del Ministerio de Negocios Exteriores en el Reichstag, en marzo de 1927, todos los oradores pusieron los puntos sobre las íes; Stresemann marcó los jalones de la política alemana de un modo todavía más claro que el canciller Marx, precisando que esta política debía ser determinada por Locarno, por la adhesión a la S. D. N. y por el tratado ruso-alemán de Berlín. En caso de conflicto entre la S. D. N. y Rusia, Alemania no se aliará con ninguna parte (46). Breitscheid, hablando en el nombre de los sociales-demócratas, explicó el sentido verdadero de esta fórmula de Stresemann. El conflicto se resume en la diferencia ruso-inglesa «es deplorable que la S. D. N. no sea bastante fuerte para solucionarle; la guerra es poco probable, pero si ella viniera nosotros no podríamos aceptar ningún precio que Inglaterra pudiera o quisiera ofrecernos». Por otra parte, siendo fiel a la tradición demócrata, Breitscheid se pronuncia también contra la alianza militar con Rusia y no quiere que las relaciones con los Estados limítrofes sean consideradas exclusivamente desde el punto de vista de la orientación soviética (47). En general, todos los partidos de la mayoría parlamentaria (Rheinbaben, Bred, Kaas, Emminger) compartieron esta opinión (48). Sin embargo, eso no podía na-



turalmente impedir que un representante de los comunistas, Stecker, apareciera de nuevo en la tribuna para denunciar a la S. D. N. «que preparaba una agresión militar contra la Rusia» (49); y ello a pesar del consejo de un orador conservador como Rheinbaben quien trataba de convencer a Rusia de que se abandonara su idea respecto a la existencia de un complot anti-soviético (50).

#### IV

La aclaración de la posición de Alemania, demostrando que ésta no se solidarizaba con Rusia contra el Occidente en un ataque militar, trajo un gran alivio a los partidos de la S. D. N. y de la paz. La Europa sintió el peligro de una cooperación rusa-alemana poco después de la firma del tratado de Versalles. El 3 de abril, el diputado Davies interpeló al gobierno británico preguntándole con ansias si estaba al corriente del hecho de que Alemania y Rusia negociaban el restablecimiento de las relaciones amistosas y si pensaba hacer representaciones a Alemania con este motivo (51). Engañada en sus esfuerzos para impedir a Alemania entrar en la S. D. N., la Rusia llevó sus amenazas aun a otra parte, ensayando de convencer al Occidente de que la nueva actitud de la Alemania echaría a Rusia hacia el Oriente. La Europa no dudaba de la fuerte impresión que Rusia sintió como consecuencia de la entrada alemana en la S. D. N. Sin embargo, algunos hombres de estado europeos tenían la idea de aprovechar este momento favorable para traer a Rusia a una capitulación ante las ideas de Ginebra. Mac-Donald, por ejemplo, estimaba que la tarea principal «consistiría» en hacer entrar a Rusia en la comunidad internacional» (52). Se imaginó, efectivamente, que esta finalidad podría ser alcanzada al mismo tiempo que la entrada de Alemania en la S. D. N. (53).

Esta idea no era monopolio del partido obrero pues, el 21 de febrero de 1924, la oposición preguntó al gabinete si no juz-



gaba útil proponer a los otros gobiernos el envío a Alemania y a Rusia de una invitación común para entrar en la S. D. N., con la promesa también de procurar incluirlas en el Consejo de esta institución. Ponsonby respondió en nombre del gobierno que éste último simpatizaba con esa proposición pero añadió que la política exige a menudo la discreción (54). Cuando se comprendió que la tarea de atraer a Rusia al organismo Ginebrino, estaba en aquel momento por encima de las fuerzas del gobierno obrero británico, se empezó a temer que la adhesión de la Alemania no irritara a Rusia. El 18 de noviembre de 1925, Chamberlain rechazó enérgicamente esas inquietudes respondiendo a la declaración de Ponsonby: «cuando el honorable Diputado prevee que Rusia será lanzada en brazos del Asia, quería decir que nosotros no debíamos hacer nada con Alemania sin el consentimiento de Rusia. Es el solo sentido del discurso de Ponsonby; en caso contrario eso será un absurdo» (55). La observación de Ponsonby que él no expresó una opinión personal sino que citó simplemente las fuentes soviéticas, provocó la respuesta maliciosa de Chamberlain diciendo que en ese caso el Diputado había repetido un absurdo extraño, y habiendo calificado la opinión de Ponsonby como una perversidad de la interpretación, él expresó la esperanza «de que Rusia comprendería pronto o tarde que una posición hostil a la opinión pública del mundo era contraria a sus propios intereses» (56). Pero los Soviets no quisieron, por el momento, aprovecharse del consejo de Chamberlain, y por otra parte, como la entrada de Alemania en la S. D. N. puso término a sus planos militares en Occidente, se vieron obligados a buscar otro campo de actividad. El discurso de Rykoff en la tercera sesión de Zik de la Unión, en 1925 tiene ya como su punto de salida la oposición de los intereses europeos a los rusos en Oriente donde «la influencia rusa progresa continuamente mientras la europea está bajando (57)». Al mismo tiempo los documentos emanados de los soviets mencionan que «nuestros enemigos mismos reconocen el crecimiento de



nuestra autoridad en Oriente». (58). El hecho de que los documentos de gobierno ponían como base de esta presunción el tratado soviético japonés de 21 de enero de 1925, demuestra que el gobierno ruso tenía en cuenta la importancia de la posición japonesa en lejano Oriente. Efectivamente, dejando a un lado las fantasías del gobierno soviético, según las cuales la conclusión de este tratado conseguiría el aislamiento completo de los Estados Unidos», debe considerarse como suficientemente demostrada la tendencia del Japón de ese entonces a no crearse un enemigo irreductible y a aprovechar, al contrario, en sus propios intereses, la inestabilidad en el Extremo Oriente. En otras palabras, el Japón en aquel momento demostró una disposición a jugar en el conflicto de los intereses occidentales y soviéticos el papel de *tertius gaudens*, que la Alemania jugó durante largo tiempo en Europa. Rusia tenía necesidad si no el apoyo, por lo menos de esta analogía de intereses en Oriente, especialmente por la razón de que Alemania disminuyendo vinculaciones con los Soviets en Europa rompió definitivamente este contacto en Oriente. Efectivamente, la prensa alemana empezó a insistir en que el Reich no podía ayudar a los Soviets en su tarea de deslizar las fuerzas del Oriente contra la cultura occidental. El Anuario del Comisariato de las Relaciones Extranjeras rusas reconoció que este punto de vista correspondía a la posición oficial de Alemania. Deseando dominar el crecimiento del movimiento revolucionario en la China, el gobierno ruso continuaba ignorando la reacción hostil provocada en Europa por su conducta en el lejano Oriente. Pero pronto los Soviets debían reemplazar la constatación optimista de que «nuestras relaciones amistosas con la China son conocidas por todo el mundo» por una confesión pesimista: «El estupendo éxito del movimiento revolucionario en China fué aniquilado por los militaristas». Los Soviets acusaron de este cambio de la situación al gobierno inglés. En el congreso soviético, el 10 de abril de 1927, Rykoff subrayó que la agresión contra la embajada rusa en Pekín y el consulado en



Shangay fué preparada por una influencia que una vez descubierta se reveló como británica. Constató que la violación de la extraterritorialidad de la embajada fué una negación repulsiva del Derecho Internacional desde el punto de vista jurídico; y la tentativa de Inglaterra para destruir el tratado Chino-soviético de 1924, lo era igualmente desde el punto de vista político (59). Rykoff no tomó en cuenta, parece, que la política que perseguía lanzar al Oriente contra el Occidente debía tener como consecuencia inevitable una reacción hostil de todos los gobiernos de Europa y no solamente del gobierno británico. Realmente en Alemania misma cuando el comunista Stecker interpeló al gobierno con respecto a la pesquisa hecha en la embajada rusa en Pekín, el representante del Ministerio de los Negocios Exteriores respondió que el Ministro de Alemania en China no fué informado por el decano del cuerpo diplomático que fué quien autorizó esta pesquisa, pero que no consideró necesario intervenir o protestar por este asunto (60). Se ve, según esta respuesta, que aun los mismos amigos del gobierno ruso en Europa no estuvieron dispuestos a defender su política oriental. Es curioso anotar que hasta mucho tiempo después los soviets no comprendieron que esta reacción era inevitable y que era imposible provocar la revolución en Oriente sin producir la oposición de Europa. El 18 de abril de 1927, en el congreso de los soviets, Kalinin declaró, con motivo del estado de revolución en las colonias inglesas y la participación pretendida de la Unión Soviética, en este asunto: «Nuestros enemigos propalan, sobre esta base, las leyendas concernientes a nuestra participación o aun sobre nuestra iniciativa en estos movimientos revolucionarios» (61). Rykoff desarrolla la misma idea, observando que el poder soviético no podría transformarse en un Comité de Censura agradable para la Inglaterra; pero, muy pronto él mismo hace desaparecer la separación simulada entre la población rusa que simpatizaba con la revolución colonial y el gobierno ruso que permaneció neutral en este asunto.: «Nuestro Estado



es un Estado de obreros, por consiguiente, no solamente las organizaciones sino también el gobierno tiene el derecho de expresar su solidaridad fraternal y de clase con los obreros y trabajadores de otros países» (62). De este modo, el presidente de SNK reconoció el derecho de su gobierno a mezclarse en los asuntos del estado Chino, pero negó el mismo derecho a la Inglaterra: «La China es un Estado soberano y nosotros debemos responder de nuestra conducta en este país ante los chinos y no ante los ingleses» (63). En otro discurso, sin embargo, Rykoff se dió cuenta del peligro que amenazaba, la causa revolucionaria en Oriente: «Si los imperialistas tuviesen éxito al separar la China de Rusia y obtuvieran que el ejército rojo entrara en lucha con los Chinos, aunque fuese en un solo punto, toda la revolución China sentiría el contra-choque» (64). Sin embargo, la tarea de extender el campo revolucionario en Oriente, fué menospreciada por la necesidad de conservar las posiciones de la revolución en Rusia. Desde este punto de vista, fué preciso por el momento amenazar a la Europa con la perspectiva de una guerra eventual. El 10 de octubre de 1927, Vorochiloff, declarando que los estados capitalistas se preparaban a aniquilar antes de diez años el primer Estado obrero campesino, anunció que la futura guerra será una guerra de clases en la cual todas las fuerzas entrarán en lucha, los aviones y la química, suprimiendo las nociones de frente y de población civil (65). Al mismo tiempo, Kalinin, presentó a los Soviets en el papel de víctima inocente: «Apenas Cristo nació, las clases dominantes intentaron matarlo. La misma cosa ocurre con nosotros» (66). Semejantes pretensiones encontraron oyentes en el Occidente. Realmente, el 24 de Noviembre de 1927, Mac Donald, declaró en el parlamento que, según informaciones fidedignas, la primera cuestión con que la Rusia agitará a Ginebra será la de su propia seguridad (67). Rykoff, intentó presentar bajo una forma aceptable para Europa la política de conciliación que siguió a la bancarrota de las esperanzas rusas en la China, declarando en su discurso en el 4.º



Congreso de los Soviets: «La burguesía se esfuerza en aprovechar contra nosotros nuestra actitud hacia la S. D. N., reprochándonos no querer trabajar por la causa de la paz, pues nosotros no queremos todavía participar en la S. D. N. La cuestión de nuestras relaciones con esta puede tratarse de nuevo» (68). El deseo europeo de creer en la posibilidad de una evolución soviética fué tan fuerte que estas presunciones podrían haber encontrado de nuevo defensores en Occidente si el gobierno ruso mismo no las hubiese desmentido: Por una parte Rykoff terminó su discurso con la declaración de que Rusia no participará jamás en la S. D. N.; y por otra parte, en su informe dirigido al Zik, Litvinoff añadió: «Durante 11 años hemos probado nuestro amor a la paz, pero las otras naciones no lo han hecho; en estas condiciones la proposición para que nosotros sometamos nuestras diferencias con otros Estados a la decisión de un órgano francamente hostil, no es otra cosa que un chiste» (69). En este tiempo los Soviets después de su fracaso en China prefirieron un estado de paz a la guerra inmediata. Esta política fué facilitada por la conducta de Europa que, a pesar de los llamados relativos al frente unido de la burguesía internacional estaba llena de contradicciones que podían ser aprovechadas inmediatamente por los Soviets. En el informe de los años 1924 y 1925, el gobierno de la Unión reconoció: «La unión sigue aprovechando las diferencias entre los países capitalistas» (70). En el quinto congreso de los Soviets Rykoff, el más moderado de los bolcheviques, confesó: «Es preciso ser de una ingenuidad extrema para fundar la paz sobre el tratado de Versalles, que dejó oprimir a ciertos países por otros y esperar después una alianza única de todos los países y la desaparición de las diferencias internacionales. Esa ingenuidad ha traído el fracaso del frente unido contra la Rusia» (71).



## V

Nosotros podemos obtener conclusiones políticas de la historia de las relaciones de Rusia y de la S. D. N. Es cierto que todos los Estados participantes en la S. D. N. querían la adhesión de Rusia. Los soviets siempre consideraban a Inglaterra como su más grande enemigo; por esto su conducta era especialmente examinada. El 18 de noviembre de 1925, durante la discusión del tratado de Locarno, en la Cámara de los Comunes tenía lugar un cambio de opiniones interesante sobre ese asunto. Mac Donald, jefe de la oposición, reprochaba a Chamberlain que Locarno podría dar a Rusia la impresión de un frente anti-soviético y le preguntó si este pacto tendía a unir el Occidente con Rusia, Chamberlain respondió «no, yo fuí siempre contrario a una política semejante». Mac Donald precisó la cuestión preguntando si Locarno no fué hecho para separar Alemania de Rusia. Recibió de nuevo una respuesta negativa y el jefe del partido obrero dijo: «Estoy muy feliz, pues últimamente, yo, declaré que el gobierno no podría tener esta intención». Mac Donald añadió que él esperaba que se hiciera todo a fin de tener las puertas de la S. D. N. abiertas a Rusia en el momento mismo que ella quisiera entrar (72). Conforme a este punto de vista el partido obrero presentó a la Cámara la proposición siguiente: «la Cámara estima que este tratado debe ser seguido por otras gestiones políticas a fin de asegurar la adhesión de Rusia a la S. D. N. y su participación, en los acuerdos internacionales» (73). Esta proposición fué rechazada por mayoría de 332 votos contra 132 (74). Pero es fácil ver, yuxtaponiendo las opiniones de representantes de todos los partidos políticos, que entre ellos no había diferencias con respecto a la cuestión principal relativa a la entrada de Rusia en la S. D. N. Realmente, Chamberlain declaró que Inglaterra como los otros estados quería ver a la S. D. N. extenderse lo más posible, Pero Rusia debe pensar, ella misma,



en su admisión; la S. D. N. no puede suplicar a un Estado porque esta gestión sería inútil y disminuirá su autoridad. Hasta ahora Rusia rechaza entrar a la S. D. N. considerándola como una asociación de naciones basadas sobre un sistema contrario al suyo propio (75). El jefe de los liberales, Lloyd George, aprobó la política de Chamberlain en este sentido: «yo no critico al Ministro de Relaciones Exteriores en lo que respecta a su política hacia Rusia porque es imposible hacer entrar esta última a la S. D. N.» (76). Una declaración tan categórica, que viene de un hombre semejante, evita todas las dudas en esta cuestión; pero es más que eso, porque Ponsonby, el autor de la proposición del partido obrero declaró: «Chamberlain tiene razón. La Rusia no está preparada para entrar en la S. D. N.» (77). En los documentos presentados para el año presupuestario de 1925-26, el gobierno soviético aun acusa a la S. D. N. de querer desencadenar la guerra por el medio de la adhesión obligatoria de sus miembros a las convenciones militares de las terceras potencias (78). En su informe al Congreso del Soviet, Rykoff, demostró que toda otra opinión al respecto de la S. D. N. no es más que una ilusión pasajera: «Cuando se presenta una guerra o una agresión de un Estado fuerte contra un Estado débil, la S. D. N. no existe; es solamente un instrumento de un reducido grupo de Estados imperialistas para dominar a los otros» (79). Sin embargo, el gobierno ruso se contradice con relación a esta acusación. «El antagonismo de los estados capitalistas no permite allanar las diferencias existentes ni crear un solo centro político internacional del capitalismo» (80). Y añadió: «las relaciones con la Rusia se intensifican y hacen casi imposibles los planes de intervención y de la creación de alianzas enemigas contra nosotros». No obstante, esa justa apreciación de la situación, el gobierno soviético continuó siempre refiriéndose al peligro que le amenazaba de parte de los Estados capitalistas, a fin de justificar su imposibilidad de pasar a un estado de paz. Clynes, un miembro del partido obrero inglés declaró mucho antes: «Si es verdad



que los estados capitalistas preparan la guerra esto es una razón más en favor del desarrollo de la fuerza de la S. D. N.». (81). Pero si el gobierno ruso cree seguro que la clase obrera tendrá éxito en la tarea de crear un centro de colaboración internacional, ya que, no hay diferencia entre proletarios, se plantea la cuestión de saber por qué admitió Rusia relaciones con la S. D. N. hasta entrar últimamente en el organismo ginebrino. La respuesta es clara. La permanencia del gobierno ruso doctrinario, en calidad de dirigente del vasto Imperio ruso, les forzó a pesar de sus tendencias, a buscar una solución o un alivio a una amenaza presente en los acuerdos diplomáticos. El doctor viene siempre después de la enfermedad. En las actuales condiciones de perturbación, que pesan grandemente sobre los hombros de los políticos mundiales, la adhesión de Rusia es, indudablemente, un elemento de alivio. Quizás, sea también un medicamento necesario para la Rusia, pues ella, aprovechando los esfuerzos pacíficos de Ginebra, reconoce su política actual no solamente como un contratiempo pasajero sino como la abdicación definitiva a sus planes de revolución mundial. Si eso fuera posible respecto a la política exterior rusa, sería necesario que el cambio de la política interior siga también estas etapas en el porvenir. Antes que esta evolución se realice «timer Danaos et dona ferentes».—Profesor BORIS SHATZKY.

(1) The intimate papers of Col. House, vol. III, p. 283.

(2) Débats parlementaires, «Ch. des Députés», vol CVIII bis, p. 2726

(3) Ibidem, 25 September 1919, vol CVIII quater, p. 4132.

(4) Journal Officiel, de la E. D. N., de 1920, p. 99.

(5) Journal Officiel, 1920, p. 150.

(6) Journal Officiel, 1920, p. 219.

(7) Parliamentary Debates, 19/5/1920. Commons, vol CXXIX, p. 1465. Comparer aussi: 5/8/1920, vol. CXXXII, p. 2622 et suiv.

(8) Journal Officiel, Juin 1922, p. 680 y sigts.

(9) id. id. Mayo 1922, p. 537.

(10) id. id. Agosto 1922, vol. II annexe 385, p. 929.



- (11) id. id. Agosto 1922, vol. II, p. 809.
- (12) id. id. Marzo 1923, annexe 456, p. 297.
- (13) id. id. p. 2711.
- (14) Parliamentary Debates, «House of Commons», vol. CXXXIX, p. 2762.
- (15) id. id. 3/4/1922, vol. CLII, p. 1914.
- (16) id. id. vol. CXVI, p. 1271.
- (17) id. id. CLII, p. 1899.
- (18) Parliamentary Debates, «House of Commons», vol. CLII, p. 1931.
- (19) id. id. vol. 152, p. 1956.
- (20) id. id. vol. CLII, p. 1936.
- (21) id. id. vol. CLIII, p. 1880, Dans les Mémoires de Gregory se dice: Creo posible que Lord Curzon concluya un acuerdo con la Rusia. On the edge of diplomacy, p. 2456.
- (22) Ib. vol. CLII, p. 198.
- (23) id. id. vol. CLII, p. 1947.
- (24) Journal officiel, 1922, pp. 178-184.
- (25) Parliamentary Debates, Commons, vol. CLII, p. 1958.
- (26) El 16 Aout 1921, vol. CXLVI, p. 1238.
- (27) El 10 de Abril de 1922, vol. CLIII, p. 20.
- (28) Documentos concernientes a la actividad de S. N. K. durante el primer trimestre 1923/26, p. 31 (en ruso).
- (29) Documentos concernientes a la actividad de S. N. K. durante el tercer trimestre 1924/25, p. 21 (en ruso).
- (30) Ib., p. 9.
- (31) Ib. durante el segundo trimestre de 1924/25, p. 16.
- (32) Documentos concernientes de S. N. K. 3er trimestre 1924/25, p. 17.
- (33) Ibid. p. 18.
- (34) Ibid. 4.º trimestre 1926/27, p. 13/14.
- (35) El informe de Rykoff.
- (36) El Congreso del soviet R. S. S. de 1929, las minutas estenográficas, p. 6 (en ruso).
- (37) Atti parlamentary del 10 de Marzo de 1927, p. 6872 y siguiente.
- (38) Stenographische Berichte des Deutschen Reichstages, el 24 de Junio de 1927, p. 11036.
- (39) Lord D'Abernon's Diary, 1929, vol. II, p. 122.
- (40) Ib. vol. I, p. 252.
- (41) Ib. vol. II, p. 62.
- (42) Ibid vol. I, p. 303.
- (43) 4.º Congreso de los soviets la minuta estenográfica, p. 25 (en ruso).



- (44) Stenographische Berichte, el 10 de Junio de 1926, p. 7434.
- (45) Stenographische Berichte, p. 7442.
- (46) Stenographische Berichte, 22/Marzo/1927, p. 9814.
- (47) Ibid, p. 9817/19.
- (48) Ibid, p. 9876, y siguiente.
- (49) Ibid, 5 Abril de 1927, p. 10502.
- (50) Ibid, p. 9849.
- (51) Parliamentary Debates, vol CLXXXVIII, p. 523.
- (52) Ibid, 15/12/1924, vol. CLXXIX, p. 691.
- (53) Ibid, 12/2/1924, vol. CLXIX, p. 772.
- (54) Ibid, v. CLXIX, p. 2044.
- (55) Ibid, vol. CLXXXVIII, p. 533.
- (56) Parliamentary Debates, 1925, vol. CLXXXVII, p. 523.
- (57) Documents concernant l'activité du S. N. K. «2.º trim. 1924/25, pp. 8-9.
- (58) Ibid, 1er. trimestre 1924/25, p. 6.
- (59) El Congreso pan-ruso del soviét, minuta estenográfica, 1927, p. 9 y 11 (en ruso).
- (60) Stenographische Berichte, 8/4/1927, p. 10657.
- (61) El 4.º Congreso de la Unión del soviét, la minuta estenográfica, p. 3.
- (62) Ibid, p. 9.
- (63) Ibid, p. 18.
- (64) Ibid, p. 11.
- (65) Congreso pan-ruso de obreros y de paisanos, minuta estenográfica 1927, p. 17 y 18.
- (66) Ibid, p. 33 y 34.
- (67) Parliamentary Debates, vol. CCX, p. 2100.
- (68) 4.º Congreso del soviét, minuta estenográfica, p. 19.
- (69) La actividad de S. N. K. los documentos para el 1er. trim. 1928-1929, p. 11, 16.
- (70) Ibid documentos para el año 1924/25.
- (71) El 5.º Congreso de los soviét, la minuta estenográfica, 20-28 de Mayo de 1929, p. 8.
- (72) Parliamentary Debates, vol. CLXXXVIII, pp. 439-443.
- (73) Ibid, p. 465.
- (74) Ibid, p. 536.
- (75) Ibid, 423/24, p. ....
- (76) Parliamentary Debates, vol. CLXXXVIII, p. 452.
- (77) Ibid, p. 469.
- (78) Documentos por el año 1925/26, p. 3.



(79) 4.º Congreso, minuta estenográfica, p. 20.


(80) Documentos para el 1er. trim. 1925/26, p. 27. En el mismo tiempo en todos los parlamentos del mundo, los partidarios del acercamiento con Rusia invocan los éxitos de vecinos en los negocios con la Rusia, así por ejemplo el 8 de Febrero de 1928 en el parlamento de Chile, el señor Reyes se apoyó en su argumentación en el éxito argentino, boletín de sesiones extraordinarias 1928, p. 2530.

(81) Parliamentary Debates, 22 de Diciembre de 1927, vol. CXXXVI.



Arturo Torres Rioseco

## Recuerdo de Raimundo Echeverría y Larrazabal

lto, garboso, sonriente en la gloria de tus diez y seis años, te veo en la distancia, Raimundo Echeverría. Mis ojos, turbios de ver tierras y mares, tristes de vida, vuelven, muertas mariposas, a las tardes de Talca, amarillas de hojas y de sol. Vuelven, y a tu lado recorren calles grises, dulces alamedas, casas de adobe, ventanas amigas. Por allí fuimos, Raimundo, una tarde de otoño, hasta el río Claro, bajo árboles, sobre piedra y polvo, unidos en la juventud, la emoción, la belleza. Y una noche, cielo bajo, luna de cobre, ante dos ventanas nuestras sombras, suspiros de niñas, palabras lánguidas, susurros, besos, risas:

Manos, manos provincianas  
que mueven un romántico pañuelo  
desde una lírica ventana.

Manos, yo tengo un corazón  
que está soñando en el consuelo  
de unas manitos de emoción.



Otra vez, diez y siete años, sí y no, ruta de San Javier, furiosos galopes de caballos, floridas zarzamoras, álamos y sauces, trinos de pájaros y charlas. Y en Constitución, confidencias en crestas azules de olas, en las rocas bebiendo sol y aire, abejas de las palabras en la brisa. Contigo otra vez, tierras del Maule, de González Bastías, áridas acaso, más tibias, regazo para sueños, en el tren chico, chico y grande, por ser nuestro, claro, íntimo. En Colín, donde había burritos, patos de buches verdes, piedrecillas entre rieles, rosas silvestres:

Andaba triste en la ciudad,  
andaba triste en los caminos,  
la maravilla de tus ojos  
se había ido de mis ojos...

Vuelven mis ojos a Santiago, contigo, olvidadas dos novias, bares de San Diego, cola de mono, sopa de camarones, ojos embrujados, albas verdes. Contigo, en el Parque Forestal, en el Cousiño, en el Santa Lucía, patios del Pedagógico, Selva lírica, Carlos Ibar, los ojos de la Albertina y el ajenjo. Tú, ya más alto, hombre ya, todo un hombre, siempre de negro, menos sonriente, con aire de actor trágico, o cómico, príncipe en la Fiesta de Primavera. Bailes en salones opacos, cachos en cantinas, y en las madrugadas, brazo en brazo, hacia el ensueño y el olvido:



Ambulé por los bares  
desteñidos como un Dios,  
mis manos afiebradas  
tomaban las copas empañadas,  
llenas de alcohol,  
y sentía que entraba  
ese vino en mi vida  
como un gran corazón...

Y después, yo solo, a la conquista de El Dorado, en mares agitados, ciudades extrañas que tus ojos no vieron, mujeres que tú nunca conociste y que hubieras amado, ojos de azul y oro, cabelleras ardidas. Viena, Londres, París, Sevilla, Nueva York. Cartas mías, maravilladas; cartas tuyas, rotas, desmayadas. Luego, túnel negro, frío, luz a los dos extremos, paisajes que eran otros, voces no oídas. Y tú, en el ensueño:

Capitán, padre mío,  
capitán de navío:  
¿Dónde están  
las ciudades azules  
y los puertos sombríos?...  
Capitán, padre mío:  
¿Dónde están, dónde están?..

Y un día, en Minnesota, nieve afuera y adentro, en «Atenea», la noticia de tu partida. Dolor recogido enrollado, que no ha salido nunca, que no saldrá, ya por



diez años, que no comprende nadie, hombres de piedra, mujeres de piedra, libros de piedra. ¿Qué fueron esos años de la ausencia? ¿Qué amigos escucharon tus versos? ¿Qué mujeres te besaron los ojos? ¿Hallaste alguna vez la mujer imposible de los cuentos? ¿O son tus versos el hipo agónico de nuestro gran fracaso, el ansia nunca satisfecha, el dolor del agua en la roca?

He vuelto, Raimundo; he vuelto catorce años más tarde. En el viejo Liceo destruído se había borrado tu sombra; nuestras calles talquinas, con musgo entre las piedrecillas negras, eran otras; las campanas de San Juan de Dios y de San Agustín estaban tristes; en la Alameda, sólo en mi corazón tu recuerdo. Y esas niñas amables, tampoco estaban, se habían muerto, se habían diluído en la distancia. Como una elegía dulce esos nombres, Elena, Marta, María.

No, no pude ser el otro y huí, acaso para siempre, del recuerdo. Cantaba el río Claro tus canciones y el sol lloraba en los tejados tus últimas estrofas:

En este silencio cristalino  
vivo la sombra de muertos,  
porque todas las actitudes inconclusas  
se duermen para siempre  
en el fondo de los pueblos.

Y en Santiago, lo que vieron tus ojos, fué mío, profundamente mío, en el abandono en que quedaste. Pero no, dedos de hermana, trémulos de llanto, recogían tus




versos, en las mañanas claras de San Javier. Y en los labios de Jerónimo Lagos, iba tu nombre, hecho plegaria y lágrima, en el pedernal de la amistad.

Ahora, ante tus versos, mis años; ante tu vida, mi muerte. Mi destierro, ahora eterno, arrodillado ante tus poemas. Aquí, a mi lado, vestido de negro, alto, garboso, pálido, chica la boca, suaves las pupilas, finas las manos, a mi lado, en mí, como en San Diego, como en Talca, como en Colín, donde había burritos y patos con pechugas verdes:

Ya no queda nada,  
los ojos fugaces  
de los antifaces  
tienen la mirada  
triste y espantada...  
¿Qué estaré yo muerto?  
Alguien ha apretado  
las manos heladas  
con cien mil candados  
locos y embrujados  
que no cantan nada...  
¿Qué no habrá llegado  
la caja cerrada?



## Acerca de la materia pictórica

res textos llegan a decirme que he olvidado contestar al panfleto de M. Maurice Sachs «Contra los pintores de hoy día»: Una nota espiritual en «Beaux-Arts», un excelente artículo de Jean Labasque, en el último número de «Esprit» y una *carta abierta a André Lhote* del propio M. Sachs que es ya una respuesta... a la respuesta a M. Sachs que aun no he escrito. M. Sachs tiene la impaciencia del neófito, una argumentación violenta y falta de medida. La seguridad con que juzga me desagrada, pero la impaciente solicitud con que me honra, me place desmesuradamente. (1)

Habiendo dicho M. Jean Labasque lo esencial sobre el

---

(1) Antes de ser publicada en «Atenea» la traducción del ensayo de M. Sachs que suscita esta contestación de André Lhote, nuestro colaborador Joan de Selvas, dijo en una de sus «Señales», comentado el artículo «Contra los pintores de hoy día»: «Alguien contestará a estas manifestaciones de Maurice Sachs. Nos imaginamos que André Lhote tiene la palabra...» En efecto, en el número de noviembre de la N. R. F. se publica este artículo que hoy damos a conocer, en el que si bien a nuestro juicio no se destruyen todas las observaciones de Sachs, algunas muy certeras, se ponen en tela de juicio otras tantas, de índole muy discutible. Lhote promete reincidir en el tema. Nosotros prometemos a nuestros lectores seguir teniéndoles al corriente de esta interesante cuanto sugestiva cuestión. (Nota de la Redacción).



asunto tratado por M. Sachs, remito a él a mi lector. Quiero solamente anotar aquí algunas reflexiones entre las muchas que este delirio singular por la materia ha despertado en mí.

Una de las razones que hacen soportable esta requisitoria, es que señala en la producción pictórica contemporánea, insuficiencias y cobardías que uno se extraña de que no hayan sido denunciadas anteriormente. Es menester tomar partido en ello; la hora de ajustar cuentas ha llegado. El pintor que se aprovechó tan ampliamente de la locura especulativa de los hombres de la postguerra, se verá cada vez más acusado, con razón, de no haber aprovechado la confianza increíble que le fué manifestada, para realizar o tratar de llevar a cabo obras que se encaminaran a la grandeza. Aquellos mismos que vivieron de esta cobardía, (y M. Sachs, que dirigió una importante galería de Nueva York me perdonará el incluirle entre ellos), lúcidos ahora y virtuosos por exceso de cuidado, se maravillarán de que seres que parecían destinados a lo sublime, no hayan pensado una sola vez, durante diez años de prosperidad, en realizar una obra invendible, quiero decir, perfecta.

Vamos a ser atacados y no sólo por los Camilo Mauclair, que esto no tiene importancia, sino por peritos en el asunto. Es de desear que estos últimos se den cuenta de que una requisitoria debe comenzar por consideraciones referentes al menosprecio de la verdad, tan frecuentemente cultivado por los artistas modernos. Verdad, humanidad, se me antojan virtudes más raras y preciosas, más duraderas que la materia misma de que la obra está hecha. La materia es espíritu, ciertamente, pero no en todos los pintores, ni en los más bien dotados. Se encuentra la materia de Rembrandt en muchos de los cuadros de sus discípulos, hasta tal punto que la verdadera atribución sería frecuentemente dudosa, en ocasiones imposible, si no se tuviera en cuenta el resplandor del genio, que falta en el discípulo. Por otra parte, obras insuficientes en cuanto a materia (en el sentido físico indicado por nuestro perito), como ciertos retratos



de Rafael, o de Ingres, todos los primitivos, Breughel y Jerónimo Bosch, estos extraordinarios creadores, son cien veces más conmovedoras y mejor dispuestas a dominar los siglos que casi todas las cocinas de Courbet. Incluso se podría pretender, ante los Van-Eyck, Roger de la Pastoure, Memling o Fouquet (tanto el miniaturista como el pintor), que la pintura hubiera podido vivir sin el encanto suplementario de la materia visiblemente triturada:

Mas, es cosa hecha: el gusto de la carne ha entrado en los servidores del espíritu; la honradez corporativa exige que de hoy en adelante se tenga eso presente.

Esto no sucederá antes de que se haya sacrificado lo que la Tradición exige más imperiosamente: la composición, el dibujo expresivo, el carácter, el estilo, en una palabra: los valores, la atmósfera, las relaciones de tonos simples, todo aquello que no se encuentra desde luego, en las obras de los más talentados cocineros modernos de la materia pictórica... (Corot, intelectual y profesor a su horas, había establecido la jerarquía de los valores pictóricos de esta manera: la composición, en primer lugar, los valores, en seguida y, por último, la materia, la ejecución).

Los héroes de la tradición pictórica moderna, siempre lo dije, son Rembrandt, el Ticiano, Tintoreto. He dicho también que Rembrandt bastaba como criterio eterno para juzgar la pintura. Me extraña que M. Sachs, en posesión de este criterio, no haya visto que una de las más prodigiosas consecuciones a este respecto, había sido realizada por Cézanne; esto es lo que ha hecho de él un héroe digno de ingresar en la leyenda. Es, a la vez, tan metafísico como un primitivo y tan físico como un renacentista: equilibrio sin igual, que no ha cesado de maravillar al mundo! Pero este conocimiento de la técnica total, esta ciencia de la materia, no le llegaron de un golpe, desde que tomó un pincel. Se diría que su «temperamento» (él gustaba de usar esta palabra), no jugó del todo y no produjo las ma-



yores maravillas, hasta que su estética estuvo totalmente elaborada. Se puede seguir este despacioso nacimiento del pintor físico, en Franz Hals, el Ticiano, el Greco y aun en Renoir, del cual sería ignorar la obra y el esfuerzo, no reconocer que algunos de sus cuadros de juventud son de una insuficiencia, por no decir de una fealdad táctil lamentable.

Si se desea estudiar la materia, necesario es estudiar el problema primordial de la duración; que, por mi parte, contrariamente a ciertos amigos peligrosamente esclavos del *modernismo*, creo que *no se puede separar en arte la noción de calidad de la noción de duración*. Cuando el Ticiano quería dar a sus lienzos el grado supremo de consistencia, los retiraba de una sala donde aquellos se secaban durante años. El primer toque, esa primera capa en la que se hipnotizan los imbéciles partidarios del primer golpe, había llegado a un grado de duración ideal que permitía el retoque, la sobrecarga, la media-pasta y el glacis. Gracias a estas precauciones infinitas conocemos en parte, el medio por el cual la maravillosa materia que se admira en el Museo del Prado, ha podido llegar hasta nosotros sin alteración, sin resquebrajaduras y sin ennegrecimiento. ¿Acontecerá lo mismo con las pinturas de Soutine, que, no me cabe duda, están entre las más físicamente elocuentes de nuestra época? Categóricamente diré: No.

Soutine no pinta jamás sobre telas nuevas, sino sobre telas ya pintadas, muchas de las cuales fueron compradas a poco precio a los alhondigueros de su barrio, en tiempos de miseria, otras a los anticuarios, en tiempos de esplendor. Algunas de sus obras recubren cuadros, por otra parte bastante apreciables, de 1830, época en la que casi todas las telas tenían betún. Este gusto por los lienzos ya pintados constituye en él casi una obsesión.

Tal procedimiento sería en verdad tolerable si no implicara, de cada dos veces, una, la destrucción rápida de la obra por las resquebrajaduras. Se sabe que los colores secativos, como



el negro, el verde esmeralda, los terrosos, se quiebran inevitablemente cuando cubren una superficie menos secativa. Se sabe igualmente que una capa inferior de betún no perdona: reaparece el día menos pensado. Una pintura moderna, demasiado «genial», donde los bermellones y azules de Prusia y otros diez colores enemigos se juntan o entremezclan, tiende inevitablemente al ennegrecimiento absoluto. En este caso se piensa que un oficio tanto más pobre cuanto más pretencioso si pasa menos inadvertido por los contemporáneos, corre el riesgo de no interesar a los aficionados de un par de siglos más tarde.

Un problema interesante para estudiarlo, es esta cuestión de la materia. ¿Cómo definirla? Sería necesario ser a la vez físico, filósofo y hombre de buen gusto para llegar a ello. Gustavo Moreau, en quien la preocupación por la materia, como él mismo decía, era muy grande, pensaba que las materias eran tanto más bellas cuanto más se aproximaban a materias preciosas: pedrerías, nácares, etc. No tengo necesidad de señalar lo absurdo de esta concepción. Más probable parece que una materia ejerza sobre los sentidos una fascinación mayor, cuanto más se acerque por su color, espesor, diafanidad o matiz a las materias naturales menos nobles, pero terrestres, como la arcilla, la piedra, la madera. Recomendando a sus alumnos tomar ejemplo de los viejos muros, Vinci no pensaba únicamente en las figuras extrañas que en ellos se suelen mostrar, sino también en las sutiles bellezas de las secreciones y el salitre de las paredes. Deben existir, entre la materia pictórica y la realidad, relaciones semejantes a las existentes entre la composición del cuadro, el dibujo de los objetos y los ritmos biológicos puestos a la luz por la morfología. Tal curva es verdadera, y por lo tanto bella, porque reproduce una curva, cadeneta o espiral que corresponde a un fenómeno natural. Bueno sería también reflexionar sobre la influencia de la justeza de los valores, (en Corot, por ejemplo), tiene sobre la calidad de la materia.

Cualquiera que sea la oportunidad de las condenaciones



proferidas por M. Sachs, deben ser tomadas en consideración, aunque no fuese más que porque preludiaran una revisión de los valores sensibles y sensoriales propuestos por la obra de arte. Puede imaginarse que yo hubiera visto con más pasión este debate, llevado que hubiera sido al dominio de lo humano. Allí se puede sostener que todo lo que ama el hombre ama también la materia, su compañera. Para mí, el problema de la restauración de la pintura, es el problema del retorno a lo humano. Por supuesto, no de la misma manera que lo propone M. Waldemar George, ese pastor un tanto loco, sino en el sentido en que lo entendían los del Renacimiento, que fueron justamente los creadores de la noción moderna de la materia. Volveremos a hablar sobre ello.



## SEÑALES

Más sobre el Congreso

□ J. E. Pouterman publica en la *Nouvelle Revue Française*, de noviembre una selección de opiniones vertidas en el Congreso de Escritores Soviéticos, recientemente celebrado en Moscú. Ya di cuenta de los rasgos generales de esta reunión en el número anterior de «Atenea». Ahora toca entresacar de la selección presentada por Pouterman algunos rasgos determinados por su importancia. El Congreso ha delimitado, en gran parte, la actitud del escritor soviético, comunista, frente a los problemas intelectuales de la hora actual. La diferencia de puntos de vista es curiosa. Un sistema de discusión ha predominado. Opiniones de los más diferentes carices se han dejado ver, y puntos de vista totalmente distintos en cuanto al plan que la literatura comunista debe seguir para su mayor progreso y realización. Interesante por demás es el hecho de que se hable de individualismo, de renacimiento de lo individual, dentro del programa revolucionario, por supuesto, pero con claros determinantes de preocupación por esta nueva posible ruta. Queda por ver, en el conjunto de consecuencias de este congreso, al que nadie que no sea un ciego puede negar importancia, quede por ver qué camino será el que siga la literatura revolucionaria. Si un regreso a lo individual, y el peligro de la anulación totalista, o una ruptura con los primitivos moldes revolucionarios por parte de los escritores y artistas. De todas maneras, las opiniones hasta hoy están fran-



camente divididas. El Congreso, por otra parte, sin dejar de tener amplitud de miras mundiales, ha sido exclusivamente soviético en su organización y en la aportación de materiales para ser tratados en sus sesiones.

Pasamos a la exposición de las más importantes opiniones:

□ *Gorky*.—¿Para qué ha sido organizado el Congreso de Escritores y qué fin se propone nuestra Federación? Si se hubiera tratado sólo de organizar profesionalmente a los trabajadores de la literatura, hubiera sido inútil tanta molestia. Me parece que la Federación debe tener a la vista, no solamente los intereses profesionales de los escritores, sino los intereses de la literatura en general. La federación debe asumir en cierto modo, la dirección del ejército de escritores principiantes, debe organizarlo, repartir las fuerzas en las diferentes ramas del trabajo y enseñarles a trabajar con los materiales del pasado y del presente... La literatura burguesa comienza en la antigüedad por la fábula egipcia del ladrón, continúa con los griegos y romanos y en la época de la disgregación caballeresca, hace su aparición para tomar sitio en los Libros de Caballería. Es una verdadera literatura burguesa y su héroe principal es el sinvergüenza, el ladrón; después, el policía y por último, el ladrón de nuevo, pero esta vez el «Ladrón-gentleman»... Desde Till Ulenspiegel, personaje creado al final del siglo XV; Simplicissimus, del siglo XVII; Lazarillo de Tormes, Gil Blas, hasta Bel-Ami, de Maupassant y Arsenio Lupin, los héroes de las novelas policíacas de nuestros días, contamos millones de libros en los que los héroes son bandidos, asesinos y agentes de la Policía Criminal...

(Qué ganas de olvidar a los héroes de Plutarco, a los de Cervantes, Corneille y Racine, a tantos otros. Sí; con todo el respeto que merece tan gran escritor como Gorki, es preciso anotar cuántas cosas se ha dejado en el meollo para decir lo que quería. Por lo menos, no mira el otro aspecto).

□ *Ilya Erenburg*.—La creación de una obra artística es cosa individual, hasta diríase íntima, y estoy convencido de que las



brigadas literarias entrarán en la historia de nuestras letras como un detalle pintoresco pero pasajero, de nuestros años de adolescencia.

Nuestro país muestra una solicitud inmensa por la herencia cultural del pasado. No somos ni escitas ni «bezprizornis». Son los fascistas los que queman a Heine, mientras que nuestros jóvenes escritores aprenden su oficio en Tintchev, que fué monárquico y censor del Zar...

(Cada palabra de estos párrafos de Erenburg, es digna de una consideración extraordinaria. Recomiendo la vuelta sobre ellas al lector. Valientes, claras y, para el gusto del que señala, admirables).

□ *Usevolod Ivanov*.—Lo que hemos hecho hasta ahora no ha sido más que una especie de trabajo a domicilio. No dominamos nuestros materiales y tenemos miedo a un plan. No digo que sea necesario sugerirle todo al artista y someterle a ciertos asuntos. Es necesario que nos ayudemos los unos a los otros y que busquemos juntos la mejor manera de tratar un asunto. Hasta hoy, todo lo hemos aprendido por tradición oral. Un escritor no tiene a su disposición un manual que le ayude. Cada escritor entra en la literatura con su provisión de experiencia y de saber y ¿cómo imaginar un libro que sea lo suficiente universal para contentar a todo el mundo? Cada uno de nosotros guarda en sí un archivo de documentos contemporáneos, pero aun no tenemos archivos públicos de esos documentos. La Unión de Escritores debe crear esos archivos... Debemos coleccionar cuadernos de notas tomadas día por día, cambios de correspondencia entre particulares; debemos hacer las biografías de nuestros vecinos, escribir una historia de la familia soviética, estenografiar las conversaciones oídas al pasar, controlar nuestras observaciones sobre los cambios experimentados en las lenguas rusa ucraniana, turcomana y otras de nuestra Unión...

□ *André Malraux*.—Es necesario que la Unión Soviética sea demostrada. Sí, es necesario que sea notado este inmenso in-



ventario de sacrificios, de heroísmo y de tenacidad. Pero, tened cuidado, camaradas, América nos lo demuestra bien, que una poderosa civilización no produce una poderosa literatura, necesariamente: y que no bastará aquí fotografiar una gran época para que nazca una gran literatura... El arte no es una sumisión, es una conquista. ¿Conquista de qué?... De sentimientos y de medio de expresarlos. ¿Sobre qué? Sobre la inconsciencia, casi siempre; sobre la lógica en los artistas. El marxismo es la conciencia de lo social; la cultura, la conciencia de lo psicológico. A la burguesía que decía *el individuo*, el comunismo responderá: *el hombre*...

Malraux, el autor de esas excelentes novelas tituladas «La Condition Humaine» y «La Voie Royale» no estuvo, por lo visto en sus divagaciones, a la altura de su obra de ficción. Conviene saber que durante el discurso de Malraux, por cierto uno de los más «exagerados» de la reunión, se le interrumpió con manifestaciones de protesta. No fueron estas las que le hicieron más efecto, porque no se destacaron por su tono ni violencia. Lo que puso de mal humor a Malraux fueron las preguntas con que le interrumpían el discurso y las cuestiones que se le iban proponiendo, con malicia y talento casi todas ellas. A tanto llegó el lance, que el camarada Radex se permitió dar explicaciones a Malraux en uno de sus párrafos finales; dijo así: «Malraux está con nosotros. Es una gran inteligencia. Ha tenido que oír de nuestra parte no sólo elogios, sino preguntas embarazosas y advertencias desprovistas de amenidad. Un escritor del tamaño de Malraux hubiera podido decir por toda respuesta: Dejadme en paz. Continuaré escribiendo como me dé la gana... Malraux no ha dicho nada semejante. Ha hecho algunos mohines, cuando pensaba que la cuestión estaba propuesta demasiado brutalmente»... Las palabras de Radek apaisaron un tanto la atmósfera en ese aspecto.



□ Para terminar, el mensaje enviado por André Gide, al Congreso: «En este camino de la historia que cada país, tarde o temprano, deberá tomar, la U. R. S. S. ha llevado gloriosamente la delantera. Ella nos muestra hoy el ejemplo de esta nueva sociedad que soñamos y que osamos esperar. En el dominio del espíritu, igualmente, importa que la U. R. S. S. se muestre ejemplar, debe probarnos que el ideal comunista no es ni mucho menos, como se complacen en afirmar sus enemigos, un ideal de «termitera». Su deber de hoy día es instaurar, en la literatura y en el arte, un *individualismo comunista* (me atrevo a reunir estas dos palabras que se tiene la costumbre de oponer, a mi juicio, equivocadamente). Sin duda, un período de afirmación intemperada era necesario, pero la U. R. S. S. ha pasado ya ese estudio y nada me persuade más de ello que los recientes artículos y discursos de Stalin. El comunismo no se sabrá imponer más que teniendo en cuenta las particularidades de cada individuo...»

(Sigue Gide citando unas palabras suyas, dichas en una conferencia de 1900: complemento de su tema. Al concluir con estas exposiciones, se antoja que la revolución comunista lleva derroteros bien distintos a los que tenía al comienzo. Consecuencias quizá de una época transitoria en su vida. Se antoja también, que el fenómeno comunista ruso, particularmente considerado, tiene una realidad considerable. Y se antoja, por último, para concluir con esta señal, que las enseñanzas de este Congreso son en su mayoría útiles, transplantadas, acomodándolas a las circunstancias de cada parte y que se encierra en ellas un síntoma de nuestros días muy digno de atención, sobre todo para los que quieren conservarse en el siglo XVIII y, asimismo, para los comunistoides criollos de tres al cuarto).

#### Sobre un atentado

□ Desde el escándalo Staviski, gran vocerío se eleva en Francia, muy motivado según parece, contra la organización policia-



ca del país. Bony, el célebre inspector que tanto sonó en lo relativo a los cheques de Alexandre, no ha sido una muestra aislada. Se precisa, según los mejores, una barrida en la Seguridad Nacional y en sus ramificaciones de vigilancia. Enmanuel Berl, que publica semanalmente en «Mariann» sabrosos artículos, vibrantes de actualidad, arremete ahora contra la policía con razones dignas de ser conocidas, en lo relacionado con el atentado de Marsella y la muerte de Alejandro de Yugoslavia y M. Barthou.

Interesantes observaciones, sobre todo si se relacionan con los recientes sucesos de la Sociedad de las Naciones y las reclamaciones hechas por Yugoslavia contra Hungría. Dice Berl, en su artículo contra la *Suret *: «El atentado se esperaba. La policía estaba alertada de todas maneras. Por M. Schumann, que había prevenido al Gobierno, por el Ministro de Marina; por M. Meyer, director de la Policía Judicial, que había prevenido a la *Suret  Nationale*. Por la misma prensa; un diario de la tarde anunciaba que el atentado se cometía. Había llamado la atención a la policía yugoeslava»...

Y enumera las faltas que permitieron el atentado y sus consecuencias: Primera falta: El desembarco en Marsella. Bien se sabe que Marsella es una ciudad llena de una población inquietante y difícil, donde la vigilancia es trabajosa.

Segunda falta: El desembarco en el Puerto Viejo. Dejan al rey llegar a la vera de los barrios bajos y en uno de los sitios donde la cr pula es mayor en todo el mundo.

Tercera falta: Se cede al rey un coche no blindado y provisto de marchapi . Sabemos bien que es necesario evitar los marchapi s. Fu  sobre uno de éstos donde se apoyó el asesino del Presidente Carnot.

Cuarta falta: Alrededor del auto no hay motociclistas. No hay tampoco gente a caballo. Antes ponían una docena a la derecha, otra docena a la izquierda de los coches reales. En



Marsella, un coronel, completamente solo, cuyo caballo, naturalmente, se encabrita cuando el asesino se lanza.

Quinta falta: El número de guardias móviles es irrisorio. El Ministerio afirma haber enviado 48 para guardar al rey de Yugoslavia. Podríamos afirmar que había unos 600, en Metz, para guardar la persona de M. Cheron.

Sexta falta: Cuando generalmente los coches reales circulan a veinte por hora, cuando generalmente se sobrepasa esta velocidad, el auto del rey de Yugoslavia marcha a ocho por hora. Doce kilómetros de prima al asesino.

Séptima falta: La muchedumbre no estaba contenida por un cordón rectilíneo. Cada diez metros solamente, un policía.

Las faltas enumeradas por Berl, además de mostrar una gran zagacidad periodística, son una información fuerte contra la organización que denunciaba. Y como documento, un detalle que completa nuestros conocimientos sobre el atentado.

#### Cinema

□ El film americano sigue siendo, con sus raras excepciones de valor, un conjunto de hechos iguales, de temas parecidos, narrados y dialogados con la nariz. El film francés, que no tiene término medio, porque o es lo peor del mundo («Tendresse») o lo mejor, no llega a estas zonas sino cada dos años. El film alemán, que cuando no está cargado de técnica suele ser sencillamente magistral (Señoritas en uniforme), viene a esta tierra con más frecuencia que el francés, pero no con toda la que sería de desear... ¿Por qué no se importa el cine europeo con la misma asiduidad que el norteamericano?... Desde hace un año a ésta parte, se han hecho en Francia películas dignas de ser traídas. «Tartarin» arreglado al cine por Marcel Pagnol. «El último millonario», por René Clair; Otro, de Marcel Pagnol, sacado de la novela de Giono, «Un de Baumugnes». Un film alemán, «Al fondo del mundo»... Este puede llegar fácilmente con su título,



si es que no se preocupan los cineastas de cortar de vez en cuando los excesos americanos. De nuevo Mae West, recordando a las dueñas de ciertas casas en cualquiera de sus aptitudes y palabras, de nuevo lo de siempre...

Menos mal que también ellos saben hacer las cosas bien cuando quieren: «El Emperador Jones» y «One more river» lo prueban. Películas absolutamente distintas, pero dignas de ser señaladas entre todas las de los últimos seis meses. En la primera, el trabajo de Paul Robeson es espléndido. Y acompañado, desde el primer momento, por un ambiente que el director ha sabido crear a las mil maravillas, desde los «spirituals» y canciones religiosas, hasta el ruido del tambor en la selva. Claro está que la base del drama de O'Neill es suficiente. El monólogo perseguido de Jones no gustó mucho. Hubo algún silbido. No hubo bofetadas porque el que silbó estaba lejos del que señala.

En cuanto a la de Galsworthy, bien trabajada por Diana Wynyard, por todos los partícipes, la lentitud del procedimiento y del desarrollo no quita el alto interés y lo bien trazado de la obra cinematográfica. ¡Si al menos, mandaran desde Hollywood un par de cosas así cada dos meses! Mientras no lo hagan, insistiríamos en recomendar la importación del film europeo.

#### Diciembre

□ Después de desearos felices pascuas y año nuevo (gracias, no hay de qué... pues no faltaba más, amigo)... paso a cerrar las señales de este año con algo que sea un síntoma de nuestros tiempos. Aparte de que no se rían los críticos literarios, que me siguen pareciendo seres absurdos, lo digo sin rodeos, exponiéndome a jugarme la inmortalidad; y mi misma cabeza, como crítico a ratos...

—Santa Claus coloca en la media de una girl de Chicago, un Ford nuevo, un piano, un abrigo de pieles y varias cajas de



bombones. Viendo que la media sólo está llena hasta la mitad, sube al tejado, se tiende en la nieve y llora amargamente...

—Esta es la historia...

—¡Pero qué estupidez!

—Ya lo sé. Es que no hay nada más estúpido que un año que se va.

—No tiene gracia.

—Ya lo sé.

—Esto es una revista seria...

—Por eso, en ocasión de las pascuas, he procurado que siga siéndolo.—JOAN DE SELVAS.



## LOS LIBROS

HACIA LA LUZ, por *Blanca Luz Brum*

En estos días me ha tocado leer un documento humano. ¿Qué es un documento humano? se preguntará más de alguno. ¿Qué quiere decir este señor con eso de documento humano? ¿Acaso todos los libros no constituyen documentos humanos? El de la poetisa uruguaya Blanca Luz Brum, que relata su martirio en México, durante la prisión del pintor revolucionario Siqueiros, es un fiero y conmovedor documento pasional. Grito ardiente de una mujer, escrito con la menor dosis posible de literatura. Este documento fué compuesto con las ropas desgredadas, con la miseria del vivir sórdido, en la soledad de un cuarto redondo, en un barrio de obreros, sintiendo el ronquido de la pobreza y el ulular de la bestia humana que rondaba cerca de la mujer solitaria. Junto de la mujer hipaba el bebé cuya boca se abría como la de los pajarillos abandonados. Hambre y soledad. Hambre y desesperación. Ciertas escritoras se ponen rouge para narrarnos sus penurias románticas. Penurias casi siempre artificiales, con exceso de literatura, con exceso de coquetería. Ni nos conmueven ni nos convencen. Repiten cosas ya viejas, ajadas por el uso de tanto y tanto ingenio femenino.

Este espíritu erguido de Blanca Luz Brum; no es tan grande por su resistencia al dolor físico—cosa soportable al fin, y las mujeres lo saben bien—como por la defensa de su propio amor y de su propia condición de mujer. Está sola frente a la



vida luchando por la libertad del hombre que ama. Ni un solo momento vacila en esta tarea heroica para sus fuerzas. Los instantes de duda o de incertidumbre se desvanecen con el solo recuento de unas horas embriagantes que la comunican nuevo vigor. La cárcel es sórdida. Y los guardias a quienes ella va a humillarse para que la dejen ver a su hombre, no conciben en ella el ardor de una pasión tan resistente. Todo se confabula para aplastarla, para deprimirla; la calle hostil, el camión en el cual rueda amontonada entre los deshechos que van hacia el barrio de la penitenciaría, el lamento del niño que clama por un mendrugo de pan; la horrible soledad del revolucionario, al que apenas puede llevarle algunos embelecocos. Pero el drama es el de la conciencia de la mujer en lucha contra la organización social que la ha dejado tirada como traste en el medio de la calle.

Surgen, de pronto, en el camino del relato epistolar, unas notas graves y sombrías. Es el cansancio de luchar, el cansancio de sufrir la inminencia de la derrota. Pero luego un grito agudo irrumpe por entre la desolación que comienza a invadirla. Es otra vez el amor que recobra su imperio, que la empuja con fuerza a seguir luchando. La doble humanidad del hombre preso, y la mujer que se esfuerza afuera por hacerle limpia y bella la existencia y, al mismo tiempo, la batalla para conservar su fidelidad, confieren a este libro pequeño, pero fuerte, a este libro de escasas páginas—hay infinitos libros voluminosos que no dicen nada, que no sugieren nada, vacíos, muertos, inútiles—un rango de pasión humana de extraordinaria intensidad.

Por eso decía que es un documento humano. Se ve la prisión sin que la describa. Se siente el horror de la lucha externa, con notas apenas insinuadas. Al lado del valor estético se palpa el valor emocional, o bien, la dislocación repentina de la pasión dissociada por el sufrimiento. Luego, los celos del hombre y los celos de ella. Todo el hervor, en fin, de la humanidad, reducida a dos personajes, de los cuales uno solo es el que habla, uno solo el que anota los acontecimientos, como si se dijera, escalona-



dos del corazón, uno solo el que desmenuza y evoca y lucha y se martiriza en la soledad, contra la furia ciega de la vida. Ella está de pie luchando llena de admiración por el hombre que ama. Su lucha no sólo se endereza contra los obstáculos exteriores, sino contra los residuos de su niñez, que se desperezan para hacerla abandonar la partida y volver la espalda al hombre.

«Querido mío—escribe—ten fe en mi inteligencia, ten fe en mis fuerzas; yo ayudaré muy de veras a la rápida salida, a la libertad tan ansiada; pero es necesario que cuentes antes con tus fuerzas morales, con toda la animosidad y la dignidad viril que has tenido desde el primer momento y que han tenido todos los compañeros. Mi fe en el bien no puede perderse. El bien existe, lo dicen constantemente actos y voces misteriosos que vienen de todos lados. Y si el bien no existe, peor para Dios que no hay entonces nada en qué creer». «Mi querido prisionero, le dice en otra carta, busco ademanes, cosas y palabras... todo lo que poseo para que entren hasta tu enorme vacío, pero todo lo que vive rehuye, instintivamente, el ambiente de soledad trágica en que vives. Las flores que te llevo se mueren antes de llegar a tu celda. La blusa roja con la que quise animarte un día no parece roja, ni negra ni nada. Es un color triste y patético que se ha perdido de la rueda de los colores divinos del mundo para quedarse sin suspirar en una casa de muertos. Tus manos han olvidado el movimiento maravilloso de la libertad y se caen siempre juntas en la misma actitud de pájaros doloridos, abrigándose entre tus piernas. Tu voz es la más esclava de todas, no es viril ni agresiva, ni clamorosa ni triste; es esa voz censurada, baja y dramática de todos los encarcelados».

Así avanza este documento humano, entre el fervor y la contradicción, entre el amor y los celos, fundiendo todo lo trágico que tiene la existencia de un penado con lo luminoso de la existencia de una mujer que ama con una pasión incontenible. Es todo en este libro, el mundo interno que no vemos, el mundo que está detrás del frío y ralo objetivismo. Por eso se siente la-



tir un corazón entre sus escasas páginas y una doctrina revolotea por encima del drama de dos abandonados.—D. MELFI.



PACÍFICO-ATLÁNTICO, *por Domingo Melfi*

Viajar, tender las pupilas hacia otros horizontes, que ofrecen panoramas distintos, a esta realidad cotidiana, que de verla tanto se nos hace monótona y sin relieve, es un acontecimiento de importancia, para aquel que lleva el espíritu alerta al espectáculo que va hiriendo su sensibilidad. Y si el hombre que puede disfrutar de este placer tiene un espíritu acendrado y ávido, para descubrir lo interesante y valorar lo bello, extrayendo de esos panoramas la parte más significativa y esencial, todas esas sensaciones se entrarán en él, como una siembra de visiones, ricas en enseñanzas y en latidos humanos, que al florecer en su mente, tendrán un doble mérito: remozarlo interiormente, y al fructificar en una concreción artística, poder participarla a los demás.

Y este es el caso de Domingo Melfi. Se fué por primera vez de su vida a visitar los países, que en el sur de nuestro continente quedan por el lado del Atlántico. No llevaba, seguramente, más preocupación intelectual, que su ilusión de hombre que sueña con un rincón de la tierra antes de conocerlo, ni más intención que la de desempeñar una misión periodística. Mas, he aquí que su inquietud de artista, siente con vigor un estallido de sensaciones, que su espíritu no se resigna a guardar para sí y que se concretan en el bello libro, al cual nos referimos en este comentario que carece de intención crítica y es sólo la impresión del lector, que con creciente interés y verdadero agrado ha ido recorriendo sus páginas, ricas en sugerencias, en contenido emocional, y en observaciones penetrantes y significativas que tienen un sello muy personalísimo y original.



Porque *Pacífico-Atlántico* (1), no es precisamente un libro de notas de viaje, en el sentido que estamos acostumbrados a ver. Tal vez pudiera decirse que es una especie de panorama étnico-geográfico, lleno de certeras consideraciones acerca de las características que el influjo de la tierra proyecta sobre el hombre que la habita, y que, teniendo una misma ascendencia racial, ofrece, en cambio, diferencias muy marcadas en su manera de ser y en la de realizar su vida. Del desarrollo de las observaciones y de las deducciones que el autor formula, apoyándose para hacerlo, en acontecimientos de carácter histórico y político, va surgiendo el contraste, o, por mejor decir, los rasgos sobresalientes y distintivos que singularizan a los hombres que viven holgadamente por el lado del Atlántico, diferenciándolos de los que viven estrechados entre la cordillera y el mar Pacífico.

La proximidad de Europa, el río humano que venido de ese continente desemboca a diario en la metrópoli cuyo latido gigantesco alienta junto a las riberas del río de la plata, del Paraná Guazú—río ancho como mar, como le llamaban los aborígenes— ¿impone la influencia de sus tradiciones y el carácter de cada pueblo sobre el hombre que habita los extensos territorios bañados por el Atlántico, para formar una nacionalidad abigarrada y sin relieve propios?

Leyendo el libro de Melfi, nos damos cuenta de que no ocurre eso, de que no puede suceder. La pampa sopla desde todos los ámbitos su poderoso aliento sobre la ciudad. El alma de ella maravillosamente simbolizada en «Don Segundo Sombra» se yergue dominadora para imprimirle su moralidad. El gaucho soñador que cruza en su flete, la extensa llanura llevando su bagaje romántico y bravío, forma parte de la fuerza, del poderío que arranca de la pampa como una manada de baguales desbocados, a los cuales ningún obstáculo pudiera detener ni dominar. Su leyenda aventurera y romancesca tiene un aroma

---

(1) Ediciones Atenea, 1934.—Santiago.



demasiado denso para poder sustraerle a respirarlo. Y allí, como muy bien dice el autor, «la ciudad parecía como avergonzada de haber crecido en medio de ese océano, al cual nunca podría dominar».

Y más adelante agrega:

«En aquella planicie sin riberas que cruzábamos, el hombre había recorrido vastas extensiones, señor de sí mismo, rebelde a toda ley, como devorado en su corazón, por la soledad que no le permitía sino la aventura y el coraje. Sediento de horizonte, debía ir y venir de uno a otro extremo, sorteando los peligros de la bestia y el matrero. Pudo allí crecer una estirpe de románticos a la par que de hombres de acción. Para engañar aquella flotante soledad silenciosa, tenía la belleza de sus cantos, y para no morir en manos de sus asaltantes, el facón y la agilidad recia de sus puños. En las lejanas pulperías hacia las cuales encaminaba su ardor y su esperanza, puestos diseminados en un desierto sin límites, encontraba el recuerdo de las hazañas gaucescas que se hundían en la lumbre del fogón, punteando la vihuela jactanciosa, o saboreando el mate, mientras el flete resoplaba atado en la tranquera».

Estas hermosas y certeras reflexiones, nos ayudan a explicarnos la psicología del hombre de la pampa, en donde, como añade en otra parte, «pudo producirse aquel gaucho cruel que convirtió en tiranía sangrienta, su dominio de la campaña sobre la ciudad».

En cambio, en este lado de la cordillera, el hombre vivía limitado por los cerros, estrechado entre los pequeños valles donde su visión se desviaba en un recodo. Sus nervios debían estar siempre alertas a la acechanza y al peligro ignorado. Sus pupilas se agudizaron para perforar el misterio de la selva y para descubrir a su semejante entre las arrugas de los cerros. La naturaleza le oprimía haciéndole el alma triste. El elemento humano, no pudo así conglomerarse en una fuerza grande y uniforme. Cada hombre se replegaba en su fuerza y en su instinto.



impidiendo de este modo dar margen a que surgiera el caudillo que salido del campo dominara la ciudad. ¿Quiere esto decir que el hombre nacido entre los cerros era inferior, como producto racial, a sus hermanos del otro lado de los Andes? No, en ningún caso. El autor tampoco pretende demostrar tal cosa, ni nada parecido. Lo que trata de poner en evidencia, es que tanto aquí como allá la Naturaleza le impuso al hombre un destino distinto, y que en su manera de ser, influyeron poderosamente las sugerencias silenciosas de la tierra. Aquí la ciudad, en cierto modo, representa la fuerza organizada en donde viene a desembocar toda esa otra fuerza diseminada y casi escondida entre los cerros y los valles estrechos, pero que nunca pudieron formar núcleos poderosos constreñido por las limitaciones naturales. Allá, del señorío ilimitado del gaucho, pudo surgir el caudillo, expresión del coraje y de la fuerza de la pampa. Rozas, en la Argentina; y Artigas, en el Uruguay, pueden ser los arquetipos de esta afirmación. Acá, Portales, señorito santiaguino, descendía de los duros y crueles señores de la encomienda, que iban a refugiarse en la ciudad, después de imponerse con el látigo, haciendo gemir de dolor al indio, al mulato y al mestizo que en su aislamiento y desamparo del campo, trataba de acercarse al clima más benigno y protector de la ciudad.

El libro de Melfi, interesante y valioso, tanto por su riqueza sugerente, cuanto por el cúmulo de observaciones certeras para interpretar la realidad americana de esta parte del continente donde vivimos, tiene, además, un mérito sobresaliente por las excelencias de su alta calidad literaria. A través de todo el libro cruza un hálito estremecido en donde palpita una fantasía robusta exornada de bellas imágenes que son verdaderos hallazgos de expresión y novedad. Es, a ratos, un poeta que se embriaga describiendo la existencia aventurera y romancesca del gaucho, sobre su llanura sin horizontes; o esta tierra chilena que tantos encantos y amores tiene para su corazón. Sorprende y cautiva, la manera de transmitir la sensación del paisaje, en



que la visión de la naturaleza se entremezcla con lo humano, en una trama toda envuelta en un soplo cálido y vital, como si experimentara un placer voluptuoso de entregar todo su fervor y entusiasmo, entre el armonioso tumulto de las palabras, que sin desbordarse, expresan generosas y gallardas sólo lo necesario, para transmitirnos con claridad las ideas y con emoción el sentido de la belleza.—LUIS DURAND.



PRENOCIONES PARA EL ESTUDIO DE LA HISTORIA CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, Y OTROS TRABAJOS DE *Emilio Ravignani*.

Emilio Ravignani, director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional de Buenos Aires, maestro con prestigio hondamente arraigado en la juventud y entre los trabajadores intelectuales de Argentina, realiza desde su alto cargo oficial una labor trascendente. Cumplen el Instituto y su dirección la tarea de estudiar el pasado, de reunir datos y antecedentes que más tarde sería de difícil obtención, de investigar hechos, obras y personajes de la historia de América y en especial de la república vecina. Tarea impostergradable, que presentará al historiador futuro, con la necesaria perspectiva del tiempo, los elementos básicos de su labor. Y no sólo a los que de historia se preocupen en el porvenir, que los sicólogos, los educadores, los estadísticos y los científicos, en general, han de encontrar allí material abundantísimo.

Estamos en el límite de una época, en uno de los recodos de la evolución histórica, vale decir, en los inicios de un nuevo capítulo de la historia humana, que implica la substitución de una civilización por otra, y con ello cambios fundamentales de todo orden. La manera de apreciar hechos, ideas y hombres, las escalas de valores y los métodos críticos sufrirán variaciones con-



siderables, desdeñándose o subestimándose—por inevitable proceso de reacciones espirituales—valores que más tarde, pasado el período caótico propio de las primeras etapas revolucionarias, se justipreciarán en forma más clara y razonable. Es preciso, pues, a fin de servir mejor las futuras necesidades de la civilización que se está gestando, agotar la investigación del pasado nacional de cada pueblo, reunir el mayor material. En una palabra, es menester que en achaques de biografía, de bibliografía, de crítica histórica, de historiografía general, se investigue, se escriba y se publique cuanto fuere posible; pues que los hombres de la época revolucionaria deberán absorberse en preocupaciones fundamentales de otro orden, cuando tengan la misión no de escribir, sino de hacer historia.

Considerada con este criterio, la labor de investigación y publicidad que realiza en Chile, por ejemplo, nuestra Universidad central, y en Argentina el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional de Buenos Aires, es de valía extraordinaria y cumple una misión que la posteridad sabrá apreciar,

Se debe señalar al doctor Ravignani como uno de los meritorios dirigentes en la grande empresa de estudiar la historia y la vida americana de ayer y de enriquecer el acervo intelectual del continente.

Hombre de vastísima cultura, erudito notable, Ravignani posee dotes y condiciones, no sólo como hombre de letras destacado, sino también como crítico, como historiógrafo, como especialista en derecho constitucional, dotes que pueden apreciarse a través de su nutrida bibliografía personal.

A ella irán sumándose los siguientes trabajos: *La Confederación Argentina (1829-1852)* y la obra de Rosas, *La Misión diplomática de Rivadavia en Europa, (1814-1820)*, *Ensayo sobre los censos de población en el Plata durante la época colonial*, *Piñelo y la Recopilación de indias* y los tomos IV y V de su *Historia Constitucional*.



Del primer trabajo, acerca de la confederación argentina, el doctor Ravignani ha adelantado algunos capítulos con el título de *La unión federal al comienzo del gobierno de Rozas*, insertos en los «Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de la Plata», correspondientes a 1933.

Según se advierte, Ravignani se ha especializado en derecho constitucional e historia constitucional, ramos en los cuales debe ser tenido como maestro notabilísimo, acaso el más destacado que en ellos posean las letras y la ciencia rioplatenses.

Sus *Prenociones para el estudio de la Historia Constitucional de la República Argentina*, o sea, la Introducción al tomo I de la *Historia Constitucional de la República Argentina*, tienen significado asaz importante, no sólo con relación al tema, sino también respecto a la personalidad misma del autor, pues en ella pueden aquilatarse sus doctrinas y las diversas corrientes que las han influído.

En su obra citada, el doctor Ravignani valora críticamente las fuentes de la historia constitucional argentina, sigue paso a paso a los precursores, en especial a Alberdi y al ilustre Sarmiento. En el estudio escrupuloso de esas fuentes, analiza a los comentaristas principales y los textos extranjeros traducidos, en su mayoría de habla inglesa, pues que el derecho norteamericano y su práctica influenciaron en gran modo el constitucionalismo argentino.

Complementa tan importantes materias buscando las raíces del derecho constitucional de su país a través de su enseñanza en las universidades nacionales de Córdoba, Buenos Aires y La Plata, y estudiando a los diversos maestros que profesaron la cátedra respectiva.

Las fuentes documentales y los autores del período que corre entre los años 1853 y 1874 ocupan buenas páginas del libro. En su curso vemos esbozada la obra de Martín Ruiz Moreno, Julio Victorica, y el aporte de los archivos de Mitre, Pujol, Rivarola y otros. No descuida, tampoco, a los autores que tratan



la cuestión capital y los últimos años de las luchas políticas en la república hermana, entre los que vale mencionar los nombres de José Nicolás Matienzo y Mariano de Vedia y Mitre.

El estudio de las fuentes legales en la era colonial y en la época independiente tiene también su sitio.

Obra, en suma, de vasta erudición, clara, ricamente documentada, con valioso acopio de observación personal y de sentido crítico, estas *Prenociones* se tienen bien ganada la reputación que su estudio trasunta al autor.

Veamos, a vía de ejemplos, algunas opiniones del señor Ravnani.

Sobre el plan de estudios de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata: «El primer plan de estudios de la *Facultad*, que es donde se implantó esta enseñanza, ofrece en la rama del derecho público una orientación historicista, lo que vale decir, evolución humana, que no consiste en simples transformaciones mecánicas, en donde nada se gana ni nada se pierde, sino fuerza que actúa en constante progreso y que no se resigna ante un agnosticismo estéril. En el primer año de dicho plan aparecen tres materias con esta característica, a saber: *Sociología e Historia del derecho argentino*, *Historia Constitucional de la República* e *Historia del derecho romano*».

Acercas de un interesantísimo problema que la crítica ha dilucidado largamente: «Mucho se ha discutido en torno a la disyuntiva de si la historia es ciencia o arte; para nosotros no hay tal antinomia, no existe problema de exclusión: hay, más vale, correlación, complementos que conducen a la unidad. Lo que se necesita es expresar con alguna coherencia el pensamiento histórico, y por ende no interesa la forma literaria por la forma, y sí el pensamiento historiográfico dicho correctamente. Sin que pretendamos, con esto, agotar el asunto, y si sólo aclararlo, debe agregarse que la discusión nace de la inseguridad de criterio en muchos historiadores, que, a nuestro entender, Croce



aclara debidamente, separando los diversos problemas, que entrelazados confunden, pero que particularizados nos conducen a una solución bien comprensiva. Va de suyo que siempre existirá un íntimo enlace entre historia, arte y erudición».

Y esta otra afirmación muy exacta: «Cada historiador—nos referimos a los auténticos—profesa siempre su teoría de la historia, porque produce o en concordancia con lo de otros historiadores y en armonía con la opinión general, o, si está dotado de fino sentido crítico y constructivo, reelabora no sólo los conocimientos sino también los conceptos».

Basta de citas. Las referencias anteriores muestran de modo claro la valía intelectual de Ravignani y la importancia de su obra.—EUGENIO ORREGO VICUÑA.



HACIA LA NUEVA MORAL. EDUCACIÓN SEXUAL Y MATRIMONIO CONTROLADO, por el *Dr. Juan Marín*.

Juan Marín, médico cirujano, posee una personalidad pro-teica. Poeta, novelista, ensayista, donde su curiosidad se ubique o se detenga dejará siempre huellas, como asimismo de su inquietud poderosa que lo ha hecho hurgar en casi todos los terrenos del conocimiento. Joven todavía—poco más de treinta años—lleva publicado ya varios libros y de índole muy diversa. El primero de ellos, *Looping*, de poemas, objetivo, dinámico, resplandeciente, alegre; en seguida, *Clínica y Maestros*, crónicas de viaje; después, *Margarita*, *El Aviador* y *El Médico*, novela, un volumen de ensayos de carácter científico e histórico (historia de la medicina) *Poliedro Médico*; un libro de cuentos, *Alas sobre el mar*; otro libro de poemas, *Aquarium*; ahora, este *Hacia la nueva moral* (1). Como puede verse, Juan Marín ha sido solici-

(1) Imp. Andrés Bello.—Valparaíso, 1934.



tado por muy diferentes problemas y motivos, desparramando su sensibilidad y sus conocimientos con la conciencia del artista y del hombre de estudio.

Juan Marín divide su última obra en cuatro capítulos: *Prejuicio y moral*, *La nueva moral*, *Educación sexual* y *Matrimonio controlado*, temas estos, sin duda alguna, delicados, pero de una actualidad permanente dentro del estado social chileno y que Marín ha sabido desarrollar con valentía y justicia. Como él mismo dice, este libro no conformará a los de la derecha ni tampoco a los de la extrema izquierda, porque Marín se ha planteado en un terreno equidistante de ambos, mirando siempre lo que se puede realizar en el actual estado de cosas del país, es decir, dentro de la presente organización social que rige los destinos de Chile. De ahí que no aporte soluciones verdaderamente radicales, imposibles de pragmatizar en un régimen económico y social como el nuestro. Las soluciones que presenta, entonces, son aplicables al medio ambiente chileno.

En el primer capítulo, *Prejuicio y moral*, el Dr. Juan Marín trata de estabilizar un concepto nuevo de moral, haciendo ver que este ha sido esencialmente variable, como es el de la verdad, podemos agregar nosotros. Con ejemplos sacados de diferentes obras científicas, prueba que el concepto de la moral, es muy diferente en diversas partes de la tierra. Lo que es moral, verbi gracia, para un europeo no lo es para un barea de Abisinia o para los indígenas de Australia o de las Filipinas.

Así como en la mayor parte de los países occidentales la virginidad de la mujer es una de las condiciones más preciosas que debe tener para la contratación del matrimonio, los antiguos habitantes de las Islas Baleares, según Diodoro, practicaban la costumbre de entregar a la recién desposada, en la noche de bodas, a los amigos del novio para que yaciera con ella, empezando por los más viejos y continuando luego por orden de edad. El novio era el último en cohabitar con su mujer. Esta costumbre, sin duda muy extraña para los hombres de mentali-



dad occidental, subsiste aún en diferentes partes, como afirma el Dr. F. Calverton: entre los indígenas de Waitata y Walveta, de la Africa Oriental, como existió también en América Central, en Perú, en Nueva Guinea, etc. En otras partes, entre los habitantes de Uganda, la virginidad es considerada un crimen cuando la mujer llega a la época de casarse. Los bisayos, en las Filipinas, cuando encuentran vírgenes a sus mujeres, se burlan de ellas. Además, es muy conocido el hecho de que las jóvenes griegas antes de contraer matrimonio iban a las Islas del Mar Egeo, a prostituirse.

Es fácil inferir, pues, que el concepto de moral sexual ha sufrido una serie de transformaciones o, más bien, ha sido siempre distinto en diferentes épocas y en diferentes países. Se entiende que de esto no se puede sacar la conclusión de que la moral sexual impuesta en otros países y civilizaciones sea mejor o peor que la que rige en la actualidad en la mayor parte del mundo. Ha sido, simplemente, distinta. Ahora, que la moral sexual dominante en casi todos los países llamados civilizados, adolezca de profundos errores y prejuicios y que urge remediarla o cambiarla a la máxima brevedad por el daño inmenso que causa, es lo que más adelante estudia el Dr. Marín (siempre sólo en relación al medio ambiente chileno) proponiendo en los capítulos últimos las formas que según él, pueden orientar la moral sexual en un sentido más justo y humano, en Chile.

Le era imposible al Dr. Juan Marín, Médico Naval del Apostadero de Magallanes, evitar en su ensayo el análisis y la exposición de lo que Rusia ha hecho en este aspecto, cuya importancia no se puede desconocer, aunque se esté en evidente desacuerdo y pugna con el régimen político y económico que impera en ese país. El Dr. Marín, prescinde, desde luego, de referirse a esta cuestión. Le interesa sólo «enfocar única y exclusivamente el tema de la nueva moral sexual en Rusia y pasar una rápida revista a las nuevas formas que el amor, el matrimonio,



la eugenesia, la educación, la maternidad, etc. han adquirido» en esa nación.

El matrimonio es en Rusia, totalmente, un acto civil despojado del carácter de ceremonia, como también de sentido religioso. Es, en verdad, un simple registro, que no tiene mayor importancia, ya que en Rusia no existe diferencia entre los hijos legítimos y naturales—todos los hijos son legítimos—entre la madre casada y la madre soltera, pues, tanto social como legalmente son iguales y acreedoras a las mismas garantías. Ahora, los hijos pueden llevar el apellido del padre o de la madre, según lo desee cualquiera de los cónyuges. Tampoco existe la comunidad de bienes en el matrimonio, ni la obligación de la esposa de seguir a su marido cuando este quiera. Ahora, los derechos de la mujer son idénticos al del hombre.

Debido a esta misma carencia de importancia dada al matrimonio, es el divorcio en Rusia esencialmente fácil, siendo suficiente el anhelo de uno solo de los cónyuges para alcanzarlo. Sólo cuando hay hijos, interviene el Estado de manera más directa, exigiendo al marido, cuando este ha pedido el divorcio, la tercera parte de su salario por cada hijo. Cuando los hijos pasan de dos o la mujer posee incapacidad para el trabajo, el Estado determina, por diversas disposiciones, el cuidado de la mujer y los hijos.

También en Rusia se ha legislado en lo referente a la contracepción. Según el Dr. Marín, es el único país del mundo donde se ha abordado oficialmente este asunto. En el Congreso Ostétrico, celebrado en Moscou en 1923, se aprobó lo siguiente: «Es deber del médico enseñar a la población femenina el uso de un método contracepcional inofensivo, siempre que ésta no desee el embarazo, o bien, él le sea perjudicial».

En cuanto al aborto, existe en Rusia una ley que le reconoce a la mujer el derecho de abortar, es claro, en algunas circunstancias solamente, ya que la ley no trata de propagar el aborto, sino, al contrario, de controlarlo y evitar el aborto criminal.



«Esta Ley del Aborto, según el Dr. Marín, es tal vez una de las leyes de orden moral más elevadas y valientes que se hayan dictado en la historia de la humanidad».

Entremos ahora a la parte práctica del libro, es decir, donde el Dr. Marín propone soluciones al problema sexual chileno.

Desde luego, una de las soluciones propuestas, es la educación sexual, verdaderamente desconocida entre nosotros. El Dr. Marín acusa, precisamente y con no escasa razón, que la ausencia de educación en este sentido es el origen de innumerables desórdenes de carácter biológico, psíquico, etc. que sufre el hombre en su estado adulto, ya que en la infancia, en la pubertad, en la adolescencia, se le oculta todo lo concerniente al sexo, como si fuera cosa repugnante. El hombre, entonces, trata, en los períodos iniciales de su existencia, de buscar, descubrir por sí mismo ese algo misterioso que sus mayores le ocultan tan celosamente. Y en esta búsqueda subterránea, ansiosa, hecha por seres sin ninguna clase de experiencia, sin un guía consciente y que ocupa en totalidad toda la vida del niño y del puer, está, exactamente, el peligro, que lo puede evitar en forma única, una educación sexual adecuada, la que propone la «escuela científica moderna», es decir, ir enseñando paulatinamente y según el desarrollo gradual de la mentalidad del niño, el origen de la vida humana. Es la exclusiva manera de impedir que el hombre incurra después en tantas aberraciones sexuales, que muchas veces alcanzan a lo fatal.

Otras de las soluciones que propone el Dr. Marín es el «matrimonio controlado». Marín, desde luego, defiende el matrimonio como institución social, demostrándose, pues, partidario de la monogamia y de la monoandria y creyendo que en él es posible encontrar la mutua y permanente satisfacción sexual y afectiva. A este respecto analiza ampliamente distintas teorías: la de los defensores del amor libre, naturales impugnadores del matrimonio, la de los que lo defienden, etc. Pero el Dr. Marín mira este problema desde un punto de vista esencialmente uni-



lateral: el científico, y no ahonda, ni siquiera toca para ser más justos, en otro de los orígenes que hacen tan difícil el matrimonio, el social, y cuya importancia creemos determinante. Es verdad que Marín reconoce que sus soluciones son para aplicarlas sin olvidar la actual organización política del país. Tal vez está ahí el error, pues, el matrimonio como se estila en esta nación, es la consecuencia de su estructura social. Sin duda que dentro de ella puede esta unión legal de dos sexos presentar perspectivas más cómodas y correlacionadas, siempre que sean debidamente legisladas y supervigiladas por el Estado. Es lo que cree el Dr. Marín que debe realizarse.

En algunos puntos primordiales, el Dr. Marín sintetiza su «Matrimonio Controlado»: Igualdad de derechos y deberes y responsabilidad de los esposos; facilidad del divorcio; examen médico prenupcial; limitación voluntaria de los nacimientos, etc.

Seguramente estas conclusiones propuestas por el Dr. Marín podrían solucionar—en parte solamente, creemos nosotros—este problema tan intrincado en una organización política como la chilena. De todas maneras, son dignas de meditarse, mereciendo el Dr. Marín un elogio, aunque con algunas reservas, por haberse preocupado de un asunto tan palpitante y que merece la atención de la mayoría de los criollos.—A. T.



LA VIDA AMOROSA DE BAUDELAIRE, por *Camille Mauclair*. (1)

Como el título lo indica, esta obra no trata ni de la labor literaria de Baudelaire, ni de su existencia a través de todos los minúsculos detalles que constituyen una vida humana. Es la historia de la vida de Baudelaire en relación con las mujeres, y como estas parecen haberlo absorbido casi por entero, siendo su pasión amorosa variada y llena de incidentes dramáticos, se

---

(1) Editorial Zig-Zag.—Santiago de Chile.



puede decir que este libro es la novela que fué la vida de Baudelaire. Y no se crea que ella es tan simple como para tomarla de mero entretenimiento, pues la libidine de Baudelaire es de tal complejidad que sería necesario internarse por los vericuetos de la psicoanálisis para llegar a explicarse alguno de sus fenómenos sexuales. Mauclair ha escrito en este libro el patético drama sexual del autor de «Las Flores del Mal», que si bien no estropeó su genio poético, convirtió su organismo en un miserable cuerpo humano.

Mauclair nos da a conocer los antecedentes familiares de su biografiado; era hijo de un sexagenario y de una mujer bastante joven, producto tardío de una pasión senil. Muerto pronto su padre, su madre, de singular belleza, casó a los veinte meses de viudez. Esta circunstancia parece haber influido en forma decisiva en la vida de Baudelaire, pues le profesaba a su madre un cariño profundo, apasionado, exclusivo, que iba más allá del sentimiento filial, con indicios de materialismo, en un tácito incesto. Cuando su madre contrajo nuevo matrimonio, el joven Baudelaire se rebeló silenciosamente, y desde entonces un sordo odio tuvo por su padrastro, huyendo, por de pronto, del hogar. Es entonces cuando empieza a entregarse atolondradamente a ese amor sexual con mujeres prostituídas que iban a dar al traste con su existencia. Lo hizo como una protesta porque su bella y joven madre había pasado a poder de un hombre que no era de su sangre. Con frecuencia durante el curso de su vida, Baudelaire repite amargamente: «Teniendo un hijo como yo, mi madre no debiera haberse vuelto a casar». Es el grito de orgullo manifestado en aquellos versos que dicen:

Lorsque, par un decret des puissances supremes,  
le poete apparait en ce monde ennuyé,  
sa mee epouvantée et plaine de blasphemes  
crispe ses poings vers Dieu, que la prend en pitié.

.....



Elegante, refinado, Baudelaire se entrega a cualquiera mujer fácil y corrompida; pero parece que su erotomanía era más cerebral que orgánica, pues, según nos lo dice Mauclair, cuando Baudelaire tuvo amores con Mme. Sabatier, la única amante digna de su genio, el acto sexual no alcanzó su plena realización. Parece que Baudelaire pertenecía a la categoría de los tímidos sexuales. Así se explica que su pasión por la mulata lo haya encadenado en forma tan enceguecida, pues esta mujer depravada, valiéndose de todos los recursos de la técnica del acto sexual, provocaba en Baudelaire el orgasmo con sus transportes más espasmódicos. La sífilis, las drogas heroicas, la relajación sexual, encanallaron su vida y agotaron prematuramente su existencia. Y todo ello parece haber sido determinado por el segundo matrimonio de su madre, por misteriosos complejos de su psiquis y por inescrutables predisposiciones atávicas.

Mauclair, nos presenta desnudamente, sin púdicos tapujos, toda la existencia amorosa de Baudelaire, y de la cual iban brotando, como de las estercoleras, las flores fragantes: «Las Flores del Mal», que provocaron en la poesía francesa una verdadera revolución literaria, y que continúan brillando con esplendor insólito.

Bello, emocionante, humano, el libro de Mauclair, quien se eleva sobre la lamentable existencia de su biografiado para juzgarlo en su calidad de artista:

«Con detritus sucios—escribe Mauclair—la Naturaleza hace admirables rosas. Es pura química. Con sórdidas aventuras y tristes desgarramientos, permite a ciertos seres hacer poemas maravillosos. Es pura alquimia. Agradecemos a Baudelaire lo que nos ha dado, y si nos atrevemos a juzgar, no olvidemos ni el lamentable fallecimiento, ni la piedad humana, ni lo que hay de condenable en cada uno de nosotros».—MILTON ROSSEL.



## ASTERISCOS

Se ha hecho una tercera edición, después de veinticinco años, de la novela de Luis Orrego Luco: *Casa Grande*. Se publicó en 1908 ó 9. Nunca se ha escrito más sobre una novela chilena y nunca se han dicho sobre un libro chileno, las cosas furiosas y duras que se dijeron entonces. *Casa Grande* era la sociedad chilena, desnudada y sorprendida en sus paños menores. Con razón la crítica casi entera se puso del lado de los que condenaban la audacia del autor para sacar a luz dramas que todos querían ver sepultados y cosas íntimas sobre las cuales nadie quería emitir juicio. Lo que nadie vió fué la angustia del novelista que queriendo hacer un bien, no se le comprendía. Es probable que la novela tenga defectos de estilo. Lo que nadie podrá negarle es el gran acento humano y el contenido documental que encierran sus páginas. La novela de Orrego Luco analiza un instante crítico de la aristocracia: el en que comienza la decadencia o mejor la descomposición de los viejos valores tradicionales. Los tipos pertenecen a la clase alta, están sólidamente pintados y representan las cifras de un drama cuyo origen hay que buscarlo en la riqueza y en la ostentación determinados por el auge de las fortunas salitreras. Todo ese vértigo y ese desenfado para el derroche que caracterizan a las sociedades nuevas, incapaces de resistir el golpe constante que asesta el materialismo, está pintado de mano maestra. Los tipos muestran sus almas al desnudo. Comienza ya para Chile una etapa que irá rápidamente llevándose la tradición, las virtudes, la moral y la dignidad. Lo mismo en la política que en



la sociedad, o en la bolsa comenzarán a aparecer los hombres y mujeres para los cuales nada tiene más valor, que el goce físico. La familia tradicional recibe los primeros embates. El envío del placer es tan rudo que apenas si algunas almas logran soportar sin quebrantarse, ese golpeteo continuo. Orrego Luco pintó un mundo social que hasta entonces nadie se había atrevido a estudiar. Lo hizo con valentía, con agudeza, con calor humano. Y el efecto fué instantáneo. Centenares de plumas brotaron para condenarlo, al lado de unas pocas que le defendieron con sinceridad, sin prestarse a servir de instrumento a los clanes alborotados que le negaban al autor hasta el derecho a presentarse en sociedad. Los tiempos de hoy son otros. Pero esta novela es sin duda alguna, un formidable documento de estudio.

\* \* \*

En torno a la obra poética de Max Jara siempre se ha condensado un extraño silencio. ¿Cómo entenderlo? Se grita y se hacen cabriolas cuando aparece un poeta mediocre o un pestilente fabricante de versos. El auténtico creador de instantes líricos de los más bellos y hondos de que puede vanagloriarse la poesía chilena de este siglo, permanece en la penumbra. Como si no existiera. Muchos acaso, ni siquiera saben si Max Jara existe aún o si todavía escribe. Otros han tomado un puesto indebido. Otros pavonean su prosopopeya. Otros han cosechado elogios. El autor de ese romance admirable que se llama *El Arbol Muerto*, lo más fino entre los versos chilenos, lo más fuerte entre las voces auténticas de la tierra áspera de la montaña, guarda silencio. Se hace oír, claro, en las regiones de la emoción pura. Su acento es como el rezongo de un agua invisible. Mana de una herida íntima, en la que el dolor se nutre ávido y atormentado. En este poeta hay la seriedad un poco torva del solitario. Tiene la elegancia, el ritmo ennoblecido del que aguza



su oído junto a las cosas internas. Su verso no claudica jamás. Se desenvuelve lleno de gracia y profundidad. Es alto y simple. Es puro y está sin embargo, pleno de vitalidad. Tan pronto vaga por entre lo más nuestro, en la criolledad sin retoricismo, como se alimenta en las motivaciones más humanas. En su poesía hay el latido de lo universal, porque es poesía vivida, macerada en zumos íntimos, en agudas y trágicas dolencias espirituales. Está bien aquí y en todas partes. Ahora ha reunido en un volumen modesto, su labor de muchos años. Labor seria. Labor de hombre para el cual la poesía no es malabarismo, ni presunción. Sello de una vida. Tal nos parece, brevemente, este libro que ha venido a despertar resonancias que hacía tiempo no se escuchaban en estas tierras de la quincallería literaria. En estas tierras de los «cachureos» poéticos.—**OBERON.**



## Libros recibidos

SIGFRIDO A. RADAELLI.—*La irreverencia histórica*.—Colección Megafonó. Buenos Aires, 1934.

RAMÓN DOLL.—*Liberalismo*.—Colección Claridad. Buenos Aires, 1934.

ALBERTO ORLANDO NICOLINI.—*Ruta*, (poemas). Editorial Brújula. Paisandú, Uruguay, 1934.

CARLOS RINGUELET.—*Umbral soleado*.—La Plata, 1934.

PABLO ARTURO SUÁREZ.—*Contribución al estudio de las realidades entre las clases obreras y campesinas*.—Quito, Ecuador, 1934.

JOSÉ ALFREDO LLARENA.—*Agonía y paisaje del caballo*.—(18 poemas). Quito, Universidad Central, 1934.

MAX JARA.—*Poesía*.—Imprenta Selecta, 1934, Santiago de Chile.

ERNESTO MONTENEGRO.—*Puritania*.—Fantasías y crónicas norteamericanas, Editorial Nascimento. Santiago, 1934.

PEDRO PRADO.—*El camino de las horas*.—Editorial Nascimento. Santiago, 1934.







Editores: RUIZ HERMANOS, Madrid - NICOLA ZANICHELLI, Bologna  
FELIX ALCAN, París - AKADEMISCHE VERLAGSGESELLSCHAFT m. b. H., Leipzig  
DAVID NUTT, London - G. E. STECHERT & Co., New York  
F. MACHADO & Co., Porto - THE MARUZEN COMPANY, Tokyo

1934

Año 28

Revista Internacional de Síntesis Científica

Publicación mensual. (Cada cuaderno de 100 a 120 páginas)

“SCIENTIA”

Directores: F. Bottazzi - G. Bruni - F. Enriques  
Secretario General: Dott. Paolo Bonetti

**Es la única Revista** que tiene verdaderamente colaboradores en todo el mundo.

**Es la única Revista** de difusión mundial.

**Es la única Revista** de síntesis y de unificación de la ciencia que trata todas las cuestiones fundamentales de todas las ciencias: matemática, astronomía, geología, física, química, biología, psicología, etnología, lingüística; de historia de las ciencias; y de filosofía científica.

**Es la única Revista** que, por medio de investigaciones entre los más eminentes sabios y escritores de todas las naciones, (*Sobre los principios filosóficos de las diferentes ciencias; Sobre las más importantes cuestiones astronómicas y físicas del día; Sobre la contribución de los diferentes países al desarrollo de los ramos de la ciencia; Sobre las más grandes cuestiones biológicas, etc., etc.*), estudia todos los problemas fundamentales que llamen la atención de los sabios y de los intelectuales de todo el mundo, y en el mismo tiempo constituye la primera tentativa de organización internacional del movimiento filosófico y científico.

**Es la única Revista** que puede tener en calidad de colaboradores a todos los más ilustres sabios del mundo.

Los estudios se publican en la lengua natural de sus autores, y en cada cuaderno está adjunto un Suplemento, llevando la traducción francesa de todos los estudios cuyo original no es francés. Por esto, la Revista puede ser leída aún por los que conocen tan sólo el idioma francés. (*Pídanse cuadernos gratuitos de ensayo al Secretario General de «Scientia», Milano, enviando—a título de reembolso de los gastos de correo y envío—50 céntimos de sellos postales del país de origen.*)

PRECIO DE SUSCRIPCION: L. 1.50

Fuertes rebajas se conceden a los que suscriben a más de una anualidad

Se pidan informes directamente a “SCIENTIA” Via A. De Togni, 12 - Milano 116 (Italia)

## Atenea

Se ruega a los escritores nacionales e iberoamericanos enviar sus obras a esta Revista, en cuyas páginas daremos cuenta en notas bibliográficas y críticas

Dirección para estos envíos:

EDIFICIO LA MUTUAL DE LA  
ARMADA Y EL EJERCITO

4.º Piso — Oficina 22

SANTIAGO DE CHILE



**Distribuidores:**

**EDITORIAL NASCIMENTO**  
**SANTIAGO · CHILE · CONCEPCION**  
**Ahumada 125                      Barros Arana 800**

















MOD 2013